

**Frank Herbert**



**LOS OJOS  
DE HEISENBERG**

Finalista del premio Nebula de 1966



**NOVA**  
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

La manipulación por ingeniería genética del embrión de los Durant generará un monstruo, un ser humano excepcional con un potencial inédito de inteligencia, fertilidad e inmortalidad. Se trata de una amenaza clara para la estable y compartimentada civilización de los Optimen genéticamente superiores e inmortales pero estériles.

Finalista del Premio Nebula de 1966.

**Lectulandia**

Frank Herbert

# **Los ojos de Heisenberg**

ePUB r1.0

Rov 03.01.14

Título original: *The eyes of Heisenberg*

Frank Herbert, 1966

Traducción: Gloria Pous

Ilustraciones: Juan Giménez

Editor digital: Rov

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRESENTACIÓN

*Herbert es mundialmente conocido por DUNE. Con ello ha creado una de las más famosas novelas de la ciencia ficción que se empareja ya con las míticas FUNDACIONES de Asimov o las CRÓNICAS MARCIANAS de Bradbury. La última encuesta del famoso fanzine estadounidense Locus, publicada en agosto de 1987, confirma a esta obra de Herbert como la novela más popular de la ciencia ficción de todos los tiempos.*

*Sin embargo, la fama de DUNE, y la desigual calidad de los seis libros de la serie en que se ha convertido, ha opacado las otras obras de este autor en las que hacía gala de una indudable capacidad para tratar temas clásicos de la ciencia ficción con una seriedad encomiable. Precisamente la primera de sus novelas, BAJO PRESIÓN (también titulada EL DRAGÓN EN EL MAR ya le mereció ser candidato en 1957 al galardón como joven autor más prometedor dentro del género.*

*Años más tarde escribiría DUNE (1965) seguida, al año siguiente, de otros títulos como DESTINO: EL VACÍO, EL CEREBRO VERDE y LOS OJOS DE HEISENBERG que hoy presentamos. Gracias a esta novela vuelve a ser nominado para el premio Nébula del año 1966.*

*LOS OJOS DE HEISENBERG nos presenta una sociedad, muy poco atrayente, en un futuro lejano en el que la manipulación genética es un hecho. La sociedad está radicalmente estratificada y las normas son estrictas. Los Optimen parecen ser la culminación genética de la especie y ejercen el poder sin ninguna traba. Poseen el dudoso privilegio de la inmortalidad pero son estériles. El resto está formado por los obedientes Folk, la gente común en la que predominan los Sterries (o estériles) ya que sólo los Optimen deciden quién y cuándo podrá procrear. Incluso los embriones, fruto de los limitados «permisos de reproducción», deberán ser desarrollados fuera del útero materno y controlados por los doctores al servicio de los Optimen y del continuismo social.*

*Es posible que una sociedad como la que presenta Herbert no pueda perdurar. La estabilidad a toda costa parece estar reñida con la esencia más íntima del ser humano llamado al cambio. Por ello, la sociedad descrita en LOS OJOS DE HEISENBERG esconde en su seno los síntomas de rebelión en forma de esos Padres Clandestinos con su «lenguaje de los dedos» y un instrumento para lograrla en los casi todopoderosos Cyborg.*

*En este ambiente, el surgimiento de un embrión capaz de desarrollar un elevado coeficiente intelectual y al mismo tiempo mantener su fertilidad e incorporar la característica de inmortalidad reservada a los Optimen es, evidentemente, la causa inicial y el detonante de un proceso de rebelión salpicado por la aventura.*

*Pero estamos ante una novela de Herbert y se engañaría quien quiera ver en ella*

tan sólo la excusa para narrar aventuras. La novela mantiene el ritmo que corresponde a una novela de acción (algo que por desgracia, algunas de las obras posteriores de Herbert parecen haber perdido), pero está repleta de reflexiones y sugerencias en torno a innumerables temas sociológicos y filosóficos.

Ante todo destaca la contraposición entre la inmortalidad y las posibilidades ofrecidas por la evolución. Una vez más, cuando la ciencia ficción especula sobre la inmortalidad individual tiende a considerarla como un límite evidente a las posibilidades de realizar la propia especie, por el conservadurismo asociado inevitablemente a la inmortalidad. Lo que parece bueno para el individuo quizá sea dañino para la especie y ésta es una reflexión que sigue siendo válida en el mundo superindividualista y muy poco solidario en el que nos ha tocado vivir.

Asimismo, los temas de LOS OJOS DE HEISENBERG son de gran actualidad. En los últimos años se ha hablado ya repetidas veces de la moralidad y del aspecto ético de la intervención en los genes humanos. Es algo que empieza a vislumbrarse como posible gracias a la ingeniería genética que ya ha cosechado grandes éxitos en la agricultura y la ganadería. Ya en 1966, Herbert toma en cierta forma partido al tratar este tema e incluye, además, como de pasada, la posible técnica de donación en la formación de los «dobles». Creo interesante destacar el grado de perdurabilidad que el mismo Herbert otorga a los «dobles» obtenidos por clonación.

Por desgracia, no todos los temas de la novela llegan a alcanzar todo su desarrollo potencial. Existe una clara referencia al principio de indeterminación de Heisenberg, propio de la mecánica cuántica, que contribuye de manera definitiva en el título de la novela. Se trata del principio que afirma que el observador influye en el propio desarrollo del acontecimiento que observa. El propio material con el que se contempla el experimento interviene en él y por ello hay una indeterminación intrínseca en la posibilidad de conocer. Formulado de forma un tanto rebuscada, podría decirse que el querer conocer lleva implícito un alto grado de indeterminación en lo realmente conocido. Según la formulación clásica, si el investigador quiere obtener una gran precisión en el conocimiento, por ejemplo, de la posición de una partícula cuántica, ello sólo será posible a costa de una cierta indeterminación en otras variables físicas que definen su estado, por ejemplo, la cantidad de movimiento o momento. Herbert llega a decir en esta novela que «nuestra civilización ve el mundo a través de los ojos de Heisenberg», en clara referencia a este hecho que no parece incidir mucho en la trama del libro. Aunque tal vez sólo sea así en una primera visión superficial.

En cualquier caso, el conjunto del libro presenta esa doble característica de una trama aventurera narrada con ritmo y salpicada de interesantes reflexiones, que es el eje central de la ciencia ficción más atractiva. Quizás algunos lectores quieran ver en los dos últimos capítulos del libro un estilo parecido al que hizo famoso a Philip

*K. Dick en los años setenta. En ellos se aprecia un evidente cuestionamiento del sentido de la realidad (cuando menos para algunos de los personajes centrales) y también una resolución de la trama que, sin dejar de ser lógica, resulta un tanto precipitada y caótica. Esos son precisamente los elementos que, sorprendentemente a mi parecer, han hecho famoso a Dick. Quede aquí constante para la historia el hecho de que Herbert supo ya emplearlos en 1966 mucho antes de que lo hiciera a fondo el mismo Dick. Aunque debo decir que, para mi gusto personal, ése es uno de los aspectos menos interesantes de este libro.*

MIQUEL BARCELÓ

# 1

*Habían programado lluvia para la mañana, pensó el doctor Thei Svengaard. La lluvia hace que los padres se sientan inquietos... y no digamos el efecto que causa sobre los médicos.*

Una ráfaga de viento húmedo, invernal, hizo crujir la ventana que tenía a sus espaldas. Se levantó con la intención de cerrarla, pero los Durant —los padres de aquella mañana— tal vez se sentirían más alarmados por el silencio, inaudito en un día así.

El doctor Svengaard se acercó a la ventana y contempló la multitud de transeúntes; turnos de día que acudían al trabajo en la megápolis y turnos de noche que regresaban al hogar. El hormigueo de las gentes arriba y abajo causaba una sensación de energía y vitalidad a pesar de su vida de trogloditas. La mayoría de ellos eran Sterries, sin hijos..., estériles. Iban y venían, numerados pero innumerables.

Había dejado el intercomunicador abierto en recepción y oía cómo su enfermera, la Señora Washington, importunaba a los Durant con preguntas y formularios.

Rutina.

Este era el lema. Todo tenía que parecer normal, como de costumbre. Los Durant y todos los que habían tenido la fortuna de haber sido elegidos para convertirse en padres nunca tenían que sospechar la verdad.

El doctor Svengaard apartó la mente de tales pensamientos, recordándose que la culpabilidad no era un sentimiento permitido entre los miembros de la clase médica. La culpabilidad conducía a la traición... y la traición conllevaba consecuencias funestas. Los Optimen se mostraban muy susceptibles en el tema de la reproducción.

Tales ideas, junto a una pizca de autocrítica, intranquilizaron a Svengaard por un momento. Tragó saliva y se concentró en la actitud de los Folk hacia los Optimen: *Ellos son el poder que nos ama y se preocupa por nosotros.*

Con un suspiro se alejó de la ventana, rodeó la mesa y salió por la puerta que conducía al laboratorio a través de la sala. En la habitación se detuvo para echarse un vistazo en el espejo: cabello gris, ojos marrón oscuro, barbilla poderosa, frente despejada y labios ligeramente fruncidos bajo una nariz aguileña. Siempre se había sentido orgulloso de la dignidad de su apariencia distante, que adoptaba según las circunstancias. Ahora suavizó el rictus de la boca y ensayó una mirada de interés compasivo.

Sí, esto bastaría para los Durant, teniendo en cuenta la perfección de sus perfiles emocionales. La enfermera Washington hizo pasar a los Durant al laboratorio mientras el doctor Svengaard entraba a través de su puerta privada. Los tragaluces del techo tamborileaban y silbaban bajo la lluvia. De pronto, el mal tiempo pareció introducirse en la habitación: cristal aséptico, acero, vinilo, baldosas... todo frío.



Llovía sobre todo el mundo, y todos los humanos habían tenido que pasar por una habitación como aquella... incluso los Optimen.

El doctor sintió un instantáneo rechazo hacia los padres. Harvey Durant era un tipo ágil, de poco más de metro ochenta, de cabello rubio rizado y ojos azules. Tenía una cara redonda que aparentaba inocencia y juventud. Lizbeth, su esposa, tenía casi la misma talla, el mismo color de cabello y los mismos ojos azules, y también era joven. Su figura recordaba el vigor de las valkirias. Colgada del cuello llevaba una cadena de plata con el talismán de los Folk, una efigie en bronce de la mujer Optiman, Calapina. El culto a la reproducción y las implicaciones religiosas de la figurilla no pasaron inadvertidos al doctor Svengaard. Disimuló una mueca de disgusto. Pero los Durant eran unos padres robustos, el vivo testimonio de la perfección de la cirugía que les había diseñado. El doctor se permitió un momento de orgullo hacia su profesión. Pocas personas podían formar parte del restringido grupo de ingenieros subcelulares que mantenía la variedad humana dentro de los límites.

La enfermera Washington se detuvo en la puerta, detrás de los Durant.

—Doctor Svengaard: Harvey y Lizbeth Durant —les presentó, y salió sin aguardar a las fórmulas de cortesía. Su sentido de la oportunidad y la discreción siempre eran exquisitos.

—Los Durant, es un placer —dijo el doctor—, confío en que mi enfermera no les haya aburrido demasiado con todas esas preguntas y formularios. Pero supongo que ustedes ya sabían que deberían pasar por esos trámites cuando solicitaron venir a vigilar.

—Nos hacemos cargo —contestó Harvey Durant, aunque pensaba: *¡Qué solicitamos venir a vigilar! ¿Creerá este farsante que puede emplear sus trucos con nosotros?*

El doctor Svengaard percibió el tono forzado de la voz del hombre. Esto le molestó.

—No queremos hacerle perder más tiempo del estrictamente necesario —intervino Lizbeth Durant. Cogió la mano de su marido y por medio de su código secreto de precisión táctil le dijo—: *¿Le has leído el pensamiento? No le gustamos.*

Harvey respondió con los dedos:

—*Es un pedante, Sterrie, tan satisfecho de su posición que no ve más allá de sus narices.*

El sensato tono de la mujer molestó al doctor Svengaard. Ella observaba el laboratorio con miradas rápidas y curiosas. *Tendré que mantener el control*, pensó el doctor. Se encaminó hacia la pareja y les estrechó la mano. Tenían las palmas sudorosas.

*Nerviosos. Estupendo*, se dijo Svengaard.

El ruido de la válvula de bombeo a la izquierda le pareció lo bastante alto. Había

que contar con una bomba para poner nerviosos a los padres, por eso tenía que hacer ruido. El doctor Svengard se dio la vuelta en dirección al sonido e indicó un tanque de cristal rodeado de un campo magnético, casi en el centro del laboratorio. El bombeado procedía de allí.

—Aquí lo tenemos —anunció el doctor. Lizbeth contempló la superficie traslúcida y lechosa de la tina. Se pasó la lengua por los labios.

—¿Ahí?

—Y completamente a salvo —contestó Svengard.

El doctor abrigó la esperanza de que los Durant se fueran a casa y esperaran los resultados.

Harvey tomó la mano de su mujer y le dio una palmadita. También él estaba observando la cubeta.

—Tenemos entendido que ha requerido la presencia de un especialista —comentó.

—Al doctor Potter —contestó Svengard—. De la Central.

Notó que los Durant movían las manos con nerviosismo, observando los índices tatuados; el tipo de genes y la categoría. Ahora podrían añadir la codiciada «V» de viables, pensó, y disimuló unos transitorios celos.

—El doctor Potter, sí —contestó Harvey. Por medio de las manos indicó a Lizbeth—: *¿Has oído qué ha dicho de la Central?*

—*¿Cómo podría haberme pasado por alto?* —respondió ella.

La Central, pensó Lizbeth. El lugar evocaba imágenes de los todopoderosos Optimen, pero también le recordó a los Cyborg, que en secreto se oponían a los Optimen. Todo ello la llenó de inquietud. Su hijo ocupaba todos sus pensamientos.

—Sabemos que Potter es el mejor —continuó ella—, y no queremos que nos considere sentimentales y desconfiados...

—... pero vamos a vigilar —concluyó Harvey, al tiempo que pensaba, *este estirado no debe olvidar que conocemos nuestros derechos legales.*

—Comprendo —replicó el doctor Svengard. ¡Malditos estúpidos!, pensaba, pero mantuvo la voz en un tono inexpresivo y prosiguió—: Su preocupación es algo a tener en cuenta. La admiro; sin embargo, las consecuencias...

No terminó la frase para recordarles que también él tenía sus derechos legales, que podía hacer la intervención con o sin el beneplácito de ellos y que nadie le considerarla responsable de la insatisfacción de los padres. La Ley Pública 10927 era clara y concisa. Los padres podían invocar el derecho a vigilancia, pero la intervención se haría según el criterio del cirujano. La humanidad tenía un futuro planificado del que se excluían monstruos genéticos y desviaciones imprevistas.

Harvey asintió con un movimiento rápido y enfático. Apretó con fuerza la mano de su esposa. Fragmentos de historias de horror de los Folk y mitos oficiales se

entrecruzaban en su imaginación. El concepto que tenía de Svengard procedía en parte de una confusión de relatos y en parte de la literatura clandestina proporcionada por los Cyborg a los Padres Clandestinos, a través de Stedman y Merck, de Shakespeare y Huxley. Su juventud se había alimentado de un pasado tan limitado que era consciente de la inutilidad de la superstición, a pesar de que era imposible hacerla desaparecer.

El asentimiento de Lizbeth llegó con lentitud. Sabía cuál debía ser la mayor preocupación de ambos, pero su hijo seguía en la tina.

—¿Está seguro —preguntó con toda intención a Svengard— de que no existe dolor? Toda la magnitud de la simpleza de los Folk, engendrada en la necesaria ignorancia popular, llenó de resentimiento al doctor. Sabía que debía terminar la entrevista con rapidez. Lo que podía decirles a aquellas personas, que se entrometían en su conciencia, interfería con lo que tenía que decirles.

—Este óvulo fecundado carece de formaciones nerviosas. Físicamente tiene menos de tres horas de vida y su crecimiento está retardado por la respiración controlada de nitrato. ¿Dolor? El concepto no es aplicable.

El doctor Svengard sabía que los términos técnicos sólo servirían para subrayar la distancia entre los simples padres y un ingeniero submolecular.

—Supongo que ha sido una tontería por mi parte —reconoció Lizbeth—, es... tan insignificante, en realidad aún no es humano. —Por medio de la mano indicó a Harvey—: *¡Qué inocentón! ¡Sus procesos mentales son infantiles!*

Un chaparrón cayó sobre la claraboya, y el doctor Svengard dejó que acabara el estrépito y después aclaró:

—Ah, puntualicemos. —Pensó que era un excelente momento para darles una lección a aquel par de ignorantes—. Su embrión tiene menos de tres horas de vida, pero ya cuenta con todas las enzimas básicas necesarias para su desarrollo final. Un organismo enormemente complicado.

Harvey le miró con fingido respeto por la sabiduría que permitía al doctor entender misterios como la formación y modelación de la vida. Lizbeth dirigió una ojeada al tanque.

Hacía dos días que gametos seleccionados de ella y de Harvey habían sido unidos allí dentro, sumidos en estasis y se habían empezado a multiplicar a través de una mitosis limitada. El proceso había producido un embrión viable, algo no demasiado corriente en su mundo, donde sólo unos pocos elegidos se libraban del gas contraceptivo y se les permitía engendrar, y todavía un número escaso entre ellos producía viables. Se suponía que ella no debía comprender toda la complejidad del proceso, así que debía ocultar a toda costa el hecho de que sí lo entendía. Ellos, los Optimen genéticos de la Central, arrasaban con ferocidad todo lo que implicaba la menor amenaza para su supremacía. Y ellos consideraban que la peor amenaza era el

conocimiento en manos erróneas.

—¿Qué... tamaño... tiene ahora? —preguntó.

—El diámetro es menor de una décima de milímetro —contestó el doctor Svenggaard. Se permitió una sonrisa—. Se trata de una mórula; en los tiempos prehistóricos ni siquiera hubiera terminado su viaje al útero. En este momento es cuando es más sensible. Debemos intervenir ahora, antes de la formación del trofoblasto.

Los Durant asintieron impresionados.

El doctor Svenggaard advirtió la respetuosa actitud de los padres. Percibía sus mentes que buscaban a tientas las simples definiciones adquiridas durante la limitada escolaridad que se les había permitido. Según las fichas, ella era bibliotecaria en una guardería infantil, y el, un profesor auxiliar de párvulos; ninguno de los dos poseía grandes conocimientos.

Harvey tocó la tina y retiró la mano de inmediato. La superficie de cristal estaba caliente y despedía unas sutiles vibraciones. Sin contar aquel constante *zrop-zrop-zrop* de la bomba. Comprendió lo deliberado de aquel sonido enervante interpretando pequeñas pistas en la actitud de Svenggaard, tal como le habían enseñado en los Clandestinos. Observó el laboratorio: tuberías de cristal, vitrinas grises, relucientes ángulos y curvas de toberas, indicadores como ojos vigilantes. El lugar olía a desinfectantes y a productos químicos sofisticados. Todo el laboratorio conseguía un doble propósito: funcionalidad diseñada para intimidar a los no iniciados. Lizbeth se fijó en el único componente vulgar que reconocía con toda seguridad: un fregadero de mosaico con grifos relucientes. Se encontraba entre dos extraños objetos de cristal en relieve.

El fregadero preocupó a Lizbeth. Era un lugar destinado a la recogida de desperdicios. Allí pasaban por el triturador antes de llegar al sistema de reciclado. Cualquier objeto pequeño podía echarse dentro y perderse.

Para siempre. Cualquier cosa.

—No voy a dejarme disuadir. Quiero vigilar —insistió la mujer.

*¡Condenada!*, pensó Svenggaard. *Ha hablado con voz entrecortada.* Aquella pista, aquel titubeo la había traicionado. No se ajustaba a su aspecto enérgico. Extralimitación de maternidad durante la intervención... a pesar de que el resto de la operación hubiera sido un éxito.

—Nuestra preocupación es tanto por ustedes como por su hijo —aseguró Svenggaard—. El trauma...

—La ley nos concede el derecho —interrumpió Harvey, e indicó a Lizbeth—: *El asunto se está desarrollando mas o menos como habíamos previsto.*

*Creo que este patán conoce la ley*, pensó Svenggaard. Suspiró. Los datos estadísticos indican que de cada cien mil padres, uno insistirá, a pesar de todas las

presiones, veladas o no. Sin embargo, las estadísticas y los hechos son dos cuestiones distintas. Svengard se dio cuenta de cómo le miraba Harvey. El hombre se había extralimitado en protección masculina, era evidente. No podía tolerar la frustración de su compañera. Sin duda era un excelente protector, un marido modelo, nunca participaba en orgías de Sterries... un líder.

*Un zoquete.*

—La ley —precisó Svengard, y su voz rezumaba censura— también indica que debo advertir de los peligros del trauma psicológico a los padres. Mi intención no era insinuar que fuera a disuadirles de la vigilancia.

—Vamos a vigilar —aseguró Lizbeth. Harvey sintió admiración por ella. Había representado su papel de forma magistral, incluso la voz entrecortada.

—No podría soportar la incertidumbre —prosiguió Lizbeth—. Sin saber...

El doctor Svengard se preguntó si debía presionarles... tal vez una llamada a su evidente temor, una demostración de autoridad. Una ojeada al físico de Harvey y a los ojos suplicantes de Lizbeth le negaron la posibilidad. Iban a vigilar.

—Muy bien —aceptó el doctor Svengard.

—¿Vamos a verlo desde aquí? —preguntó Harvey.

El doctor Svengard se quedó atónito.

—¡Por supuesto que no! —Qué primitivos estos patanes. Pero se calmó al darse cuenta de que tal ignorancia era el resultado del misterio, cuidadosamente fomentado, que rodeaba la formación de genes. Con voz tranquila dijo—: Dispondrán de una sala privada, con conexión de circuito cerrado a este laboratorio. Mi enfermera les acompañará.

La enfermera Washington demostró su competencia al aparecer en aquel preciso instante en el umbral. Había estado escuchando, claro. Una buena enfermera nunca dejaba estas cosas al azar.

—¿Esto es todo lo que veremos aquí? —preguntó Lizbeth.

Svengard prestó atención al tono suplicante y observó cómo ella evitaba mirar directamente al tanque. Todo su desprecio reprimido quedó patente en su voz al contestar:

—¿Qué más quiere ver, señora Durant? ¿No esperaría que le mostráramos la morula? Harvey tiró del brazo a su mujer y dijo: —Gracias, doctor.

Una vez más, Lizbeth inspeccionó la habitación, evitando mirar la tina.

—Sí, gracias por enseñarnos... esta habitación. Nos ayuda a comprender que están preparados para... cualquier emergencia. —Su mirada se centró en el tanque.

—No hay de qué —contestó Svengard—, la enfermera Washington les proporcionará la lista de nombres disponibles. Les llevará bastante tiempo escoger un nombre para su hijo, si no lo han hecho ya. —Hizo un ademán a la enfermera—. Encárguese de acompañar a los Durant a la sala número cinco, por favor.

—¿Me siguen, por favor? —dijo la enfermera Washington. Se dio la vuelta con aire de impaciencia provocado por el trabajo excesivo, una actitud que Svenggaard sospechaba común a todas las enfermeras diplomadas. Los Durant formaban parte del esquema.

Hay tanto que hacer... Potter, el especialista de la Central, que llegará en el momento indicado... y no estará muy conforme con los Durant. La gente no tiene ni idea de lo que supone la profesión médica. La preparación psicológica de los padres, robada al tiempo que debería dedicarse a problemas más importantes... sin duda todo ello complicaba el problema de la seguridad. Svenggaard recordó las cinco órdenes «Destruir después de su lectura» que le había enviado Max Allgood, el jefe de la Central de Seguridad T, durante el pasado mes. Eran preocupantes, como si algún nuevo peligro amenazara al departamento.

No obstante, la Central había insistido en la necesidad de relacionarse con los padres. Los Optimen debían de tener buenas razones, pensó el doctor Svenggaard. La mayoría de las decisiones que tomaban obedecían a un propósito concreto. Algunas veces, Svenggaard lo sabía, caía en la debilidad de sentirse como un huérfano, una criatura sin pasado. Esto le producía un mar emocional de dudas que siempre terminaba con el pensamiento: *Son el poder que nos ama y se preocupa por nosotros*. Ellos tenían el mundo en sus manos, el futuro planificado: un lugar para cada hombre y cada hombre en su lugar. Algunos de los viejos sueños, como los viajes espaciales, ciertas cuestiones filosóficas, el aprovechamiento de los mares, se habían archivado de momento, se habían relegado en favor de asuntos más importantes. Ya llegaría el día de retomarlos, una vez descubierto qué se escondía al otro lado de la ingeniería submolecular.

Entretanto existían tareas para los voluntarios: el mantenimiento de la población de obreros, la supresión de desviados, la manipulación del fondo genético, del que surgían incluso los Optimen.

Svenggaard colocó el microscopio de mesones sobre la tina Durant y lo ajustó a amplificación menor para minimizar la interferencia Heisenberg. Otro vistazo no estaría de más, tal vez en un golpe de suerte localizara la célula piloto y facilitara el trabajo de Potter. Al inclinarse sobre el microscopio comprendió que estaba racionalizando. No podía resistir la tentación de estudiar la mórula, que potencialmente podía convenirse en un Optiman. Los milagros eran escasos. Pulsó el interruptor y enfocó.

—Ahhhhh... —suspiró, casi sin querer.

Era tan pasiva la mórula a baja amplificación, sin pulsaciones dentro de la estasis y tan hermosa en su estado semilátente... tan pequeña a pesar de indicar que era el resultado de viejas batallas.

Svenggaard colocó dubitativo una mano sobre los controles de ampliación. La

ampliación máxima tenía sus riesgos, pero Potter podía reajustar las menores señales de interferencia mesónica. Y el vistazo en mayúscula era tan tentador... Dobló la ampliación.

Otra vez.

El aumento siempre reducía la estasis. Algo se movía allí, y en las zonas desenfocadas se producían destellos parecidos a los coletazos de un pez. En la parte superior aparecía la triple espiral de nucleótidos que era la razón de haber llamado a Potter. Casi un Optiman. Casi aquella bella perfección de forma y mente que podía asimilar el equilibrio indefinido de vida por medio de la exactitud de las enzimas que precisara.

Un sentimiento de pérdida se apoderó de Svengard: Su decisión, al tiempo que le mantenía vivo, le mataba lentamente. Era el destino de los hombres. Podían vivir doscientos años, algunas veces más... pero al fin el equilibrio sobrevenía a todos excepto los Optimen. Éstos eran perfectos, limitados sólo por su esterilidad física, pero también era el sino de muchísimos humanos, y no restaba nada a la vida eterna.

Su esterilidad le vinculaba a los Optimen. Ellos también solucionarían esto... algún día. Se concentró en la fórmula. Un sulfuro que contenía dependencia de aminoácidos demostró un débil movimiento en la ampliación. Svengard atónito lo reconoció: isovaltina, una marca genética de un mixedema latente, un aviso de una disfunción tiroidea. Se trataba de un defecto inquietante en medio de la perfección del resto. Potter debería estar alerta.

Svengard redujo la ampliación para estudiar la estructura del mitocondrio. Siguió la invaginación de membranas hasta el arquenterón, recorrió la segunda membrana externa, enfocó el compartimento hidrofílico externo... sí... la isovaltina podría sufrir un ajuste. Aquella morula llegaría a ser perfecta.

Un movimiento de parpadeo apareció en el extremo del campo visual del microscopio. Svengard pensó, atónito, *Dios mío, no*.

Permaneció helado ante el visor mientras observaba cómo un efecto registrado sólo ocho veces en toda la historia del modelado de genes entraba en su campo visual.

Una línea atravesó la estructura celular. Una espiral que se reunía con los bordes doblados de las cadenas de polipéptidos en una molécula de miogenes que se enroscaba y se difundía.

Donde había la cola, ahora se producía una formación de unos cuatro angstroms de diámetro y mil angstroms de longitud; protamina espermica rica en arginina. En las fábricas de citoplasma se experimentaban cambios, se luchaba contra la estasis, se producían alineaciones. Svengard reconoció qué estaba ocurriendo gracias a las ocho experiencias previas. El sistema ADP-ATP de intercambio se había complicado... «era resistente». El trabajo del cirujano sería más complejo.

Potter se *pondrá* furioso, pensó Svenggaard. Svenggaard cerró el microscopio y se incorporó. Se secó el sudor de las manos y miró el reloj del laboratorio. Habían pasado menos de dos minutos. Los Durant ni siquiera habrían llegado a la sala. Pero en aquellos dos minutos alguna fuerza... alguna energía del exterior había ocasionado un cambio en el embrión.

¿Podía ser esto lo que tanto temía *Seguridad*... y también los Optimen?

Había oído la descripción, había leído los informes, ¡pero ahora lo había visto por sí mismo! Había visto... algo seguro y hecho a propósito... Negó con la cabeza, *¡No! ¡No había sido a propósito! Se ha tratado de algo accidental, una casualidad, nada más.*

Pero no podía apartar de su mente lo que había visto.

*Si lo comparamos con esto, qué ridículos son mis esfuerzos. Y tendré que informar a Potter. Él reconstruirá la cadena retorcida... si es que puede, ahora que es resistente.*

Lleno de inquietud, no del todo seguro de que aquello se tratara de un accidente, Svenggaard hizo las últimas comprobaciones en el laboratorio. Inspeccionó las líneas de enzimas y su acoplamiento al control de dosis... llenó de citocromo B5 y hemoproteína P-450, buena reserva de poliquinonas y sulfidriolo, arseniatos, ácidos y oligomicinas, fosforiscina y reducciones NADH.

Se dirigió al equipo a la vista y comprobó el micromecanismo y el escalpelo de mesones observó los manómetros de la tina y la recesión del mecanismo de estasis.

Todo a punto.

Así debía ser. El embrión de los Durant, aquella maravilla, ahora era un *resistente*... una genética desconocida. Si Potter podía triunfar donde otros habían fracasado...



## 2

El doctor Vyaslav Potter se detuvo en Archivo, camino del hospital. Estaba algo cansado después del largo viaje en tubo desde la Central a la megápolis de Seatac, pero aún tuvo humor de contarle un chiste subido de tono sobre la reproducción primitiva a la enfermera de cabellos canosos que se encontraba de guardia. Ella rió mientras buscaba el último informe de Svengaard referente al embrión de los Durant. Dejó el informe sobre el mostrador y miró a Potter.

El hombre miró la cubierta de la carpeta y levantó la mirada para observar fijamente a la enfermera.

*¿Es posible?*, se preguntó. *Pero... no, es demasiado vieja, ni siquiera sería una buena compañera. Además, los mandamases no nos concederían el permiso de reproducción.* Y recordó: soy un Zeek... un J41118<sup>2</sup>K.

El gen Zeek había disfrutado de cierta popularidad en la megápolis de Timbuctu al principio de los años noventa. Producía cabello negro rizado, una tonalidad de piel ligeramente más clara que el color chocolate, ojos castaños y una cara regordeta y saludable. Todo ello en una figura alta y robusta. Un Zeek. Un Vyaslav Potter.

Nunca había producido un Optimen, ni siquiera masculino ni femenino, y tampoco un par de gametos viables.

Potter ya había desistido desde hacía mucho tiempo. Fue uno de los que votaron no seguir produciendo Zeek. Pensó en los Optimen con los que se relacionaba y se menospreció, excepto por los ojos castaños..., pero su propio desagrado ya no le causaba amargura.

—¿Sabe? —dijo sonriendo a la enfermera—, estos Durant, de cuyo embrión debo ocuparme esta mañana, son un producto mío, los dos. Tal vez hace demasiado tiempo que estoy en el oficio.

—¡Oh, vamos, doctor! —replicó ella ladeando la cabeza—. Está en lo mejor de la vida. No aparenta más de cien años.

Potter observó la carpeta.

—Pero estos chicos me traen su embrión y yo... —Se encogió de hombros.

—¿Va usted a contárselo? Me refiero a si va a decirles que usted los creó.

—Lo más probable es que ni siquiera les vea. Ya sabe cómo son estas cosas. Además, algunos están contentos de su aspecto, pero la mayoría desearía un poco más de aquí o un poco menos de allí, y todos tienden a culpar al cirujano. No comprenden, no pueden entender los problemas que tenemos en el quirófano.

—Pero los Durant parecen productos muy logrados —comentó la enfermera—, normales, felices... tal vez un poco demasiado preocupados por su hijo, pero...

—Su genotipo es uno de los mejores —contestó. Señaló la carpeta con el índice—. Aquí está la prueba: han tenido un viable con potencial. —Levantó el pulgar en el

clásico ademán de los Optimen.

—Debe usted de sentirse muy orgulloso de ellos —dijo la enfermera—, mi familia sólo produjo quince viables en ciento ochenta y nueve años, y nunca un... — y repitió el ademán del pulgar que había hecho Potter.

El hombre hizo un ademán de conmiseración, preguntándose por qué se dejaba llevar a tales conversaciones con las mujeres, en especial con las enfermeras. Debía de ser aquella esperanza que nunca le abandonaba del todo, sospechó. Lo mismo que ocasionaba los rumores insensatos, los falsos «médicos reproductores» y el mercado negro en la panacea de la «reproducción verdadera». Era lo que hacía vender las figuritas de la Optiman-Calapina, debido a las habladurías infundadas de que habían producido un viable. Era lo que había desgastado los pies de los ídolos de la fertilidad por los besos de los esperanzados.

El rictus de conmiseración se convirtió en una mueca de cinismo. ¡Los esperanzados! ¡Si ellos supieran!

—¿Sabía usted que los Durant van a vigilar? —le preguntó la enfermera.

Levantó la cabeza sobresaltado y contempló a la mujer.

—Es de dominio público en todo el hospital —prosiguió ella—, se ha avisado a Seguridad. Los Durant han pasado por registro y están en la Sala Cinco, con un circuito cerrado que les comunica con, el quirófano.

La ira se apoderó de él.

—¡Maldita sea! ¿No pueden hacer las cosas como es debido en este condenado hospital? —Bueno, doctor, tampoco hay que ponerse así. Los Durant se han acogido a la ley. Eso no nos deja dónde elegir, y usted lo sabe.

—La maldita y estúpida ley —masculló Potter, aunque su ira se había calmado. ¡La ley!, pensó. *Otra mascarada*. Aunque tuvo que admitir que necesitaban la ley. Sin la Ley Pública 10927 la gente podría preguntar todo tipo de inconveniencias. Y no le cabía la menor duda de que Svengaard habría hecho todo lo posible para disuadir a los Durant.

Potter se mostró arrepentido y dijo:

—Perdone que haya reaccionado así. He tenido una mala semana. —Suspiró—. Es que ellos no comprenden.

—¿Quiere algún otro expediente, doctor? Potter comprendió que la buena relación se había cortado.

—No, gracias —contestó.

Cogió el expediente de los Durant y se dirigió al despacho de Svengaard. Tenía que tocarle a él: un par de vigilantes. Eso significaba mucho trabajo extra. Los Durant no iban a conformarse con ver la cinta después de la intervención. Oh, no, ellos tenían que estar presentes. Seguro que no eran tan inocentes como pudieran parecer, por mucho que dijera el personal de Seguridad del hospital. Otros no habrían

insistido, se suponía que esta cualidad se les había extirpado durante la producción.

Los pocos que desafiaban su configuración genética requerían atención especial.

*Yo me encargué de la modificación de la pareja. No hubo ningún error,* recordó Potter.

Entró en el despacho de Svengaard y éste le resumió la situación. Después empezó a explicarle sus gestiones en Seguridad.

—No me importa lo más mínimo lo que diga Seguridad —exclamó Potter—. Tenemos nuevas instrucciones. Hay que avisar a Emergencias de la Central en todos estos casos.

Ambos pasaron al despacho interior de Svengaard. Quería dar la impresión de paneles de madera, una habitación en una esquina con una vista de jardines y terrazas coronadas de flores fabricadas en plastómero regenerado, la «plastia» de los patios Folk. Nada tenía que envejecer ni degenerarse en el mundo de los Optimen. Nada, excepto sus habitantes.

—¿Emergencias de Central? —preguntó Svengaard.

—Sin excepciones —contestó Potter. Se sentó en el sillón de Svengaard, puso los pies encima de la mesa y se acercó la marfileña caja del teléfono a la altura del estómago, con la pantalla a pocos centímetros el rostro. Pulsó el número de Seguridad y su propio código de identificación.

Svengaard se sentó en una esquina de la mesa frente a Potter, con aspecto enfurruñado y acobardado.

—Han pasado por el escáner, ya se lo he dicho. No planean nada extraño. No hay nada anormal en ellos.

—Excepto que insisten en vigilar —contestó Potter. Manipuló el teléfono—. ¿Qué se propondrán estos ignorantes?

—Es que la ley... —dijo Svengaard.

—¡Y dale con la ley! —exclamó Potter—. Sabes tan bien como yo que podemos modificar la imagen del quirófano por ordenador y mostrar a los padres lo que nos convenga. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar por qué no lo hacemos?

—¿Por qué... ellos... ah...? —Svengaard negó con la cabeza. La pregunta le había pillado por sorpresa. ¿Por qué no lo hacían? Las estadísticas demostraban que un cierto número de padres insistirían en vigilar y...

—Ya se ha intentado —respondió Potter—. De alguna forma los padres detectaron el cambio del ordenador en la cinta.

—¿Cómo?

—No lo sabemos.

—¿No se interrogó a los padres y...?

—Se suicidaron.

—¿Se suicidaron...? ¿Cómo?

—No lo sabemos.

Svengaard tenía la garganta seca. Empezó a ver un cuadro de mucho movimiento debajo de la superficie de Seguridad.

—¿Qué hay de la proporción estadística en...? —preguntó.

—¡Las estadísticas me traen sin cuidado!

Se escuchó una voz masculina en el teléfono.

—¿Con quién está hablando?

Potter enfocó la pantalla y contestó:

—Hablaba con Sven. Ese viable por el que me llamó...

—¿Es un viable?

—¡Si! Un viable con todo el potencial, pero los padres insisten en vigilar la intervención y...

—Pondré un grupo en camino por el tubo dentro de diez minutos —indicó la voz—. Ahora están en Friscópolis. No pueden tardar más de unos pocos minutos.

Svengaard se restregó las palmas sudorosas en la bata de trabajo. No podía ver la pantalla del teléfono, pero la voz le parecía la de Max Allgood, el jefe de Seguridad T.

—No empezaremos la intervención hasta que llegue su grupo —contestó Potter—. Ahora mismo le enviaré el expediente. Hay otro...

—¿Responde el embrión a los pronósticos? —preguntó la voz—. ¿Algún defecto?

—Mixedema latente, una válvula cardíaca imperfecta, pero...

—De acuerdo, le llamaré cuando haya visto su...

—¡Maldita sea! —le interrumpió Potter—. ¿No puede dejarme decir diez palabras seguidas? —Miró furioso a la pantalla—. Hay algo más importante que los defectos y los padres. —Potter observó a Svengaard y a continuación volvió a la pantalla—. Svengaard dice que vio un ajuste exterior en la deficiencia de arginina.

Se oyó un silbido al otro lado del teléfono y enseguida la voz:

—¿Fiable?

—Depende.

—¿Sigue la norma de los otros ocho?

Potter miró a Svengaard, quien asintió.

—Sven dice que sí.

—A ellos no va a gustarles.

—Ni a mí tampoco.

—¿Ha visto Sven lo suficiente como para... hacerse una idea?

Svengaard negó con la cabeza.

—No —contestó Potter.

—Lo más probable es que no sea relevante —señaló el hombre del teléfono—. En un sistema de determinismo creciente...

—Oh, claro —se burló Potter—. En un sistema de determinismo creciente se obtiene más y más indeterminismo. También podría decir en un marco de causalidad creciente.

—Bueno, es lo que ellos creen.

—Eso dicen. Yo creo que a la Naturaleza no le gusta que se metan en sus asuntos.

Potter permaneció atento a la pantalla. Por algún motivo recordó su juventud, el inicio de la carrera de medicina y el día en que descubrió lo cerca que había estado su genotipo al del Optiman. Descubrió que su antiguo odio se había ido transformando en tolerancia y cinismo.

—No entiendo cómo le soportan —comentó el hombre del teléfono.

—Porque estuve muy cerca —murmuró Potter. Entonces pensó lo cerca que estaría el embrión Durant. *Haré todo lo que pueda*, pensó.

El hombre del teléfono carraspeó.

—Sí, bueno, dependerá de cómo lleven ustedes el asunto. El embrión debería proporcionar la verificación de la interferencia exte...

—¡No sea imbécil! —le interrumpió Potter—. El embrión confirmará el informe de Sven hasta la última enzima. Limítese a su trabajo; nosotros haremos el nuestro. —Interrumpió la conexión, volvió a dejar el aparato sobre la mesa y miró a Svengaard fijamente—. ¡Malditos presumidos!... No, en realidad él no tiene más remedio que ser así. El resultado de vivir demasiado cerca de *ellos*. Procede de la fabricación original. Tal vez yo también sería un imbécil si me hubieran conformado así.

Svengaard tragó saliva. Nunca había oído una discusión ni un comentario tan sinceros por parte de los hombres que operaban fuera de la Central.

—¿Sorprendido, Sven? —preguntó Potter. Bajó los pies de la mesa.

Svengaard se encogió de hombros. Se sentía inquieto.

Potter estudió al hombre. Svengaard era bueno dentro de sus límites, pero le faltaba imaginación creativa. Era un brillante cirujano pero, sin esa cualidad especial, con frecuencia no era más que un torpe instrumento.

—Eres un buen tipo, Sven —dijo Potter—. De fiar. Es lo que consta en tu expediente. De fiar. Nunca serás otra cosa. Ni nosotros lo esperábamos. Aunque dentro de tu categoría, lo eres.

Svengaard sólo prestó atención al elogio y contestó:

—Es magnífico sentirse apreciado, por supuesto, pero...

—Tenemos trabajo.

—Nos veremos en dificultades —replicó Svengaard—. Ahora.

—¿La modificación desde el exterior ha sido accidental? —preguntó Potter.

—Yo... eso quisiera creer. —Svengaard se humedeció los labios—. No podemos asegurar que ningún agente...

—Te gustaría dejarlo al azar, a Heisenberg, —replicó Potter—. El principio de incertidumbre, el resultado de nuestra manipulación, todo un accidente del universo caprichoso.

Svenggaard se sintió dolido por el severo tono de voz y contestó:

—No exactamente. Me refería a que esperaban que ningún agente supercausal hubiera incidido en...

—¿Dios? ¿Realmente temes que fuera obra de una deidad?

Svenggaard desvió la mirada.

—Recuerdo la facultad —dijo—. Usted estaba dando clase y aseguró que siempre debíamos estar dispuestos a enfrentarnos con el hecho de que la realidad que vemos es totalmente distinta de cualquier conclusión a que nuestra teoría nos lleve.

—¿Yo dije eso? ¿De verdad lo dije?

—Sí.

—Algo está ocurriendo, ¿eh? Algo que queda fuera de nuestros instrumentos. Nunca se ha sabido de Heisenberg. No es tan incierto como creemos. Se mueve —bajó la voz—, se mueve con exactitud. Modifica las cosas. —Inclinó la cabeza a un lado—. Ajá, el fantasma de Heisenberg.

Svenggaard miró a Potter. Aquel hombre se estaba burlando de él.

—Heisenberg indicó que teníamos nuestras limitaciones —señaló con sequedad.

—Tienes razón. En nuestro universo existe el azar. Él nos lo enseñó. Siempre hay algo que no podemos interpretar, comprender... o medir. Él expuso el dilema a que nos enfrentamos, ¿no? —Potter miró su reloj digital y de nuevo a Svenggaard—. Solemos interpretar cuanto nos rodea bajo el sistema que nos es innato. Nuestra civilización ve a través de los ojos de Heisenberg. Si nos enseñó la verdad, ¿cómo podemos saber si lo desconocido es un accidente o la acción deliberada de Dios? ¿Qué sentido tiene incluso preguntárselo?

Svenggaard estaba a la defensiva.

—Me parece que no nos va tan mal. Potter comenzó a reír a carcajadas, con la cabeza echada hacia atrás y moviendo el cuerpo a sacudidas. Después se calmó.

—Sven, eres una joya. Lo digo en serio. Si no fuera por los seres como tú, aún estaríamos en medio del estiércol y el lodo, escapando de los glaciares y de los animales prehistóricos.

Svenggaard intentó reprimir la ira en su voz.

—¿Cómo interpretan ellos este cambio en la arginina?

—Maldita sea, te he subestimado, Sven. Perdona —dijo Potter, después de haberle contemplado atentamente.

Svenggaard se encogió de hombros. Potter se comportaba de manera extraña hoy, con reacciones sorprendentes, estallidos de emoción.

—¿Sabe lo que opinan al respecto? —preguntó.

—Ya has oído a Max por teléfono —contestó Potter.

*Así que era Allgood*, pensó Svenggaard.

—Claro que lo sé. Max todo lo entiende mal. Ellos consideran que la formación de genes se impone en la naturaleza; en una naturaleza que nunca puede reducirse a los sistemas mecánicos y, por lo tanto, en algo inmóvil. No puede detenerse el movimiento, ¿comprendes? Es un fenómeno de sistema extendido, la energía busca un nivel que...

—¿Un sistema extendido?

Potter observó la expresión ceñuda de Svenggaard. La pregunta hizo que Potter advirtiera de repente las diferencias entre los que estaban cerca de la Central y los que sólo rozaban el mundo de los Optimen a través de informaciones y comentarios de segunda mano.

*Nosotros somos distintos*, pensó Potter. *Tanto como los Optimen son distintos a nosotros y Sven es diferente de los Sterries y los reproductores. Estamos aislados unos de otros... y ninguno tiene un pasado. Sólo los Optimen tienen un pasado. Pero cada uno tiene un pasado individual... todo suyo... y antiguo.*

—Un sistema extendido —continuó Potter—. Desde el microcosmos al macrocosmos, *ellos* dicen que todo es método y sistemas. La idea de sustancia es irrelevante. Y todo son choques de energía... algunos grandes, rápidos y espectaculares... otros pequeños, suaves y lentos. Pero también esto es relativo. Los aspectos de la energía son infinitos. Todo depende del punto de vista del observador. En cada cambio de punto de vista, varían las normas energéticas. Existe un número infinito de normas de energía, cada una sujeta al aspecto del punto de vista y de los antecedentes. En un sistema extendido, esta «cosa» del exterior cobra el aspecto de un nudo que aparece de una onda continua. Esto es lo que ellos dicen.

Svenggaard se puso en pie con un éxtasis de pavor y respeto. Sentía que había tenido un destello fugaz, una chispa de comprensión que respondía a cualquier pregunta sobre el universo. *¿Podía aprenderse aquello fuera de la Central?*, se preguntó.

—Un gran honor, ¿no? —preguntó Potter, y se puso en pie—. ¡Una gran idea! —Se le escapó una risa sofocada—. ¿Sabes?, un tipo llamado Diderot lo comprendió. Fue alrededor de 1750. Ellos nos la descubren ahora. ¡Gran sabiduría!

—Tal vez Diderot era uno de ellos —insinuó Svenggaard.

Potter suspiró mientras pensaba: *Qué ignorante puede ser un hombre sometido a una dieta de historia manipulada*. Entonces se cuestionó como habría sido administrada y manipulada la suya.

—Diderot fue uno como nosotros —gruñó Potter.

Svenggaard le contempló atónito por la blasfemia.

—Podría resumirse así: a la naturaleza no le gusta que se metan en sus asuntos.

Un repique sonó debajo de la mesa de Svenggaard.

—¿Seguridad? —preguntó Potter.

—Es la señal de libre —contestó Svenggaard—. Ahora están disponibles para nosotros.

—Los expertos de Seguridad Central están todos en su sitio —señaló Potter—. Habrás observado que no se han detenido para presentarse. Nos vigilan también a nosotros.

—Yo... no tengo nada que ocultar —tartamudeó Svenggaard.

—Por supuesto que no —contestó Potter. Dio la vuelta a la mesa y pasó un brazo por los hombros de Svenggaard—. Vamos, ha llegado el momento de ponernos la máscara de los ritos cósmicos. Tenemos que dar forma y organización a un ser viviente. Nosotros sí somos verdaderos dioses.

Svenggaard aún estaba confuso.

—¿Qué les harán ellos a los Durant?

—¿Hacerles? Nada en absoluto... a no ser que los Durant los obliguen. Ni siquiera se enterarán de que están bajo vigilancia. Pero los chicos de la Central sabrán todo lo que ocurre en la sala. Controlarán hasta el último detalle. Vamos.

Pero Svenggaard permaneció inmóvil.

—Doctor Potter, ¿tiene alguna teoría sobre lo que introdujo la cadena de arginina en la morula de los Durant?

—Estoy más cerca de ti de lo que crees —respondió Potter—. Combatimos la... inestabilidad. Hemos alterado la estabilidad biológica de la herencia con nuestros isómeros falsos, los cambios de enzimas y los rayos mesónicos. Hemos socavado la estabilidad química de las moléculas en el germen del plasma. Tú eres médico, sólo tienes que ver las dosis de enzimas que todos debemos tomar, los ajustes a los que debemos someternos para seguir vivos. No siempre ha sido así. Pero, a pesar de cualquier desarreglo, la estabilidad original sigue luchando ahí. Esto es lo que pienso.



### 3

Las enfermeras de quirófano colocaron el tanque debajo de la mesa de enzimas, prepararon los tubos y el tablero del ordenador de suministro de análisis. Cumplían su trabajo en silencio, con eficiencia, mientras Potter y Svenggaard comprobaban los indicadores. La enfermera del ordenador colocó las cintas y se oyó un chirrido cuando comprobó el tablero.

Potter se sentía invadido por el nerviosismo habitual antes de iniciar una intervención. Sabía que en cuanto empezara el trabajo se convertiría en una gran seguridad de acción, pero en aquel momento estaba irritable. Miró los indicadores del recipiente. El ciclo Krebs se mantenía a 86.9, unos sesenta puntos por encima del nivel mortal. Se acercó a la enfermera del tanque y examinó su mascarilla respiratoria. Él hizo pruebas con el micro, «Mary tenía un corderillo, su lana era negra... el veterinario se atribuyó el mérito de... bromear con todas las damas».

Oyó una risita sofocada procedente de la enfermera del ordenador. La miró, pero ella estaba de espaldas y ya llevaba puesto el gorro y la mascarilla.

—Micrófono conectado, doctor —informó la enfermera del tanque.

Potter no le veía los labios, pero las mejillas se agitaron detrás de la mascarilla.

Svenggaard introdujo los dedos en los guantes e inspiró profundamente. Olían a amoníaco. Se preguntó por qué Potter bromeaba siempre con las enfermeras; en cierta manera le parecía degradante.

Potter se acercó al tanque. Su bata esterilizada produjo un ligero crujido al moverse. Contempló la pantalla de la pared, el monitor que mostraba lo que veía el cirujano y la visión que se ofrecía a los padres. En la pantalla se vio a sí mismo mientras dirigía la lupa de aumento que llevaba en la frente hacia ella.

Malditos padres, pensó. *Me hacen sentir culpable... todos ellos.*

Volvió a centrar su atención en la cubeta de cristal, ahora rodeada de instrumental. El ruido de las bombas le molestaba.

Svenggaard se colocó al otro lado del recipiente, esperando. La mascarilla le tapaba la parte inferior del rostro, pero los ojos parecían tranquilos. Irradiaba estabilidad, firmeza.

¿Cómo *debe sentirse en realidad?*, se preguntó Potter para sus adentros. Y recordó que, en caso de una emergencia, no había otro ayudante de quirófano mejor que Sven.

—Puedes empezar a aumentar el ácido pirúvico —indicó Potter.

Svenggaard asintió y presionó la tecla de alimentación.

La enfermera del ordenador puso en funcionamiento las bobinas.

Observaban los indicadores que registraban el aumento del ciclo Krebs... 87.0... 87.3... 87.8... 88.5... 89.4... 90.5... 91.9...

*Ahora, pensó Potter, ha empezado el movimiento irreversible. Sólo la muerte*

*puede detenerlo.*

—Avísame cuando el ciclo Krebs alcance los ciento diez —pidió.

Movió el microscopio y los microinstrumentos hasta dejarlos en la posición correcta, inclinados hacia el núcleo en reposo. *¿Estaré viendo lo mismo que Svenggaard?*, se preguntó. Sabía que no era probable. El rayo del exterior nunca había caído dos veces en el mismo lugar. Llegaba, hacía lo que resultaba imposible para cualquier mano humana, y se marchaba.

*¿Adónde?*, se cuestionó Potter.

Los huecos interribosomales se presentaron ante sus ojos. Los observó, aumentó la amplificación y bajó hasta las espirales del ADN. Si, era la situación que Sven había descrito. El embrión de los Durant era uno de los que podían cruzar el umbral hasta el supermundo de la Central... si el cirujano tenía éxito.

La confirmación dejó a Potter inquieto. Desvió la atención hacia las mitocondrias y vio la prueba de la intrusión de arginina. Se ajustaba con exactitud a la descripción de Sven. Las espirales habían empezado a fijarse, revelando los septos incompletos. Sería una intervención complicada.

Potter se irguió.

—¿Y bien? —preguntó Svenggaard.

—Como tú dijiste —contestó Potter—. Un trabajo sencillo. —Sabía que los padres le estaban oyendo.

Entonces reflexionó sobre lo que estaría descubriendo Seguridad sobre los Durant. ¿Se habría pertrechado aquella pareja con instrumentos camuflados como objetos convencionales? Tal vez. Corrían rumores de nuevas técnicas introducidas por los Padres Clandestinos... y sobre los Cyborg, que se movían en las sombras que les habían ocultado durante siglos..., en el caso de que fueran reales. Potter no estaba muy seguro.

—Empiece a rebajar el pirúvico —indicó Svenggaard a la enfermera del ordenador.

—Pirúvico decreciendo —contestó ella. Potter observó el teclado que tenía al lado. En la primera fila, las pirimidinas, los ácidos nucleicos y las proteínas, después tiamina, riboflavina, piridoxina, ácido pantoténico, ácido fólico, sulfidril...

Carraspeó, organizando su plan para el ataque a las defensas de la morula.

—Intentaré encontrar una célula piloto catalizando la cisteína en un punto; empiecen con sulfidril y preparen una cinta para la síntesis de proteínas.

—Preparados para catalización —ordenó Svenggaard. Asintió a la enfermera del ordenador, que colocó la cinta en posición.

—¿Ciclo Krebs? —preguntó Potter.

—Se acerca a ciento diez —contestó Svenggaard. Silencio.

Potter se inclinó de nuevo sobre el microscopio.

—Empiecen la cinta. Dos mínimos de sulfidril. Con lentitud, Potter aumentó la ampliación y escogió una célula para la catalización. La intrusión se alejó y buscó en las células colindantes las pistas para que la mitosis se produjera en la tangente adecuada. Poco a poco... Apenas acababa de empezar y ya tenía las manos sudorosas dentro de los guantes.

—Trifosfato de adenosina —pidió.

Svengaard colocó el tubo de alimentación en los micromanipuladores y asintió a la enfermera de la tina. ATP ya. Éste iba a ser un hueso duro.

—Empiece con un mínimo de ATP —ordenó Potter.

Svengaard pulsó la tecla de alimentación. El sonido de las cintas del ordenador se incrementó.

Potter levantó la cabeza y la sacudió.

—Célula equivocada —señaló—. Lo intentaremos con otra. El mismo procedimiento. —Volvió a inclinar la cabeza sobre el núcleo en reposo, movió los micromanipuladores, incrementando la ampliación gradualmente. Bajó hasta la masa celular. *Despacio... despacio...* El microscopio podía causar daños irreparables allí.

*Ahhh*, pensó, al localizar una célula activa dentro de la mórula. La estasis sólo había producido un ligero retraso, en el seno de la célula bullía una intensa actividad química. Pares de doble base en una espiral de fosfato de azúcar pasaban por su campo de visión.

Su nerviosismo inicial había cedido paso a una gran seguridad. Tenía la sensación ya familiar de que la mórula era un océano en el que él estaba nadando, que el interior celular era su hábitat natural.

—Dos mínimos de sulfidril —requirió.

—Sulfidril, dos mínimos —repitió Svengaard—, dispuesto ATP.

—ATP —dijo entonces Potter—. Voy a impedir la reacción de cambio en los sistemas de las mitocondrias. Empiecen con oligomicina y ácido.

Svengaard demostró su valía al obedecer sin la menor vacilación. Sólo reveló que se daba cuenta del peligro mediante una pregunta:

—¿Debo tener preparado un agente de desacoplo?

—Empieza con arsenato en el uno —contestó Potter.

—El ciclo Krebs está descendiendo —informó la enfermera del ordenador—. Ochenta y nueve punto cuatro.

—Efecto de intrusión —señaló Potter—. Dame el punto seis mínimo de ácido.

Svengaard pulsó la tecla.

—Cuatro mínimo de oligomicina —continuó Potter.

—Oligomicina cuatro —repitió Svengaard. Potter sintió que sólo vivía a través de sus ojos en el microscopio y las manos en los micromanipuladores. Se había fundido con la mórula. Comprobó que la mitosis periférica se había detenido... tal como

debía suceder después de los añadidos.

—Me parece que lo tenemos —informó.

Hizo una señal en la posición del microscopio, movió el enfoque y bajó hasta las espirales ADN, buscando una deformidad en el hidroxilo, el defecto que podía ocasionar una válvula cardiaca imperfecta. Era el artista, el maestro del diseño... la célula piloto decidida. Ahora había que reorganizar la delicada fábrica química de la estructura interior.

—Prepara el corte —ordenó.

Svengaard montó el generador de mesones.

—A punto —informó.

—Ciclo Krebs, a setenta y uno —notificó la enfermera.

—Primer corte —dijo Potter.

Desencadenó el estallido y observó el subsiguiente caos. El apéndice de hidroxilo desapareció y los nucleótidos volvieron a formarse.

—Hemoproteína P-450 —pidió Potter—. Dispuestos para reducir con NADH. —Aguardó mientras estudiaba las proteínas que se formaban, buscando moléculas biológicamente activas—. ¡Ahora! —El instinto y la experiencia se unieron para indicarle el instante preciso—. Dos y medio de P-450.

Se inició un tumulto en un grupo de cadenas de polipéptidos, en el centro de la célula.

—Reduce —ordenó Potter.

Svengaard pulsó la tecla de alimentación de NADH. No veía lo que Potter tenía ante sus ojos, pero la lente del cirujano mostraba una ligera visión del campo del microscopio. Esto y las instrucciones de Potter le informaban de la lentitud del cambio en la célula.

—Ciclo Krebs, cincuenta y ocho —continuó la enfermera del ordenador.

—Segundo corte —anunció Potter.

—Dispuesto —dijo Svengaard.

Potter buscó la isovaltina en el mixedema latente y la encontró.

—Denme una cinta de la estructura —dijo—. S-(isopropilcarboximetil) cisteína.

La cinta giró en las bobinas, se detuvo y prosiguió muy despacio. La imagen comparativa de isovaltina apareció en el ángulo superior derecho del campo de visión de Potter, quien comparó las estructuras, punto por punto, y después ordenó:

—Cinta fuera.

La imagen se desvaneció.

—Ciclo Krebs, cuarenta y siete —informó la enfermera.

Potter suspiró tembloroso. Otros veintisiete puntos y estarían en la recta mortal. El embrión Durant sucumbiría.

Tragó saliva y desvió la concentración de mesones.

La isovaltina se separó.

—Preparados con cicloserina —dijo Svengaard.

*Ah, buen chico, Sven, pensó Potter, no es preciso decirle a cada momento qué debe hacer.*

—Comparación en D-4-aminoisozadolina-3 —solicitó Potter.

La enfermera dispuso la cinta.

—Comparación preparada.

Apareció la imagen en el campo de visión de Potter.

—Comprobada. —La imagen desapareció—. Uno punto ocho de mínimos.

Observó la interacción de los grupos de enzimas, mientras Svengaard administraba la cicloserina. El grupo de aminos mostró un extenso campo de afinidad. La transferencia ARN se ajustaba.

—Ciclo Krebs, treinta y ocho punto seis —señaló la enfermera.

*Tendremos que arriesgarnos, pensó Potter, este embrión no aceptará más cambios.*

—Reduce la estasis a la mitad e incrementa ATP. Dame microalimentación en diez mínimos de ácido pirúvico.

—Reduciendo estasis —confirmó Svengaard. Esto va a estar muy cerca, pensó. Pulsó los alimentadores de ATP y de ácido pirúvico.

—Déme el ciclo Krebs en el punto medio —pidió Potter.

—Treinta y cinco —contestó la enfermera—. Treinta y cuatro punto cinco. Treinta y cuatro. Treinta y tres punto cinco. —Aceleró el informe—: Treinta y tres... treinta y dos... treinta y uno... treinta... veintinueve...

—Libera toda la estasis —urgió Potter—, presenta todo el espectro de aminos con histidina activada. Empieza la piridoxina, cuatro punto dos mínimos.

Las manos de Svengaard recorrían el teclado.

—Haga retroceder la cinta de proteínas —ordenó Potter—. De el informe completo de ADN con el ordenador en automático.

Las cintas giraban en las bobinas.

—Está bajando —dijo Svengaard.

—Veintidós —informó la enfermera—. Veintiuno nueve... veintidós... veintiuno nueve... veintidós dos... veintidós uno... veintidós dos... veintidós uno... veintidós dos... veintidós tres... veintidós cuatro... veintidós tres... veintidós cuatro... veintidós cinco... veintidós seis... veintidós cinco...

Potter vivía la batalla de oscilaciones a través de cada fibra de su ser. La morula estaba descendiendo al punto mortal. Podía vivir o morir en los próximos minutos. O podía salir dañada. A veces sucedían estas cosas. Cuando el defecto era demasiado grave, la tina se desconectaba. Pero Potter ahora ya se sentía identificado con el embrión. No podía perderlo.

—Insensibilizador de mutagenos —requirió. Svenggaard vaciló. El ciclo Krebs seguía una peligrosa curva descendente hacia la muerte. Sabía por qué había tomado Potter aquella decisión, pero el riesgo de carcinoma era algo a tener en cuenta. Se preguntó si debía discutir con Potter el paso que había dado. El embrión estaba a menos de cuatro puntos de la desaparición. Los mutágenos químicos que se le administraran en aquel momento podían provocar el desarrollo o la destrucción. Incluso en el caso de que el tratamiento de mutágenos resultara, podría dejar al embrión susceptible al cáncer.

—¡Insensibilizador de mutágenos! —le repitió Potter.

—¿Dosis? —preguntó Svenggaard.

—Medio mínimo de la alimentación mínima fraccional. La controlaré desde aquí. Svenggaard pulsó las teclas de alimentación con la mirada fija en el repetidor del ciclo Krebs. Nunca había tenido noticia de la aplicación de un tratamiento tan drástico y tan cerca del límite. Por lo general, los mutágenos se reservaban para los embriones de Sterries semidefectuosos, una opción que algunas veces producía resultados dramáticos. Era como agitar un cubo de arena para nivelar los granos. Algunas veces el germen de plasma junto a un mutágeno daba como resultado un viable... pero nunca un Optiman.

Potter redujo la ampliación y estudió los movimientos en el embrión. Con todo cuidado pulsó la tecla de alimentación y buscó señales de Optiman. La acción celular permanecía inestable y parcialmente borrosa.

—Ciclo Krebs, a veintidós ocho —señaló la enfermera.

*Sube un poco, pensó Potter.*

—Poco a poco —murmuró Svenggaard. Potter mantenía la vigilancia sobre la morula. Ésta crecía, se expandía a contracciones, luchaba con el enorme poder encerrado en la diminuta esfera.

—Ciclo Krebs, a treinta punto cuatro —señaló Svenggaard.

—Voy a retirar los mutágenos —anunció Potter. Hizo retroceder el microscopio hasta una célula periférica, insensibilizó las nucleoproteínas y buscó las configuraciones defectuosas.

La célula estaba limpia.

Potter observó los movimientos de las cadenas ADN con ansiedad.

—Ciclo Krebs, a treinta y seis ocho, y sigue subiendo —comunicó Svenggaard—. ¿Debo iniciar con colina y aneurina?

Potter contestó de forma automática, concentrando toda su atención en la estructura del gen celular.

—Sí, empieza.

Terminó el examen y pasó a otra célula periférica.

Idéntica.

Otra célula. Igual.

La modificación del gen estaba comprobada, pero se trataba de un ejemplar no registrado desde el segundo siglo de la manipulación de los genes. Pensó en pedir una verificación para estar seguro. El ordenador podía proporcionarla, seguro. Ninguna grabación se perdía ni se desechaba. Pero no se atrevió... había demasiado en juego. Además, sabía que no necesitaba la verificación. Era un modelo clásico, una forma escolar que él había contemplado día tras día durante sus estudios de medicina.

El ejemplar de supergenio que había provocado la llamada de Svengard estaba allí, afianzado por los reajustes de quirófano. Era un par cerrado, aunque con el componente de la fertilidad. La base de la longevidad aparecía sujeta a la configuración estructural del gen.

Si aquel embrión alcanzaba la madurez y se unía a una compañera fértil, podría reproducir hijos sanos sin la intervención del especialista genético. No precisaría la administración de enzimas para sobrevivir. Viviría diez veces más que cualquier ser humano... y con algunos ajustes enzimáticos, podría llegar a la inmortalidad.

El embrión Durant podía engendrar una nueva raza... como los imperecederos de la Central, pero distinta de ellos. La prole de aquel embrión tenía la capacidad de adaptarse a la selectividad natural... totalmente al margen del control de los Optimen.

Ningún ser humano podía apartarse de la norma y seguir viviendo. La Central no podía tolerarlo.

A todos los especialistas genéticos se les inculcaba una regla durante los estudios: *La selectividad natural es una locura que envía a sus víctimas a caminar a tientas hacia vidas vacías.*

La razón y la lógica de los Optimen tenían que hacer la selección.

Adelantándose en el tiempo, Potter tuvo la certeza de que si el embrión Durant maduraba, encontraría una compañera fértil. Aquel embrión había recibido un don del exterior... abundancia de arginina en el esperma, la clave de la fertilidad. Entre la riada de mutágenos que habían abierto los núcleos activos del ADN, aquel embrión había cobrado forma.

*¿Por qué introduje los mutágenos justo en aquel momento?*, se preguntó Potter. *Sabía que era preciso. ¿Cómo lo supe? ¿Fui un instrumento de otra fuerza?*

—Ciclo Krebs subiendo de forma estable. Cincuenta y ocho —indicó Svengard.

Potter ardía en deseos de discutir el asunto con Svengard..., pero se lo impedían los malditos padres y los agentes de Seguridad. *¿Era posible que alguien más hubiera visto lo suficiente y supiera lo suficiente sobre el embrión como para darse cuenta de lo que había sucedido? ¿Por qué introduje los mutágenos?*

—¿Puede ver el resultado? —preguntó Svengard.

—Todavía no —mintió Potter.

El embrión crecía con rapidez. Potter contempló la proliferación de células

estables. Era una maravilla.

—Ciclo Krebs, sesenta y cuatro siete —informó Svenggaard.

*He esperado demasiado*, pensó Potter. *¿Los jefes de la Central me preguntaran por qué he esperado tanto para matar este embrión. ¡No puedo hacerlo! Es demasiado hermoso.*

La Central conservaba el poder manteniendo al mundo en la ignorancia de su principal arma, la distribución de vida en forma de preciados suministros de enzimas a sus esclavos, que eran como muertos vivientes.

Los Folk tenían un dicho: *En este mundo hay dos seres... los que no trabajan y viven eternamente y los que no viven y trabajan eternamente.*

Allí, en una tina de cristal, flotaba una bolita de células, una criatura de menos de seis décimas de milímetro de diámetro que disfrutaba de la posibilidad de disponer de su vida al margen del control de la Central.

Aquella fórmula debía morir.

*Ordenaran que la mate*, pensó Potter. *Y yo me convertiré en un sospechoso... estaré acabado. Y si este embrión queda libre, ¿qué? ¿Qué ocurrirla con la cirugía genética? ¿Volveríamos a corregir defectos menores..., tal y como hacíamos antes de empezar a fabricar superhombres?*

*¡Superhombres!*

Mentalmente pensó unas palabras que nunca podría reproducir en voz alta: una maldición contra los Optimen. Tenían un enorme poder, la vida o la muerte instantánea. Muchos eran genios, pero dependían tanto de la dosis de enzimas como cualquier Sterrie o Reproductor. Había hombres igualmente brillantes entre éstos... y entre los cirujanos.

Pero ningún miembro de estos grupos podía vivir para siempre, dominados por aquel poder supremo y brutal.

—Ciclo Krebs, cien —indicó Svenggaard.

—Ahora estamos por encima de máximos —señaló Potter.

Echó un vistazo a la enfermera del ordenador, pero ella estaba de espaldas, manipulando el teclado. Sin aquel ordenador, todavía hubiera sido posible ocultar cuanto había ocurrido. Con la filmación, que sería examinada por los hombres de Seguridad y por los Optimen, no podía esconder nada. Svenggaard no había visto lo suficiente, ya que la lente sólo le mostraba una visión muy parcial. Las enfermeras de la tina, ni siquiera eso. Sólo la del ordenador, a través del pequeño monitor, podía saber... y toda la filmación se encontraba en la máquina, una sucesión de ondas magnéticas en cintas.

—Ha sido la primera vez que he visto a alguien llegar tan lejos sin matar al embrión —dijo Svenggaard.

—¿Cuál ha sido el punto más bajo? —preguntó Potter.



—Veintiuno nueve —contestó Svengaard—. Veinte es el tope, claro, pero nunca he sabido de un embrión que resistiera por debajo de veinticinco, ¿y usted?

—Tampoco —contestó Potter.

—¿Es el ejemplar que queremos? —preguntó Svengaard.

—No quiero intervenir más por ahora —señaló Potter.

—Es lógico. Salga lo que salga, ha sido una operación genial.

*¡Una operación genial!, pensó Potter. ¿Qué diría este imbécil si supiera lo que tengo aquí? ¡Un embrión totalmente viable! Mátalo, diría. No necesita enzimas y puede engendrar de verdad. No tiene el menor defecto... ninguno. Mátalo, diría. Es un esclavo sumiso. Toda la triste historia de la manipulación de genes queda justificada con este embrión. Pero en cuanto en la Central estudien la cinta, destruirán el embrión.*

*Eliminar, dirán..., no les gusta utilizar palabras parecidas a matar o muerte.*

Potter se inclinó de nuevo sobre el microscopio. Qué hermoso le parecía el embrión en su camino hacia la fatalidad.

Miró de nuevo a la enfermera del ordenador. Ella se había dado la vuelta ya sin la mascarilla.

Al cruzar la mirada con el doctor, le sonrió. Era una sonrisa de complicidad, la sonrisa de un conspirador. La enfermera se dispuso a secarse el sudor del rostro. Con la manga, rozó una tecla. Un chirrido sonó. La mujer se precipitó con nerviosismo sobre el teclado.

—¡Oh, Dios mío!

Movió las manos con rapidez, pero la cinta continuó silbando mientras pasaba de una bobina a otra. Intentó levantar la tapa transparente, pero las bobinas giraban de forma frenética.

—¡Está fuera de control! —gritó.

—¡Está atascado en «Borrar»! —exclamó Svengaard. Dio un salto y trató de levantar la cubierta. Estaba trabada.

Potter contempló como en sueños el final de la filmación, que se enrollaba en la otra bobina.

—¡Oh, doctor, la hemos perdido! —gimoteó la enfermera.

Potter miró el pequeño monitor. *¿Habrá seguido la operación paso a paso?, se preguntó. Algunas veces no se pierden detalle... y las enfermeras de ordenador son inteligentes. Si lo ha visto, debe tener una idea bastante aproximada de lo que hemos conseguido. Como mínimo, lo sospecha. Ha sido un accidente que la cinta se haya borrado? ¿Puedo arriesgarme?*

Ella se dio la vuelta.

—Oh, doctor, lo siento mucho.

—No se preocupe, enfermera —contestó Potter—. En realidad, no había nada

especial en el embrión, aparte del hecho de que vivirá.

—Se ha perdido, ¿eh? —comentó Svenggaard—. Han debido de ser los mutagenos.

—Si —replicó Potter—. Pero sin ellos el embrión hubiera muerto.

Potter observó a la enfermera. No estaba seguro, pero le pareció descubrir una expresión de alivio en su rostro.

—Grabaré un informe verbal de la operación —declaró Potter—. Será suficiente para este embrión.

Y pensó: *¿cuándo empieza una conspiración? ¿Será esto el inicio?*

Aquella conspiración tendría que seguir aún muchos pasos. Ningún ojo experto podía observar el embrión a través del microscopio sin convertirse en parte de la conspiración... o en un traidor.

—Aún tenemos la cinta de la síntesis de proteínas —suspiró Svenggaard—. Nos proporcionará los factores químicos y el cronometraje como referencia.

Potter repasó la cinta mentalmente. ¿Había algún peligro en ella? No, era sólo una relación de lo que se había utilizado... no cómo se había administrado.

—Servirá —contestó Potter—, servirá. —Señaló el monitor—. La operación ha terminado. Puede desconectar el circuito directo y acompañar a los padres a recepción. Lamento no haber conseguido algo mejor, pero será un humano saludable.

—¿Un Sterrie? —preguntó Svenggaard.

—Aún es pronto para decirlo —contestó Potter. Miró a la enfermera, que por fin había conseguido levantar la cubierta y parar las cintas—. ¿Alguna idea de cómo ha sucedido?

—Es probable que haya sido un fallo de los soportes —aventuró Svenggaard.

—Este aparato es viejo —informó la enfermera—. He solicitado varias veces que lo cambiaran, pero al parecer no estamos en los lugares prioritarios de la lista.

*Y también existe una natural reticencia por parte de la Central a admitir que algo pueda estropearse,* pensó Potter.

—Ya. Bueno, apuesto a que ahora le darán uno nuevo.

*¿Habrá observado alguien más su maniobra con la tecla?*, inquirió Potter para sí. Intentó recordar hacia dónde miraban todos los de la sala, preguntándose si un monitor de Seguridad la había estado vigilando. En este caso, podía darse por muerta. Y también el.

—Deberá unirse al expediente el informe de los técnicos de reparaciones —añadió Svenggaard—. Supongo que...

—Me ocuparé de ello personalmente, doctor —se ofreció la enfermera.

Potter tuvo la impresión de que el y la enfermera del ordenador habían sostenido una conversación silenciosa. Observó que la pantalla grande ahora era un espacio gris. Los Durant no veían ya lo que sucedía en el quirófano. *¿Debo verles?*, pensó. Si

*son de los Clandestinos podrían ayudar. Hay que hacer algo con el embrión. Lo más seguro sería sacarle de aquí, pero... ¿cómo?*

—Me ocuparé de los últimos detalles —comentó Svengaard.

Empezó a comprobar los cierres de la tina, los monitores de las constantes vitales y desmontó el generador de mesones.

*Alguien tiene que hablar con los padres*, pensó Potter.

—Los padres estarán disgustados —suspiró Svengaard—. Por lo general, saben que si se convoca a un especialista... es probable que se hubieran hecho ilusiones.

Se abrió la puerta y entró un hombre que Potter reconoció como un agente de Seguridad Central. Era un rubio con cara de luna, cuyos rasgos se olvidaban cinco minutos después de haberle dicho adiós. El hombre cruzó la sala para colocarse frente a Potter.

*¿Habrá llegado mi fin?*, se preguntó Potter. Se esforzó por mantener un tono de voz despreocupado.

—¿Qué hay de los padres? —preguntó.

—Limpios —contestó el guardia—. Ningún instrumento oculto, conversación normal... muchas banalidades, pero normal.

—¿Ni rastro de otras cosas? —preguntó Potter—. ¿No hay forma de que hayan burlado a Seguridad a pesar de ir sin instrumentos?

—¡Imposible! —exclamó el agente.

—El doctor Svengaard cree que el padre se excede en proteccionismo masculino y la madre en maternalismo —indicó Potter.

—Los expedientes muestran que usted los formó —contestó el guardian.

—Es posible —replicó Potter—. Algunas veces hay que concentrarse en los elementos importantes del cambio para salvar el embrión. Los pequeños detalles se pasan por alto.

—¿Se ha pasado algo por alto en la intervención de hoy? —preguntó el hombre—. Tengo entendido que la cinta se ha borrado... por accidente.

*¿Sospechará algo?*, se preguntó Potter. La magnitud de su compromiso y el riesgo personal amenazaban con aplastar a Potter. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener un tono de voz despreocupado.

—Todo es posible, desde luego. —Se encogió de hombros—. Pero no creo que haya nada anormal en éste. Hemos perdido el potencial de Optiman para salvar el embrión, pero estas cosas suelen suceder. No podemos ganar siempre.

—¿Podemos terminar el expediente del embrión? —preguntó el agente.

Aún sospecha, se dijo Potter.

—Como quiera. Tendré una cinta verbal tan detallada como la visual dentro de poco. Podría esperar y analizarla antes de decidir.

—Eso voy a hacer —contestó el hombre.

Svenggaard había apartado el microscopio de la tina. Potter se relajó un poco. Nadie iba a echar un vistazo inoportuno y peligroso al embrión.

—Creo que les he hecho hacer un viaje en vano —comentó Potter—. Lo lamento, pero ellos insistieron en vigilar.

—Es preferible hacer diez viajes en vano que permitir una pareja de padres que sepa demasiado —contestó el agente—. ¿Cómo se ha borrado la cinta?

—Por accidente. Equipo viejo. Tendremos el informe técnico dentro de nada.

—No mencione el asunto del aparato viejo en el informe —ordenó el agente—. Lo escucharé de viva voz. Ahora Allgood tiene que enseñar todos los informes a los Tuyere.

Potter asintió comprensivo.

—Por supuesto.

Los hombres que trabajaban en la Central estaban al corriente de estas cosas. En general se ocultaban los temas que resultaban incómodos a los Optimen.

El agente miró a su alrededor y dijo:

—Algún día no tendremos que actuar con tantos ambages. Estoy deseando que llegue el momento. —Se alejó.

Potter observó al hombre mientras se giraba pensando lo bien que se ajustaba a los requisitos de su profesión. Un acabado soberbio, con sólo un defecto... demasiado hábil, demasiada lógica fría, poca curiosidad imaginativa e intuición para explorar los caminos del azar.

*Si me hubiera presionado, me habría atrapado, pensó Potter. Tendría que haberse mostrado más curioso respecto al accidente. Pero solemos copiar a nuestros maestros, incluso en las facetas negativas.*

Potter comenzó a confiar en salir airoso de su aventura impetuosa. Retrocedió para ayudar a Svenggaard con los detalles finales mientras se preguntaba, *¿cómo se que el agente ha quedado satisfecho de mi explicación?* Ninguna sensación de inquietud acompañaba la pregunta. *Sé que le he convencido, pero ¿cómo lo sé?*

Entonces comprendió que su cerebro había estado absorbiendo información sobre genes correlativos —el funcionamiento interno de la célula y sus manifestaciones exteriores— durante tantos años, que el bagaje de datos le había proporcionado un nuevo nivel de comprensión. Detectaba las diminutas traiciones por las reacciones del genotipo.

*¡Puedo leer el pensamiento!*

Fue una revelación sorprendente. Miró a las enfermeras que ayudaban a ordenar el quirófano y cuando cruzó la mirada con la del ordenador supo que ella había destruido la cinta con toda intención.

Lizabeth y Harvey Durant salieron cogidos de la mano del hospital, después de haberse entrevistado con los doctores Potter y Svengard. Sonreían y balanceaban los brazos como si fueran niños de excursión... y en cierto modo lo eran.

Había cesado la lluvia de la mañana y las nubes se dirigían hacia el este, hacia las cumbres que se elevaban sobre la megápolis de Seatac. El cielo era de un azul cerúleo, y el sol comenzaba a asomar.

Un grupo de personas, en filas y a marcha ligera, atravesaba el parque; sin duda era la hora de gimnasia para el personal de una fábrica o equipo de trabajo. La uniformidad quedaba rota por algunos destellos de color: un pañuelo anaranjado en la cabeza de una mujer, un fajín amarillo sobre el torso de un hombre, el rojo de un fetiche de la fertilidad colgado de un aro dorado en la oreja de una muchacha. Un hombre se había equipado con zapatos de un verde brillante.

Las patéticas muestras de individualismo en un mundo uniforme de genes hechos en serie hicieron que Lizabeth bajara las defensas. Miró hacia otro lado para que la sonrisa no desapareciera de su rostro.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—¿Qué? —Harvey la hizo detenerse en el paso de peatones, a la espera de que pasara el grupo. Entre los deportistas, algunas caras observaron con envidia a Harvey y Lizabeth. Todos sabían por qué estaban allí. El hospital, la enorme mole de material sintético a sus espaldas, el hecho de que fueran juntos un hombre y una mujer, la ropa de fantasía, las sonrisas; todo indicaba que los Durant estaban de permiso de sus respectivos trabajos para reproducción.

Cada individuo de aquel grupo deseaba con desesperación que le llegara el turno de escapar a la rutina que les esclavizaba a todos ellos. Gametos viables, permiso de reproducción... el sueño universal. Incluso los Sterries reconocidos confiaban y favorecían a los curanderos de fertilidad y a los fabricantes de fetiches inútiles.

*No tienen pasado*, pensó Lizabeth, cayendo de repente en el tópico de los filósofos Folk. *Son personas sin pasado y con sólo una esperanza de futuro al que aferrarse. En algún lugar se perdió nuestro pasado en un mar de sombras. Los Optimen y los cirujanos genéticos han asesinado el pasado.* Incluso su permiso de reproducción perdía excepcionalidad ante aquel pensamiento. Los Durant no estarían obligados a ponerse en pie a toque de campana y a dirigirse al trabajo por separado, pero seguirían siendo personas sin pasado... y su futuro podía desaparecer en un instante. El niño que se estaba formando en el hospital sería una pequeña parte de ellos, pero los cirujanos lo habían cambiado. Le habían arrebatado su pasado.

Lizabeth recordó a sus padres, la sensación de alejamiento de ellos, las diferencias que les separaban más que las sanguíneas.

*En cierto sentido no eran mis padres. Ellos lo sabían... y yo lo sabía.*

Sintió que ya se estaba alejando de su propio hijo aún no formado, una emoción que teñía su necesidad actual. *¿Qué sentido tiene?*, pensó. Pero sabía cuál era el sentido: terminar para siempre la amputación de pasados.

El grupo terminó de pasar, dobló una esquina y desapareció.

*¿Hemos dejado atrás una esquina a la que jamás regresaremos?*, se preguntó Lizbeth.

—Vayamos hasta el servicio de transporte que atraviesa la ciudad —sugirió Harvey.

—¿A través del parque? —preguntó ella.

—Sí —le confirmó Harvey—. Imagínate, diez meses.

—Y podremos llevarnos a nuestro hijo a casa —concluyó ella—, hemos sido afortunados.

—Parece mucho tiempo... diez meses —suspiró Harvey.

—Sí, pero podremos venir a verle cada semana cuando le trasladen a la tina grande, y eso será dentro de tres meses —contestó Lizbeth, mientras cruzaban la calle y entraban en el parque.

—Tienes razón —dijo Harvey—. Todo habrá terminado antes de que nos demos cuenta. Y gracias a las autoridades no es un especialista ni nada parecido. Podremos criarle en casa y nos reducirán la jornada laboral.

—Ese doctor Potter es maravilloso —reconoció Lizbeth.

Mientras caminaban, sus manos unidas se movían con las ligeras presiones y movimientos de dedos de la conversación secreta, *el mundo sin palabras*, el código que les identificaba como agentes de los Padres Clandestinos.

—Aún nos vigilan —indicó Harvey.

—Lo se.

—Svenggaard queda fuera, es un esclavo de la estructura del poder.

—Desde luego. *¿Sabes?*, no tenía la menor idea de que la enfermera del ordenador fuera una de los nuestros.

—¿También tu lo viste?

—Potter la estaba mirando cuando ella pulsó el botón.

—¿Crees que los tipos de Seguridad se dieron cuenta?

—Imposible. Estaban todos concentrados en nosotros.

—Tal vez no sea una de los nuestros —aventuró Harvey y acto seguido dijo en voz alta:

—Hace un día precioso. Vayamos por el sendero de flores.

—¿Piensas que la enfermera estaba allí por casualidad? —preguntaron los dedos de Lizbeth. —Podría ser. Tal vez vio lo que Potter había conseguido y comprendió que sólo había una forma de salvar el embrión.

—Entonces tendremos que ponernos en contacto con ella de inmediato.

—Prudencia. Puede ser una desequilibrada, una emotiva... una neurótica de la reproducción. —¿Qué me dices de Potter?

—Le enviaremos gente enseguida. Necesitaremos que nos ayude para sacar el embrión del hospital.

—Con él ya tendremos nueve cirujanos de la Central.

—Si está de acuerdo —precisó Harvey.

—¿Tienes alguna duda? —Ella le miró con una sonrisa que disimulaba su preocupación repentina.

—La verdad, me parece que me leía el pensamiento al mismo tiempo que yo a él.

—¡Oh, claro que sí! —contestó Lizbeth—. Pero era lento y confuso, comparado con nosotros.

—Eso es. Me dio la impresión de un aprendiz, un aficionado que da traspies y mejora a medida que avanza.

—No está entrenado, eso es evidente. Me inquietaba que hubieras leído algo en su pensamiento que a mí se me hubiera pasado por alto.

—Supongo que tienes razón.

Al otro lado del parque el crepúsculo hacía caer los rayos de sol que atravesaban un invernadero. Lizbeth miró el paisaje.

—No lo dudes, cariño. Se trata de un natural, alguien que ha adquirido el talento de forma fortuita. Existen, ya lo sabes, tienen que existir. Nada puede evitar que establezcamos comunicación.

—Pero es evidente que lo intentan.

—Sí. Han hecho todo lo posible hoy, durante los interrogatorios y registros en esa sala. Pero la gente que piensa de forma mecánica nunca podrá adivinar..., me refiero a que nuestras armas son las personas y no los objetos.

—Es su principal debilidad —asintió él—. La Central ha labrado los vacíos genéticos con lógica, y la lógica ha ido haciendo los surcos cada vez más profundos. Son ahora tan hondos que ni siquiera pueden asomarse al exterior.

—Y este universo exterior, tan amplio, nos llama —señaló ella.

Max Allgood, jefe de la Central de Taquiseguridad, subió las escaleras de Administración unos pasos por delante de sus dos médicos acompañantes, tal como correspondía al director de los sicarios de los Optimen, poseedor de un temible poder.

El sol matutino centelleaba a espaldas del trío y creaba sombras sobre los ángulos y planos del blanco edificio.

Se les franqueó la entrada hasta el pórtico, donde cayó una barrera imposible de eludir. Los escáneres de aislamiento los exploraron en busca de microbios nocivos.

Allgood se dio la vuelta con la paciencia fruto de la larga experiencia en dicho trámite y observó a sus acompañantes, Boumour e Igan. Le divertía el hecho de que allí tuvieran que prescindir de su título. En aquel recinto no se admitía a los médicos. Allí tenían que ser farmacéuticos. La palabra «doctor» causaba malestar entre los Optimen. Ellos sabían que existían los médicos, pero solo atendían a los simples humanos. La palabra «médico» se sustituía allí por un eufemismo, al igual que nadie mencionaba «morir» o «matar», ni se insinuaba que algo podía estropearse. Sólo los nuevos Optimen, durante su aprendizaje, o los simples de aspecto juvenil, prestaban sus servicios en la Central, si bien algunos de los simples habían sido conservados por sus patrones durante períodos considerables de tiempo.

Tanto Boumour como Igan pasaron la prueba de juventud, aunque la cara de Boumour era del tipo enano y tez pálida que solía envejecer antes de tiempo. Era un hombre corpulento, de hombros anchos. Igan parecía enjuto y frágil a su lado; tenía el rostro alargado, la mandíbula cuadrada y la boca pequeña, con los labios delgados. Los ojos de ambos eran del color de los de Optimen, azules y penetrantes. Ambos debían de ser, con toda probabilidad, casi-Opti. La mayoría de los médicos-farmacéuticos de la Central lo eran.

Los dos hombre se movían inquietos bajo la mirada de Allgood, evitando cruzar la vista con el. Boumour empezó a hablar en voz baja a Igan, con una mano sobre el hombro que se agitaba. El movimiento de la mano de Boumour sobre el hombro de su compañero le recordó a Allgood que había visto algo parecido en alguna parte. No pudo precisar dónde.

Seguía la prueba de aislamiento. A Allgood le dio la impresión de que se prolongaba más de lo normal. Desvió la atención al paisaje que se extendía frente al edificio. Reinaba una extraña calma; en oposición con el ambiente de la Central, por lo que Allgood sabía.

Comprendió que el tener acceso a los archivos secretos, e incluso a los libros antiguos, le había proporcionado un conocimiento poco común de la Central. Los dominios de los Optimen se extendían a lo largo de leguas del territorio que una vez había pertenecido a la alianza política de Canadá y el norte de los Estados Unidos.



Formaba un círculo aproximado de setecientos kilómetros de diámetro y doscientos niveles bajo tierra. Era una sociedad de múltiples controles: del clima, del gen, de las bacterias, de las enzimas de los humanos...

En aquella esquina, el centro de la Administración, el suelo se había formado como un paisaje italiano en claroscuro: blancos y grises, con pinceladas de pastel. Los Optimen podían moldear una montaña a su antojo: No tan alta pero dejad las laderas tal como están.

La naturaleza había sido arrasada, desposeída de sus puntos peligrosos. Incluso cuando los Optimen ponían en práctica algo espontáneo, carecían del elemento dramático, que tampoco estaba presente en sus vidas.

Allgood pensaba muy a menudo sobre esto. Había visto películas anteriores a los Optimen y sabía reconocer las diferencias. Los detalles estéticos de la Central le parecían siempre colocados junto a los triángulos rojos que indicaban las salidas de farmacia, donde los Optimen podían controlar las recetas de enzimas.

—¿Se están tomando mucho tiempo, o me lo parece a mí? —preguntó Boumour, con voz algo áspera.

—Paciencia —contestó Igan.

—Si —dijo Allgood—, la paciencia es el mejor aliado del hombre.

Boumour miró al hombre de Seguridad, estudiándolo. Allgood rara vez hablaba por hablar. Él, y no los Optimen, era la mayor amenaza para la conspiración. Él era uña y carne con sus amos, un supermuñeco. *¿Por qué nos habrá ordenado que le acompañemos? ¿Lo sabe? ¿Nos denunciará?*

Allgood tenía una fealdad especial que fascinaba a Boumour. El jefe de Seguridad era un Folk bajito y rechoncho, con cara de luna y ojos almendrados, que llevaba un mechón de pelo negro sobre la frente, un corte Shang, según indicaba su evidente marca genética. Allgood se dio la vuelta y de forma repentina Boumour comprendió que la fealdad del hombre procedía del interior. Era la fealdad del miedo, el exterior y el personal. El descubrimiento le proporcionó cierto alivio, que comunicó a Igan a través de la presión de los dedos sobre el hombro.

Igan se apartó con brusquedad para mirar el exterior del edificio donde se encontraban. *Claro que Max Allgood tiene miedo, pensó. Vive entre el fango de los temores nombrables e innombrables... al igual que los Optimen... pobres criaturas.*

El escenario comenzó a impresionarle. En aquel momento hacía un día primaveral, planeado así por el centro de Control de Clima. Las escaleras de Administración se reflejaban en un lago, redondo y perfecto como una bandeja esmaltada en azul. Más allá del lago, en una ladera, se divisaban unas columnas blancas. Constituían la parte superior de los ascensores que bajaban a la fortaleza de los Optimen, a doscientos niveles por debajo del suelo.

Detrás de las colinas, el cielo comenzaba a tomar un color violáceo y metálico.

De pronto aparecieron unos rayos rojos, verdes y color púrpura, y a continuación se oyó el ruido lejano de un trueno contenido. Fuera del alcance de la Central, algún Optiman Superior estaba produciendo una tormenta para entretenerse.

A Igan le pareció una demostración inútil, ya que no existía peligro ni confrontación... dos palabras para el mismo concepto.

La tormenta era lo primero de aquel día que se ajustaba al ritmo interno de la Central. Lo siniestro hacía variar la conducta de Allgood respecto a la Central. Allí dentro, las personas desaparecían y nunca volvían a ser vistas. Sólo él, Allgood, el jefe de Taquiseguridad, o unos pocos agentes de confianza, conocían su destino. Sintió que el ruido de truenos modificaba sus emociones, era un sonido que ponía de relieve el poder absoluto. Bajo el cielo, que ahora cambiaba de color hacia el amarillo y dispersaba el ambiente primaveral, las columnas de la colina sobre el lago parecían ahora tumbas paganas entre el verdor de la tierra.

—Ya —indicó Boumour.

Allgood se volvió y observó que la barrera del aislamiento se había levantado. Entró en la Sala del Consejo, con sus paredes resplandecientes como el diamante, donde se extendían hileras de bancos vacíos. Los tres hombres avanzaron entre nubes de vapor perfumado que se apartaban a su paso.

Para acompañarles surgieron de las sombras algunos acólitos de los Optimen, ataviados con capas verdes sujetas a los hombros con broches de diamantes, y túnicas bordadas en platino. Llevaban incensarios dorados que esparcían un humo antiséptico rosado.

Allgood centró su atención en el fondo del salón. Un globo gigantesco, rojo como una mandrágora, pendía del techo. Tendría unos cuarenta metros de diámetro, con una sección doblada hacia el exterior, como un segmento de naranja cortado para mostrar el interior. Era el centro de control de los Tuyere, el instrumento de poderes y fuerzas misteriosas mediante el cual ellos vigilaban y dominaban a sus servidores. Había un despliegue de luces verde fosforescente y azules. Grandes círculos proyectaban consignas y las luces rojas daban respuesta. Entre haces de luz, flotaban números y símbolos esotéricos.

En el centro, como si fuera la semilla del fruto, una columna blanca servía de apoyo a una plataforma triangular, en cuyos ángulos se erguían tres tronos dorados. Allí se sentaban los Optimen conocidos como los Tuyere... amigos, camaradas, gobernantes elegidos para este siglo y a los que aún quedaban setenta y ocho años de servicio. Aquel período era un guiño a la duración de sus vidas, una molestia a menudo inquietante, ya que debían enfrentarse a realidades que todos los demás Optimen podían ignorar.

Los acólitos se detuvieron a unos veinte pasos del globo, sin dejar de balancear los incensarios. Allgood se adelantó e hizo un gesto a Boumour y a Igan para que

permanecieran detrás de él. El jefe de Seguridad sabía hasta dónde podía llegar, y tenía que ser hasta el límite. *Ellos me necesitan*, se dijo, pero no se le escapaban los peligros de aquella entrevista.

Allgood levantó la vista. Gasas magnéticas conferían una transparencia engañosa al interior. A través de aquella cortina distinguió formas y contornos, algunas delimitadas y otras borrosas.

—Aquí estoy —se presentó Allgood. Boumour e Igan se hicieron eco del saludo, recordando el protocolo que debían observar allí: *Utilizad siempre el nombre del Optiman a quien os dirigís. Caso de ignorarlo, preguntad humildemente*. Allgood aguardó la respuesta de los Tuyere. Algunas veces tenía la impresión de que no tenían noción del tiempo, al menos en cuanto a segundos, minutos e incluso días. Debía de ser verdad que los inmortales percibían el paso de las estaciones del año como si fueran tic-tacs de reloj. La base del trono giró y mostró a los Tuyere uno tras otro. Vestían túnicas ceñidas y transparentes que les mostraban casi desnudos, haciendo gala de su similitud con los simples. Al frente se encontraba Nourse, un dios griego de rostro pétreo y cejas espesas, con un torso musculoso que se henchía al respirar. ¡Y con qué placidez lo hacía, sin ninguna alteración!

Giró de nuevo y presentó a Schruille, un hombre esbelto, voluble, de ojos redondos, pómulos altos y nariz roma sobre una boca que parecía dibujar siempre un rictus de desagrado. Era un tipo peligroso. Algunos decían que hablaba de temas que otros Optimen evitaban. En la presencia de Allgood, Schruille había pronunciado una vez la palabra «muerte», si bien referida a una mariposa.

De nuevo giró la base y allí estaba Calapina, con la túnica adornada con un peto de cristal. Era una mujer delgada, de senos prominentes, cabello castaño dorado, ojos glaciales e insolentes y nariz aguileña. Allgood la había sorprendido una vez observándole de forma misteriosa. En tales ocasiones trataba de no pensar en los Optimen que tomaban como compañeros a simples.

Nourse habló a Calapina, observándola a través del reflector prismático que cada uno de los tronos llevaba incorporado. Ella respondió, pero las voces no llegaron hasta la parte inferior del salón.

Allgood observó la escena para captar alguna pista sobre sus intenciones. Entre los Folk era un hecho sabido que Nourse y Calapina habían sido compañeros de cama durante períodos que abarcaban cientos de años en la vida de los simples. Nourse tenía fama de firmeza y equilibrio, mientras que a Calapina se la consideraba una insensata. La mera mención de su nombre siempre sugería la pregunta: *¿qué ha hecho ahora?* Por lo general el tono era de admiración y miedo. Allgood conocía aquel temor. Ya había trabajado para otros tríos de gobernantes, pero ninguno le había aterrorizado tanto como éste, especialmente por Calapina.

La base del trono se detuvo en Nourse, que les miraba de frente.

—Aquí estás —repitió—. Claro que estás aquí. El buey conoce a su dueño y el asno al amo del pesebre.

¡Así que va a ser uno de esos días!, pensó Allgood. ¡Qué estupidez! Sólo podía significar que sabían cómo había tropezado... pero ¿no lo sabían siempre?

Calapina dio la vuelta al trono para contemplar a los simples. El Salón del Consejo era una copia del Senado romano, con falsas columnas en los extremos e hileras de bancos bajo las brillantes cámaras de observación. Todas enfocaban hacia donde se encontraban ellos.

Al mirar hacia arriba, Igan recordó cómo había temido y odiado a aquellos seres durante toda su vida, incluso cuando se apiadaba de ellos. Qué suerte había tenido al escapar del diseño Optiman. Había estado cerca, pero se había salvado. Pensó en el odio que había sentido durante la infancia, antes de que se hubiera mezclado con la compasión. Entonces era un sentimiento claro, profundo y real contra los Donadores de Tiempo.

—Hemos venido según lo ordenado, para informar sobre los Durant —empezó Allgood. Respiró profundamente para calmar su nerviosismo. Aquellas sesiones siempre habían sido peligrosas, pero desde que había optado por el doble juego el riesgo se había incrementado. No había retorno ni tampoco lo deseaba, ya que había descubierto que existían dobles de sí mismo. Sólo podía haber un motivo para que le duplicaran. Bien, ahora aprenderían.

Calapina observó a Allgood preguntándose si ya había llegado la hora de buscar un poco de diversión con el feo Folk. Tal vez sería una respuesta a su aburrimiento. Recordó haberlo intentado ya con otro Max, pero no recordaba si había conseguido salir del aburrimiento.

—Di qué te damos, amigo Max —ordenó ella. La voz suave y burlona de la mujer le llenó de pavor. Allgood tragó saliva.

—Dais vida, Calapina.

—¿Cuántos encantadores años tienes? —preguntó.

Allgood tenía la garganta seca.

—Al menos cuatrocientos, Calapina. Nourse soltó una risita.

—Te quedan por delante otros muchos años, si nos sirves bien —comentó.

Era lo más parecido a una amenaza que Allgood jamás había oído en un Optiman. Ellos daban a conocer sus deseos de forma indirecta, con sutilezas. Utilizaban a simples, que podían enfrentarse a conceptos como «morir» y «matar».

¿A quién habrán destinado para destruirme?, pensó Allgood.

—Unos poquitos años —dijo Calapina.

—¡Basta! —exclamó Schruille. Odiaba las entrevistas con los seres inferiores, la forma que Calapina tenía de atormentar a los Folk. Giró el trono y los tres Tuyere quedaron de frente. Schruille se miró los dedos, la piel eternamente joven y se

preguntó por qué había gritado. ¿Un desequilibrio de enzimas? La idea le llenó de inquietud. Por lo general permanecía en silencio en sesiones como aquélla; era una estrategia defensiva, ya que tenía tendencia a ponerse sentimental con los desdichados simples y después se despreciaba por ello. Boumour se puso al lado de Allgood y preguntó:

—¿Desean los Tuyere el informe de los Durant? Allgood ahogó un estadillo de ira por la interrupción. ¿No sabía aquel estúpido que los Optimen llevaban siempre la voz cantante en las entrevistas?

—Hemos contemplado las palabras e imágenes de tu informe, las hemos analizado y rechazado —declaró Nourse—. Queremos lo que no aparece en el informe.

¿Lo que no aparece en el informe?, pensó Allgood. ¿Acaso sospecha que hemos ocultado algo?

—Amigo Max —intervino Calapina—. ¿Te has sometido a nuestra necesidad y has interrogado a la enfermera del ordenador bajo narcosis?

Ahora viene lo bueno, pensó Allgood. Respiró profundamente.

—Ha sido interrogada, Calapina.

Igan ocupó su lugar al lado de Boumour y dijo:

—Hay algo que quisiera explicar respecto a...

—¡Cállate, farmacéutico! —exclamó Nourse—. Estamos hablando con Max.

Igan bajó la cabeza y pensó, qué peligroso es esto. Y todo por culpa de esa enfermera chiflada, que ni siquiera era una de los nuestros. Ningún Cyborg del registro la conoce. No es miembro de ninguna célula ni plataforma. Una Sterrie que nos ha puesto a todos en peligro.

Allgood observó que las manos de Igan temblaban y pensó, *¿qué pretenden estos médicos? No pueden ser tan estúpidos.*

—¿Fue deliberado el gesto de la enfermera? —preguntó Calapina.

—Así es, Calapina —contestó Allgood.

—Tus agentes no lo vieron y nosotros sabemos que tenían que haberlo detectado —precisó Calapina. Puso en marcha los instrumentos del centro de Control y volvió a prestar atención a Allgood—. Explícanos qué sucedió.

Allgood suspiró.

—No tengo excusa, Calapina. Los hombres han sido sancionados.

—Explica el porqué de la conducta de la enfermera —ordenó Calapina.

Allgood se humedeció los labios y miró a Boumour y a Igan. Ellos bajaron la vista. Volvió a contemplar a Calapina.

—Nos hemos visto incapaces de descubrir sus motivos, Calapina.

—¿Incapaces? —inquirió Nourse.

—Ella... ejem..., dejó de existir durante el interrogatorio, Nourse —tartamudeó

Allgood. Al observar que los Tuyere se erguían en los tronos añadió—. Una tara en su configuración genética, según me informaron los farmacéuticos.

—Es una verdadera lástima —observó Nourse, mientras volvía a acomodarse.

Igan levantó la mirada y sugirió:

—Tal vez pudo tratarse de una autoeliminación, Nourse.

¡Estúpido!, pensó Allgood.

Pero Nourse estaba observando a Igan.

—¿Estabas presente, Igan?

—*Boumour y yo administramos los narcóticos. Y ella murió, pensó Igan. Pero nosotros no la matamos. Ella murió y seremos considerados culpables de ello. ¿Cómo pudo haber aprendido la forma de detener su corazón? Se supone que sólo los Cyborg lo saben y lo enseñan.*

—¿Autoeliminación? ¿De forma deliberada? —le preguntó Nourse.

Incluso considerado de forma indirecta, la idea comportaba tremendas implicaciones.

—¡Max! —exclamó Calapina—. Di si utilizaste crueldad excesiva. —Se inclinó hacia delante, preguntándose por qué quería que él admitiera la brutalidad.

—No sufrió nada, Calapina —contestó Allgood.

Calapina volvió a recostarse, contrariada. *¿Miente?*, pensó. Observó los aparatos: ningún movimiento. No mentía.

—Farmacéutico —intervino Nourse—, expresa tu opinión.

—La hemos examinado con suma atención —contestó Igan—. No han podido ser los narcóticos. No hay forma...

—Algunos de nosotros pensamos que se trataba de una tara genética —interrumpió Boumour.

—No hay un acuerdo sobre ello —dijo Igan. Miró a Allgood y percibió su enfado. Pero había que decirlo. Tenían que conseguir que los Optimen se sintieran inquietos. Cuando ellos actuaban de forma emocional, cometían errores. Ahora el plan requería que los cometieran. Era necesario desestabilizarlos... de forma sutil y delicada.

—¿Tu opinión, Max? —preguntó Nourse.

Le observó con atención. Últimamente se estaban obteniendo modelos inferiores. Degeneración de copias.

—Ya hemos tomado tejido celular, Nourse —respondió Allgood—, y estamos elaborando un duplicado. Si conseguimos uno idéntico, estudiaremos la cuestión de la tara genética.

—Es una lástima que la réplica no conserve la memoria del original —comentó Nourse.

—Una auténtica desgracia —afirmó Calapina. Miró a Schruille—. ¿No es cierto,

Schruille? Éste la observó sin contestar. ¿Creía aquella mujer que podía atormentarle como solía hacer con los simples?

—¿Tenía un compañero esa mujer? —preguntó Nourse.

—Sí, Nourse —contestó Allgood.

—¿Unión fértil?

—No, Nourse —respondió Allgood—. Una Sterrie.

—Compensad al compañero —ordenó Nourse—. Otra mujer, un poco de distracción. Dejemos que piense que ella nos era leal.

Allgood asintió.

—Le daremos una mujer, Nourse, para mantenerlo bajo constante vigilancia.

Calapina rió.

—¿Por qué nadie ha mencionado a Potter, el ingeniero genético? —preguntó.

—Ahora me disponía a hacerlo, Calapina —dijo Allgood.

—¿Ha examinado alguien el embrión? —inquirió Schruille.

—No, Schruille.

—¿Por qué no?

—Si existe una acción organizada para escapar del control genético, Schruille, no queremos que los miembros del grupo sepan que sospechamos de ellos. Todavía no. Primero tenemos que averiguar todo lo referente a esas personas: los Durant, sus amigos, Potter... todos.

—Pero el embrión es la clave del asunto —indicó Schruille—. ¿Qué se ha hecho con él? ¿Qué es?

—Es un cebo, Schruille —contestó Allgood.

—¿Un cebo?

—Sí, Schruille, para atrapar a todos los que puedan estar implicados.

—Pero ¿qué se ha hecho con él?

—Qué más da, Schruille, mientras podamos... mientras tengamos absoluto control sobre el.

—Supongo que el embrión está bajo discreta vigilancia —deslizó Nourse.

—Con total discreción, Nourse.

—Envíanos al farmacéutico Svengaard —ordenó Calapina.

—¿Svengaard..., Calapina? —se sorprendió Allgood.

—No necesitas saber nuestras razones —manifestó ella—, límitate a traerle.

—Sí, Calapina.

Ella se puso en pie para indicar el final de la entrevista. Los acólitos se dieron la vuelta balanceando los incensarios, dispuestos a escoltar a los simples hasta la salida. Pero Calapina aún no había terminado. Fijó la mirada en Allgood y dijo:

—Mírame, Max.

Él la miró y descubrió un matiz de malicia en aquellos ojos.

—¿No te parezco hermosa? —preguntó ella. Allgood la contempló. Distinguía su esbelta silueta desdibujada por la túnica y la cortina magnética dentro del globo. Era hermosa como la mayoría de mujeres Optimen. Pero aquella belleza le repelía por su perfección amenazadora. Ella viviría eternamente, ya había vivido cuarenta o cincuenta mil años. Pero un día la carne inferior de el rechazaría las curas médicas y las dosis de enzimas. Moriría, mientras ella seguiría existiendo para siempre.

Su carne inferior la rechazaba.

—Eres hermosa, Calapina —reconoció.

—Tus ojos nunca lo admiten —objetó ella.

—¿Qué quieres, Cal? —preguntó Nourse—, ¿lo quieres a el... a Max?

—Quiero sus ojos —contestó ella—, sólo sus ojos.

Nourse miró a Allgood y masculló:

—Mujeres. —Su voz tenía un tono de falsa camaradería.

Allgood se quedó atónito. Nunca había oído un tono de voz como aquél en un Optiman.

—Insisto —exigió Calapina—. No interrumpas mis palabras con chistes machistas. Max, en el fondo de tu corazón, ¿qué sientes por mi?

—Ahhhh —suspiró Nourse.

—Yo lo diré —afirmó ella, al ver que Allgood permanecía callado—. Tú me adoras. No lo olvides nunca, Max. Me veneras. —Miró a Boumour y a Igan y les despidió con un ademán.

Allgood bajó los ojos, reconociendo la verdad en aquellas palabras. Se dio la vuelta y, flanqueados por los acólitos, los tres salieron del salón.

Al llegar a la escalinata, los sirvientes quedaron atrás y la barrera descendió. Igan y Boumour miraron a la izquierda y observaron un nuevo edificio, al final de la explanada que se extendía frente a la Administración. Admiraron los muros almenados, cuyas aberturas aparecían cubiertas por filtros coloreados que despedían rayos de luz rojos, azules y verdes. Comprendieron que el edificio bloqueaba el camino que habían pensado tomar para salir de la Central. Un edificio erigido en un instante, otro juguete de un Optiman. Al verlo planearon el itinerario de la forma automática que les distinguía como asiduos de los dominios de los Optimen. Los simples y habitantes de la Central parecían conocer por instinto la ruta a través de los arabescos de calles. El lugar era un desafío para los cartógrafos, ya que estaba supeditado a los cambios y caprichos de los Optimen.

—¡Igan!

Era Allgood, que estaba tras ellos.

Se dieron la vuelta y esperaron a que el les alcanzara.

Allgood se plantó frente a los dos con los brazos en jarra y exclamó:

—¿También vosotros la adoráis?



—No digas estupideces —replicó Boumour.

—No —dijo Allgood. Tenía los ojos hundidos en las cuencas—. Yo no pertenezco a ningún culto Folk, ni a ninguna congregación de reproductores. ¿Cómo voy a adorarla?

—Sin embargo, lo haces —afirmó Igan.

—¡Sí!

—Ellos son la verdadera religión de nuestro mundo —dijo Igan—. No es necesario profesar un culto ni llevar un talismán para saberlo. Calapina se limitó a advertirte que si existe una conspiración, los que formen parte de ella son herejes.

—¿De verdad crees que quiso decir eso?

—Desde luego.

—Y ella debe saber cómo acaban los herejes —dijo Allgood.

—Sin duda —aseguró Boumour.

## 6

Svengaard había visto el edificio en los vídeos de entretenimiento. Había oído descripciones de la Sala del Consejo, pero estar allí, en la barrera del aislamiento, con el brillo cobrizo del crepúsculo sobre la colina... nunca había imaginado que llegaría a suceder.

En el montículo que se erguía frente a sus ojos distinguía la parte superior de los ascensores. Más allá había otras lomas con edificios que parecían excavados en la piedra.

Una mujer cruzó la explanada conduciendo un vehículo impulsado por aire comprimido, lleno de extraños bultos. A Svengaard le inquietó el contenido de los fardos, pero sabía que no debía preguntar ni mostrar curiosidad.

Pasó por delante de una columna que ostentaba el triángulo rojo de salida de farmacia. Echó un vistazo a su escolta.

Había atravesado medio continente en el tubo subterráneo, con un vagón para él solo y el agente de Seguridad T. Ya en la Central, el agente uniformado de gris seguía a su lado.

Svengaard empezó a subir la escalinata.

La Central le sobrecogía. En aquel lugar flotaba un presagio de desgracias. Aunque sospechaba cuál era el origen de su aprensión, no lograba quitársela de encima. Se trataba de las supersticiones Folk que no podía evitar recordar. La mayoría de los Folk eran personas sin leyendas ni mitos antiguos, excepto por lo que se refería a los Optimen. En la memoria de los Folk, la Central y los Optimen estaban presentes como presagios siniestros surgidos del pavor y la adulación.

*¿Por qué me habrán convocado?*, se preguntó. Su acompañante no había querido informarle. Al llegar junto al muro, aguardaron en silencio y con nerviosismo.

Svengaard descubrió que incluso el agente estaba intranquilo.

*¿Por qué me habrán convocado?*

El agente carraspeó y dijo:

—¿Conoce el protocolo?

—Creo que sí.

—Cuando entre en el vestíbulo, mantenga el paso de los acólitos que le acompañarán desde allí. Se entrevistará con los Tuyere: Nourse, Schruille y Calapina. Recuerde que debe dirigirse a ellos por sus nombres. No utilice términos como muerte, morir o matar. Evite dichos conceptos si puede. Deje que ellos tomen la palabra. Lo mejor es no tomar ninguna iniciativa.

Svengaard suspiró.

*¿Me habrán traído aquí para ascenderme? Eso debe de ser. Hice mi aprendizaje con hombres como Potter e Igan. Van a trasladarme a la Central.*

—Y no diga «doctor» —aconsejó el agente—. Aquí los médicos son farmacéuticos o ingenieros genéticos.

—Entendido.

—Allgood quiere un informe completo de la entrevista.

—Sí, por supuesto.

La barrera del aislamiento se levantó.

—Entre.

—¿Usted no viene?

—No he sido invitado —aclaró el agente. Se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Svenggaard tragó saliva, atravesó el resplandor plateado del pórtico y se encontró en el vestíbulo con una escolta de seis acólitos, tres a cada lado, que balanceaban incensarios. Olfateó el humo antiséptico.

El enorme globo rojo del fondo del salón dominaba el lugar. El segmento abierto emitía haces de luz; las siluetas que se movían en el interior fascinaron a Svenggaard.

Los acólitos se detuvieron a unos veinte pasos de la abertura y él levantó la mirada hacia los Tuyere, que reconoció a través de las cortinas magnéticas. Nourse estaba en el centro, flanqueado por Calapina y Schruille.

—Aquí estoy —se presentó Svenggaard, utilizando el saludo que el agente le había indicado. Se restregó las sudorosas manos en su mejor túnica. Nourse habló con voz ronca:

—Tú eres el ingeniero genético Svenggaard.

—Thei Svenggaard, sí... Nourse. —Respiró profundamente, preguntándose si habrían percibido su vacilación mientras recordaba que debía utilizar los nombres de los Optimen.

Nourse sonrió.

—Has ayudado en la modificación genética del embrión de una pareja llamada Durant —señaló Nourse—. El ingeniero jefe de la operación ha sido Potter.

—Sí, he sido el ayudante, Nourse.

—Durante la operación se produjo un accidente —intervino Calapina.

Subyacía un misterioso tono musical en su voz, y Svenggaard comprendió que no había hecho una pregunta, sino que le había recordado un detalle sobre el que quería llamar la atención. Sintió cómo empezaba a dominarle una profunda intranquilidad.

—Un accidente, sí..., Calapina.

—¿Seguiste la operación de cerca? —preguntó Nourse.

—Sí, Nourse. —Svenggaard desvió su atención hacia Schruille, que estaba sentado meditando en silencio.

—Entonces —continuó Calapina—, podrás explicarnos qué ha ocultado Potter respecto a esta alteración genética.

Svenggaard se quedó mudo y sólo acertó a mover la cabeza en un signo negativo.

—¿No ha ocultado nada? —preguntó Nourse—. ¿Quieres decir esto?

Svengaard asintió.

—No queremos hacerte ningún daño, Thei Svengaard —intervino Calapina—, puedes hablar. Svengaard carraspeó.

—Yo... la cuestión... no vi que escondiera nada. —Calló, y entonces se dio cuenta de que había olvidado utilizar el nombre y añadió—: Calapina. —En el mismo momento Nourse retomó la palabra, y al verse interrumpido le miró ceñudo.

Calapina soltó una risita sofocada.

—Acabas de decir que seguiste la alteración genética —prosiguió Nourse.

—Yo... no estaba al microscopio, Nourse. Yo... bueno, el trabajo de un ayudante es dar instrucciones a la enfermera del ordenador, controlar las cintas dosificadoras y cosas por el estilo.

—Di si la enfermera del ordenador era amiga tuya —ordenó Calapina.

—Yo... ella... —Svengaard se humedeció los labios. *¿Qué están buscando?*—. Habíamos trabajado juntos durante años, Calapina. No puedo decir que fuera una amiga. Trabajábamos juntos.

—¿Examinaste el embrión después del corte? —preguntó Nourse.

Schruille se irguió y observó a Svengaard.

—No, Nourse. Mi tarea se limitó a cerrar el tanque y a comprobar los sistemas de mantenimiento vital. —Respiró hondo. Tal vez sólo le estaban poniendo a prueba... pero ¡qué preguntas tan extrañas!

—Dinos si Potter es un amigo especial —ordenó Calapina.

—Fue uno de mis profesores, Calapina, un profesional con quien he colaborado en los problemas genéticos delicados.

—Pero no forma parte de tu círculo de amistades —insistió Nourse.

Svengaard negó con la cabeza. De nuevo presintió una amenaza. No sabía qué pensar; tal vez que el enorme globo le aplastaría y lo dejaría reducido a átomos dispersos. Pero no, los Optimen no podían hacerlo. Contempló los tres rostros, que ahora se apreciaban con toda claridad a través de la cortina magnética, buscando una pista. Rostros estériles. Podía ver las marcas genéticas de sus rasgos... podrían haber sido cualquier Sterrie de los Folk, de no estar rodeados por la aureola de misterio de los Optimen. Los rumores Folk decían que eran estériles porque así lo hablan elegido, que consideraban la reproducción como el inicio de la muerte, pero las marcas genéticas de sus rasgos convencieron a Svengaard de la falsedad de tales rumores.

—¿Por qué llamaste a Potter en este caso en particular?

Svengaard cobró aliento y respondió:

—Por... la configuración genética del embrión... era casi Opt. Potter tiene experiencia en vuestro hospital. El... Yo tengo confianza en el; es un ingeniero genético de talento.

—Di si tienes amistad con algún otro farmacéutico nuestro —exigió Calapina.

—Colaboro con ellos cuando vienen a ayudarnos.

—Calapina... —advirtió Nourse. Una sonora carcajada la sacudió.

Svenggaard se ruborizó hasta las orejas. Estaba empezando a indignarse.

¿Qué clase de examen era aquél? ¿No iban a hacer otra cosa más que permanecer allí sentados, burlándose y perdiendo el tiempo? La ira le devolvió firmeza a la voz.

—Sólo soy el responsable de ingeniería genética en un establecimiento, Nourse, un simple ingeniero de distrito. Me ocupo de operaciones rutinarias. Cuando un caso requiere un especialista, sigo mis órdenes y le llamo. Potter era el indicado en este caso.

—Uno de los especialistas —precisó Nourse.

—Uno a quien conozco y respeto —contestó Svenggaard. No se molestó en añadir el nombre del Optiman.

—Dinos si te has enfadado —ordenó Calapina, con el mismo tono de voz musical que antes.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—¿Qué hago aquí? ¿Qué clase de interrogatorio es éste? ¿He cometido algún error? ¿Se me va a castigar?

Nourse se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas.

—¿Nos estás preguntando?

Svenggaard observó al Optiman. A pesar del tono de voz, el pétreo rostro aparentaba tranquilidad.

—Haré todo lo posible para ser útil. Cualquier cosa. Pero ¿cómo puedo ayudar, o responder, si no sé lo que queréis?

Calapina se disponía a hablar, pero se calló cuando Nourse levantó la mano.

—Nuestro mayor deseo sería poder decírtelo —declaró Nourse—. Pero seguramente sabrás que no puede existir una verdadera comunicación entre nosotros. ¿Cómo podrías comprender lo que nosotros comprendemos? ¿Puede un recipiente de madera contener ácido sulfúrico? Confía en nosotros. Sabemos lo que es mejor para ti.

Una sensación de afecto y gratitud se apoderó de Svenggaard. Por supuesto que confiaba en ellos. Eran la cumbre genética de la humanidad. *Ellos son el poder que nos ama y se preocupa por nosotros*, dijo para sí. Suspiró.

—¿Qué queréis de mí?

—Has contestado a todas nuestras preguntas —señaló Nourse—, incluso a las que no hemos pronunciado en voz alta.

—Ahora vas a olvidar todo lo que ha ocurrido aquí —ordenó Calapina—. No repetirás nuestra conversación a nadie.

Svengaard carraspeó.

—¿A nadie, Calapina?

—A nadie.

—Max Allgood me ha pedido un informe de...

—Max tendrá que aguantarse —declaró la mujer—. No temas, Thei Svengaard, nosotros te protegeremos.

—Como ordenes, Calapina —asintió Svengaard.

—No queremos que pienses que nos mostramos ingratos con tu fidelidad y servicios —continuó Nourse—. Somos conscientes de tu buen comportamiento y no deseamos parecer fríos o insensibles ante ti. Sabes que nuestra preocupación es el bien de la humanidad.

—Sí, Nourse —contestó Svengaard.

Había sido una perorata gratuita y el tono había molestado a Svengaard, pero todo ello había contribuido a aclararle las ideas. Empezó a intuir el motivo de las preguntas de los Optimen, a entrever sus sospechas. Potter había traicionado su confianza, ¿no? El asunto de la cinta borrada por accidente no había sido fortuito. Muy bien, los culpables lo pagarían.

—Puedes marcharte —dijo Nourse.

—Con nuestra bendición —añadió Calapina. Svengaard hizo una reverencia. Cayó en la cuenta de que Schruille no había hablado durante la entrevista. Se preguntó por qué este hecho le aterraba tanto. Al darse la vuelta le temblaban las rodillas; los acólitos le flanquearon con sus humeantes incensarios y le acompañaron hasta la salida.

Los Tuyere le observaron hasta que la barrera descendió tras el.

—Otro que tampoco sabe qué se proponía Potter —suspiró Calapina.

—¿Estás segura de que Max no lo sabe? —preguntó Schruille.

—Completamente.

—Entonces teníamos que habérselo dicho.

—¿Y revelarle cómo lo hemos averiguado?

—Ya sé el argumento —replicó Schruille—. Instrumento mal afilado, trabajo estropeado.

—Ese Svengaard es de fiar —señaló Nourse.

—Se dice que caminamos por el filo de una navaja —comentó Schruille—. Cuando se camina así, hay que tener mucho cuidado en cómo se colocan los pies.

—Qué pensamiento tan repugnante —declaró Calapina. Se dirigió a Nourse—. ¿Todavía sigues con tu afición por Da Vinci, querido?

—El trazo de su pincelada —exclamó Nourse es una disciplina exacta. La conseguiré dentro de cuarenta o cincuenta años. Es decir, pronto.

—Suponiendo que hayas dado los pasos correctos —replicó Schruille.

—Schruille, algunas veces te permites un cinismo que va más allá de lo correcto. —Centró su atención en los indicadores, sensores, pantallas y registros que estaban al lado de Calapina. Todo está bastante tranquilo. Dejaremos el control en manos de Schruille, Cal, y bajaremos a nadar y a una sesión de fármacos.

—Cuidar el cuerpo, cuidar el cuerpo —se lamentó Schruille—. ¿No se os ha ocurrido hacer veinticinco largos de piscina, en lugar de veinte?

—Últimamente dices las cosas más inverosímiles —comentó Calapina—. ¿Quieres que Nourse ponga en peligro su equilibrio de enzimas? No acabo de entenderte.

—Ni siquiera deberías intentarlo —contestó Schruille.

—¿Podemos ayudarte en algo? —preguntó ella.

—Mi ciclo me ha sumido en una horrible monotonía. ¿Hay algo que podáis hacer al respecto?

Nourse miró a Schruille por el reflector prismático. La voz del hombre, con un matiz gimoteante, se había convertido en un fastidio en los últimos tiempos. Nourse empezaba a lamentar que las inclinaciones de la comunidad y la necesidad de grupo les hubieran reunido. Tal vez cuando terminara el servicio de los Tuyere...

—Monotonía —suspiró Calapina. Se encogió de hombros.

—La aceptación de la monotonía constituye un enorme triunfo —comentó Nourse—. Me parece que es de Voltaire.

—Pues parece de Nourse —soltó Schruille.

—Algunas veces me sirve de ayuda recurrir a la preocupación por los Folk —intervino Calapina.

—¿Incluso entre nosotros? —preguntó Schruille.

—Piensa en el destino de la pobre enfermera —dijo ella—. En términos abstractos, por supuesto. ¿No sientes tristeza y piedad?

—La compasión es un sentimiento inútil —le replicó Schruille—. La tristeza es afín al cinismo. —Sonrió—. Se me pasará. Id a nadar. Cuando estéis en plena forma, pensad en mí... que me quedo aquí.

Nourse y Calapina se pusieron en pie y accionaron el mecanismo de la pasarela.

—Eficiencia —exclamó Nourse—. Tenemos que fomentar la eficiencia entre nuestros servidores. Tenemos que conseguir que las cosas funcionen con mayor suavidad.

Schruille observó a la pareja mientras ellos esperaban que descendieran las pasarelas. Sólo quería verse libre de la charla inútil. Ellos no veían el problema. Insistían en ignorarlo.

—¿Eficiencia? —preguntó Calapina—. Tal vez tengas razón.

Schruille ya no pudo contener su necesidad de enfrentarse a los dos.

—La eficiencia es el polo opuesto de la astucia —advirtió—. ¡Piensa en ello!

Las pasarelas ya estaban dispuestas. Nourse y Calapina se deslizaron por ellas y se marcharon sin responder, dejando que Schruille cerrara la abertura. Por fin estaba solo dentro del parpadeo verde-azul-rojo del centro de control... solo, excepto por los resplandecientes ojos de las cámaras de la parte superior del globo. Contó ochenta y una, que le vigilaban a él y todo lo que sucedía allí. Ochenta y uno de sus colegas... o grupos de colegas le estaban observando al igual que él vigilaba a los Folk.

Aquellos instrumentos le inquietaron. Antes del servicio de los Tuyere no recordaba haber vigilado el control central ni sus actividades. Allí ocurrían demasiadas cosas dolorosas e increíbles. ¿Acaso los anteriores dueños del centro de control sentían curiosidad por la forma de actuar del nuevo trío? ¿Quiénes serían los vigilantes?

Schruille dedicó su atención a los aparatos. En momentos como aquél se sentía como Chen Tzu, «el Maestro de la Verdad Tenebrosa», que veía el mundo a través de una botella de jade. Allí estaba la botella de jade: su globo. Un movimiento del aro magnético situado en el brazo del trono y podría ver a una pareja haciendo el amor en Warsópolis, estudiar el contenido de un tanque de embriones en Londres, o introducir gas hipnótico con consignas apaciguadoras en cualquier distrito de Nuevo Pekín. El chasquido de una clavija y podía analizar los movimientos de toda una unidad de trabajo en la megapolis de Roma.

Sin embargo, Schruille no se sintió inducido a poner en marcha el control.

Retrocedió en el tiempo tratando de recordar cuántas cámaras habían vigilado los primeros años del servicio de los Tuyere. Estaba seguro de que nunca habían sido más de diez o doce. Y ahora, ochenta y una.

*Hubiera debido prevenirles respecto a Svengard, pensó. Pude haber dicho que no debemos suponer que existe una Providencia especial para los imbéciles. Svengard es un estúpido que me fastidia.*

Pero Nourse y Calapina hubieran salido en defensa de Svengard. Lo sabía. Ellos habían insistido en que el hombre era de fiar, honrado y leal. Habían apostado por él.

*¿Están seguros? ¿Hay algo que pueda hacerles dudar de la fidelidad de Svengard?*

Schruille casi podía oír a Nourse pontificando: Nuestra opinión de Svengard es la acertada.

*Y esto, pensó Schruille, es lo que me fastidia. Svengard nos adora... al igual que Max. Pero la veneración contiene un noventa por ciento de miedo.*

*Cuando llega el momento, todo se transforma en temor.*

Schruille miró las cámaras vigilantes y dijo en voz alta:

—Cuestión de tiempo-tiempo-tiempo.

*Dejemos que él se ocupe, pensó.*



El lugar era una estación de bombeo para la depuradora de aguas residuales de la megápolis de Seatac. Estaba en la planta ciento once bajo el nivel del suelo, en el ramal que proporcionaba agua reciclada al sistema de riego del Gran Coulee. Un edificio de cuatro pisos, rodeado de tuberías, pantallas de ordenador y pasarelas de acceso, resplandecía bajo los focos pendulares y constituía el centro motriz de las enormes turbinas.

Los Durant habían llegado allí en los tubos personales durante la hora punta de la tarde, después de diversas etapas para asegurarse de que nadie les seguía y no se les controlaba a distancia. Habían pasado cinco inspecciones de tubos sin contratiempos.

De todas formas, prestaban atención a los rostros y a las actitudes de las personas que les empujaban. La mayoría eran simples esclavos apresurados que iban a la suya. De vez en cuando intercambiaban una lectura mental con otros conspiradores como ellos, identificaban suboficiales con el temor que provocaban los espías de los Optimen.

Nadie prestó atención a una pareja vestida con ropa de trabajo color marrón y con las manos enlazadas que se apeó en la Pasarela Cinco de la estación de bombeo.

Los Durant se detuvieron para estudiar cuanto les rodeaba. Estaban cansados, contentos y algo atemorizados porque les habían citado en la sede de los Padres Clandestinos. El aire olía a hidrocarbano, y Lizbeth lo husmeó.

Su conversación silenciosa estaba cargada de tensión. Harvey intentó tranquilizarla.

—*Es probable que el Glisson que nos ha citado sea el que ya conocemos.*

—*Puede haber otros Cyborg con el mismo nombre* —replicó ella.

—*No lo creo.*

Harvey le indicó que entrara en un pasillo sobre el que había una luz suspendida. Tomaron un desvío a la izquierda y dejaron atrás a dos hombres que controlaban los medidores de presión con el rostro oculto por las sombras creadas por las luces del techo.

Lizbeth era bastante consciente de lo expuesto de su situación.

—*¿Cómo podemos estar seguros de que aquí no nos vigilan?*

—*Tiene que ser uno de nuestros escondrijos.*

—*¿Y cómo es posible?*

—*Engañan a las cámaras de vigilancia con grabaciones. Los Optimen sólo ven lo que nuestros ordenadores les envían.*

—*Es arriesgado confiar tanto en estas cosas. ¿Por qué nos habrán citado?*

—*Lo sabremos dentro de un momento.*

La pasarela atravesaba una esclusa y un depósito de herramientas con muros

grises perforados por salidas de tuberías. Por doquier parpadeaban las inevitables pantallas de ordenador con puntos de luz. El lugar olía a aceite.

Al tiempo que la esclusa se cerraba de golpe a sus espaldas, por la izquierda apareció una figura y se sentó en un banco acolchado frente a ellos.

Los Durant la miraron en silencio y con repugnancia. Por la silueta no se podía precisar si era hombre o mujer. Comenzó a sacar cables de los bolsillos de su mono gris y los conectó al panel del ordenador.

Harvey prestó atención al rostro anguloso y surcado por profundas arrugas, y a los ojos grises que miraban sin ninguna expresión. Era la típica mirada, fría y medida, propia de los Cyborg.

—Glisson —empezó Harvey—, ¿nos has citado?

—Así es —contestó el Cyborg—. Después de tantos años, ¿todavía nos temes? Veo que sí. Llegáis tarde.

—No conocemos esta zona —se excusó Harvey.

—Hemos venido con mucha precaución —añadió Lizbeth.

—Veo que os enseñé bien —dijo Glisson—. Fuisteis buenos alumnos.

A través de las manos enlazadas, Lizbeth indicó:

—*Son muy difíciles de leer, pero algo va mal.*

Apartó la vista del Cyborg, sobrecogida por su mirada penetrante. A pesar de que había intentado considerarlos como seres de carne y hueso, no podía dejar de pensar que aquellos cuerpos contenían ordenadores en miniatura conectados directamente al cerebro, que aquellos brazos no eran más que herramientas y armas. Y la voz... siempre aquel tono entrecortado y despojado de emociones.

—No debe tenernos miedo, señora —indicó Glisson—. A menos que usted no sea Lizbeth Durant.

Harvey no pudo contener la ira.

—¡No le hable en ese tono! Usted no es nuestro dueño.

—¿Cuál es la primera lección que les enseñé, en cuanto les reclutaron? —preguntó Glisson. Harvey volvió a recuperar el control y esbozó una sonrisa.

—Contenerse —respondió.

La mano de Lizbeth seguía temblando.

—Esa lección no la aprendió bien —prosiguió Glisson—. Dejaré pasar el error.

A través de las manos Lizbeth indicó:

—*Estaba preparado para provocarnos.* Harvey asintió.

—En primer lugar —señaló Glisson—, informarán de la operación genética. —Hizo una pausa mientras cambiaba las conexiones del ordenador—. No se preocupen por mi trabajo. Distribuyo herramientas. —Indicó el almacén—. Este espacio que aparece en sus pantallas lleno de herramientas nunca será objeto de investigación.

De la pared, a la derecha de los Durant, surgió un banco.

—Si están fatigados, siéntense —invitó Glisson. El Cyborg señaló su conexión al panel del ordenador a través del cable—. Yo estoy sentado sólo para poder seguir con mi tarea mientras hablamos. —Sonrió, un rictus que quería indicar a los Durant que él no estaba fatigado.

Harvey señaló a Lizbeth que tomara asiento. Ella le obedeció mientras enviaba un mensaje:

—*Cuidado. Glisson nos está manipulando. Nos está ocultando algo.*

Glisson giró un poco la cabeza para mirarles de frente.

—Un informe verbal completo de los hechos. No olviden nada, aunque a ustedes les parezca un detalle trivial. Tengo una capacidad ilimitada para acumular datos.

Empezaron a relatar lo que habían observado durante la operación genética, alternándose sin darse un respiro, tal y como les habían enseñado. Harvey experimentó durante la entrevista la extraña sensación de que él y Lizbeth se habían convertido en una parte del mecanismo de los Cyborg. Las preguntas emergían de forma automática de los labios de Glisson, y las respuestas de ellos sonaban asépticas. *Estamos hablando de nuestro hijo*, se vio obligado a recordarse.

—Parece indudable que tenemos otro viable inmune al gas. Su explicación completa el esquema. Tenemos otros datos ya, ¿saben? —explicó Glisson.

—Nosotros no sabíamos que el cirujano era uno de los nuestros —dijo Lizbeth.

Se produjo un momento de silencio, y la mirada de Glisson se hizo más inexpresiva aún. A los Durant les pareció que podían ver las fórmulas mágicas revoloteando en el banco de datos de Glisson. Se decía que los pensamientos de los Cyborg estaban compuestos de fórmulas matemáticas y que los traducían al lenguaje común según les convenía.

—El cirujano no pertenece a nuestra organización —respondió Glisson—, pero pronto estará dentro.

*Qué fórmula estratégica ha provocado estas palabras, se preguntó Harvey.*

—¿Qué hay de la cinta del ordenador?

—Se destruyó —afirmó Glisson—. Aun así, su embrión ha sido trasladado a un lugar seguro. Pronto se reunirán con él. —Una risita mecánica escapó por los labios del Cyborg.

Lizbeth sintió un escalofrío. Harvey notó el temblor en sus manos y preguntó:

—¿Está a salvo nuestro hijo?

—A salvo —contestó Glisson—. Nuestros planes lo garantizan.

—¿Cómo? —preguntó Lizbeth.

—Pronto lo comprenderán —dijo Glisson—. Un antiguo y fiable sistema de ocultación. Estén tranquilos, los viables son armas valiosas. Nosotros no ponemos en peligro nuestras armas valiosas.

—*La manipulación... pregúntale ahora* —indicó Lizbeth.

Harvey se humedeció los labios y dijo:

—Cuando se llama a un cirujano de la Central, por lo general significa que el embrión podría recibir la estructura de un Optiman. ¿Acaso ellos... es que nuestro hijo...?

Glisson resopló. Su rostro adquirió una expresión de superioridad que revelaba su ofensa ante tanta ignorancia. Con voz intermitente dijo:

—Necesitaríamos un informe completo, incluidos los datos de enzimas, para suponer este hecho. La cinta ha desaparecido. Sólo el cirujano conoce con toda seguridad el resultado de la operación. Aún no le hemos interrogado.

—¿Ni Svengard ni la enfermera del ordenador han dicho nada de...? —preguntó Lizbeth.

—Svengard es un estúpido y la enfermera está muerta.

—¿La mataron ellos?

—Cómo murió carece de importancia —dijo Glisson—, consiguió su propósito.

—*¡Los Cyborg tienen algo que ver con su muerte!* —indicó Harvey a través de las manos. —*Lo sé* —contestó ella.

—¿Van a...? ¿Se nos permitirá hablar con Potter? —preguntó Harvey.

—A Potter se le ofrecerá todo el estatus de Cyborg —contestó Glisson—. Él decidirá si quiere hablar... después.

—¿Queremos noticias de nuestro hijo! —exclamó Lizbeth.

—*¡Discúlpate!* —le indicó Harvey de inmediato.

—Señora —dijo Glisson—, déjeme recordarle que el llamado diseño Optiman no es nuestro objetivo. Recuerde sus votos.

—Lo siento. Es que fue una sorpresa saber que... era posible...

—Su exceso emocional se considerará una circunstancia atenuante. De todas formas, debo advertirle de algo que va a ocurrir. Oirá datos sobre su hijo que no deberán excitarla.

—¿Qué datos?

—Una fuerza exterior, de origen desconocido, interviene algunas veces en el transcurso de una operación genética. Existen motivos para creer que esto sucedió con su hijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Harvey.

—¿Qué significa! —exclamó Glisson—. Hace usted preguntas que no tienen respuesta.

—¿Cómo actúa... esa fuerza? —rectificó Lizbeth.

Glisson la miró.

—Se comporta, en cierto modo, como una partícula con carga eléctrica, penetra en el núcleo genético y altera la estructura. Si eso fue lo que ocurrió con su hijo, pueden considerarlo beneficioso, ya que al parecer impide el diseño Optiman. Los

Durant asimilaron la explicación.

—¿Desea algo más de nosotros? ¿Podemos marcharnos? —preguntó Harvey.

—Se quedarán aquí —contestó Glisson. Ellos le miraron.

—Deben recibir nuevas órdenes.

—Pero nos echarán en falta —objetó Lizbeth—. Nuestro apartamento, ellos...

—Hemos fabricado dobles para que les sustituyan hasta que ustedes puedan escapar de Seatac. Nunca volverán, debieron haberlo supuesto.

—¿Escapar? ¿Por qué...?, nosotros...

—Hay violencia —dijo Glisson—. Incluso ahora. El culto a la muerte llegará. — El Cyborg elevó la vista al techo—. Guerra... sangre... muerte. Será como antes, cuando los cielos llameaban y la tierra se fundió.

Harvey carraspeó. Guerras... como antes. Glisson hacía que las guerras parecieran recientes, tal vez habían finalizado ayer. Y para un Cyborg esto podía ser verdad. Se decía que el abuelo de Glisson había luchado en la batalla de los Optimen contra los Cyborg. Nadie entre los Clandestinos sabía cuántas identidades había vivido Glisson.

—¿Adónde iremos? —preguntó Harvey. Indicó a Lizbeth que no interrumpiera.

—Les hemos preparado un lugar —contestó Glisson.

El Cyborg se incorporó y desconectó los cables del panel.

—Esperen aquí. No intenten marcharse. Cubriremos todas sus necesidades.

Glisson cerró la puerta tras el.

—Me parecen tan despiadados como los Optimen —indicó Lizbeth.

—Llegará el día en que estaremos libres de unos y otros.

—Esto nunca sucederá.

—¡No digas eso!

—Si conociéramos a un cirujano de los nuestros —deslizó ella—, podríamos coger a nuestro hijo y huir.

—¡Qué disparate! ¿Cómo podríamos mantener el tanque sin instrumentos para...?

—Tengo los instrumentos en mi interior. Yo... he nacido con ellos.

Harvey la miró atónito.

—No quiero que los Cyborg o los Optimen controlen la vida de mi hijo, que domestiquen su mente con el gas hipnótico, que hagan duplicados de él según les convenga, llevándole a...

—No te pongas nerviosa.

—¡Ya le has oído! ¡Duplicados! ¡Pueden controlar cualquier aspecto de nuestra existencia! Pueden obligarnos a hacer... lo que quieran. Por lo que se, incluso nos obligaron a venir aquí.

—Liz, no eres razonable.

—¡No soy razonable! ¡Mírame! Pueden cortarme un pedazo de piel y hacer una

copia idéntica. ¡De mí! ¡Idéntica! ¿Cómo sabes que soy yo? ¿Cómo se que soy yo? ¿Sabes tú si soy el original?

La sujetó por el otro brazo y durante unos instantes no encontró palabras. Luego, se obligó a tranquilizarse y agitó la cabeza.

—Tú, eres tú, Liz. No eres carne desarrollada a partir de una célula. Tú eres... todo lo que hemos compartido, lo que hemos hecho y donde hemos estado juntos. No pueden duplicar los recuerdos... no en una copia.

Ella apoyó la mejilla contra el áspero tejido de la chaqueta de Harvey buscando consuelo, la prueba tangible de que su cuerpo estaba allí y él era real.

—Harán copias de nuestro hijo —exclamó ella—. Es lo que están planeando, ya lo sabes.

—Entonces tendremos muchos hijos.

—¿Por qué motivo? Ya has oído lo que dijo Glisson. Algo del exterior ha alterado el embrión. ¿Qué era?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Alguien tiene que saberlo.

—Te conozco. Te gustaría creer que ha sido Dios.

—¿Y qué, si no?

—Cualquier cosa... suerte, accidente, manipulación incorrecta. Tal vez alguien ha descubierto algo que ellos no saben.

—¿Uno de los nuestros? ¡No!

—Entonces la naturaleza —sugirió él—. La naturaleza, que se impone por el interés del hombre.

—¡Algunas veces me pareces un predicador!

—No han sido los Cyborg, de eso podemos estar seguros.

—Glisson dijo que era beneficioso.

—Pero se trata de deformación de genes. Una blasfemia para ellos. Alteración física del marco biológico, eso es lo que piensan.

—Igual que Glisson —dijo ella—. Ese robot revestido de carne. Eso es lo que me horroriza... es lo que harán con nuestro hijo... nuestros hijos.

—El servicio de Clandestinos supera a los Cyborg en una proporción de cien a uno —declaró—. Mientras nos mantengamos unidos, ganaremos.

—Pero somos simples seres humanos —replicó ella—, tan débiles...

—Podemos conseguir algo que todos estos Sterries juntos jamás conseguirán —le recordó él—. Podemos perpetuar nuestra especie.

—¿Y eso qué importa? Los Optimen nunca mueren.

Svenggaard aguardó hasta la noche y comprobó la zona a través de las pantallas de observación de su despacho, antes de bajar a la sala de los tanques. A pesar de que era su hospital y de que su presencia allí estaba completamente justificada, era consciente de que estaba haciendo algo prohibido. Se le escapaba el significado de la entrevista en la Central. A los Optimen no les iba a gustar, pero tenía que ver lo que había en el tanque.

Se detuvo unos momentos en la oscuridad de la sala de tanques, al lado de la puerta, comprendiendo que era la primera vez que estaba allí sin el despliegue de luces. Sólo había el resplandor de los indicadores y cronómetros: puntos y círculos luminosos gracias a los cuales se orientaría.

El glup-glup de las bombas marcaba un extraño contrapunto que llenaba la oscuridad con una atmósfera de urgencia. Svenggaard se imaginó a todos los embriones depositados allí (veintiuno, después del recuento de la mañana) con sus células expandiéndose, multiplicándose una y otra vez, en la misteriosa estasis del crecimiento, hasta convertirse en individuos únicos, distintos, separados.

El gas que impregnaba los orificios respiratorios de los Folk no estaba destinado a ellos. Todavía no. Ahora podían crecer casi como lo habían hecho sus ancestros antes de la ingeniería genética.

Svenggaard husmeó el aire.

Su olfato, alertado de forma instintiva por la oscuridad, percibió de inmediato la salinidad amniótica en el aire. Por el olor, aquella habitación muy bien podría ser una playa con brotes de vida en el lógamo.

Se estremeció y pensó, *soy un ingeniero submolecular, un cirujano genético. No hay nada misterioso aquí.*

Pero la idea no logró convencerle.

Se alejó de la puerta y se acercó a la hilera en busca del tanque que contenía el embrión de los Durant. Recordaba a la perfección lo que había visto... la intrusión que había inundado las células con arginina. Intrusión. ¿De dónde había procedido? ¿Tenía razón Potter? ¿Se trataba de un desconocido creador de estabilidad? Estabilidad... orden... sistemas. Sistemas extendidos... aspectos infinitos de la energía que transformaban toda la materia en algo insustancial.

De repente, aquellos pensamientos se le antojaron inquietantes en las susurrantes tinieblas. Tropezó con una mesa de instrumental y maldijo en voz baja. Tenía el estómago contraído por el ruido de las bombas y por la urgencia de terminar antes de que la enfermera de guardia hiciera su ronda.

Algo parecido a un insecto, destacando en las sombras, resaltaba de la pared. Se quedó helado y le costó unos instantes reconocer la familiar silueta del microscopio

de mesones.

Svengaard observó los números luminosos de los tanques... doce, trece, catorce, quince. Éste era. Comprobó el nombre en la tarjeta bajo la luz de un indicador: Durant.

Alguna característica de aquel embrión había preocupado a los Optimen y alertado a Seguridad. Su habitual enfermera de ordenador había desaparecido; nadie sabía cómo. La sustituta caminaba como un hombre.

Desplazó el microscopio, moviéndose con precaución, y lo colocó sobre el tanque. Lo conectó de memoria con dedos temblorosos. Montó el escáner y se inclinó sobre el visor.

En la parte superior de la masa celular en movimiento vio un segmento de gen hidrofílico. Lo centró, olvidando la oscuridad a medida que tomaba conciencia de lo que tenía en el campo visual del microscopio. Exploración de mesones abajo... abajo... hasta la estructura del mitocondrio. Encontró las hélices y comenzó a comprobar la cadena de polipéptidos.

La confusión apareció en su rostro. Cambió a otra célula. A otra.

Todas tenían un bajo índice de arginina, estaba claro. Las ideas se agolpaban en su mente. *¿Cómo era posible que el embrión Durant fuera bajo en arginina? Cualquier varón normal tenía más protamina espermica que aquél. ¿Cómo podía ser que el sistema de intercambio ADP-ATP no mostrara ni rastro de Optiman? La manipulación no hubiera podido conseguir tal transformación.*

De repente envió la sonda a los identificadores de sexo, estudió los bordes doblados. ¡Hembra! Se incorporó y comprobó número y etiqueta. «Quince. Durant».

Svengaard se inclinó sobre el gráfico de inspección y leyó. Mostraba las anotaciones de la enfermera de guardia en la hora ochenta y una. Miró su reloj: faltaban veinte minutos para la ronda de la hora ochenta y dos.

*El embrión de los Durant no podía ser hembra, pensó. No desde la manipulación de Potter. Alguien ha hecho un cambio de embriones, concluyó. Un embrión podía activar los sistemas de mantenimiento del tanque igual que otro. Sin examen microscópico, el cambio no se llegaría a detectar.*

¿Quién?

En la mente de Svengaard, los candidatos más probables eran los Optimen. Ellos habrían depositado el embrión de los Durant en un lugar seguro y habían dejado un sustituto.

¿Por qué?

*Un cebo, pensó. ¿A quién intentan pescar? Se irguió. Tenía la boca seca y el corazón que le latía a toda velocidad. Un ruido procedente de la pared de la izquierda hizo que se diera la vuelta. El panel del ordenador de emergencia se había puesto en marcha, las cintas empezaron a girar y las luces centellaron. Uno de los teclados*



empezó a funcionar.

¡Pero no había operador!

Svengard se dio la vuelta para escapar de la habitación y chocó contra algo duro e inmóvil. Manos y brazos le sujetaron con fuerza y detrás de su agresor vio una abertura en la pared con luz tenue y movimiento en el interior. Entonces la oscuridad se extendió por su cerebro.

## 9

La nueva enfermera de ordenador del Hospital de Seatac consiguió que Max Allgood cogiera el teléfono tras una breve espera. Max tenía ojeras y un rictus de contrariedad en los labios.

—¿Si? Ah, eres tú.

—Ha sucedido algo importante —le anunció ella—. Svengaard ha estado en la sala de tanques examinando el embrión de los Durant a través del microscopio.

Allgood levantó la mirada hacia el techo.

—Oh, por favor... ¿para esto me has sacado de...?, ¿me llamas para decirme esto?

—Es que hubo un ruido y dijiste que...

—Olvidalo.

—Hubo un alboroto en esa habitación y el doctor Svengaard ya no está. No le vi marcharse.

—Es probable que saliera por otra puerta.

—No hay otra puerta.

—Escucha, encanto, tengo cincuenta agentes cubriendo esa sala. Ni una mosca puede volar sin que nuestros escáneres la detecten.

—Averigua adónde ha ido Svengaard.

—Por...

—¡Averígualo!

—¡Está bien! —Allgood cogió la línea directa y llamó al agente de guardia. La enfermera podía oírle a través de la línea abierta—. ¿Dónde está Svengaard?

—Entró y examinó el embrión Durant en el microscopio, después se marchó —respondió una voz apagada.

—¿Por la puerta?

—Simplemente se marchó.

El rostro de Allgood volvió a la pantalla de la enfermera.

—¿Has oído?

—Lo he oído, pero he permanecido al fondo del pasillo desde que entró y no le vi salir.

—Es posible que te distrajeras un momento.

—Bueno...

—Es así, ¿verdad?

—Es posible que haya mirado hacia otro lado durante un momento, pero...

—Y se te pasó por alto.

—¡Pero oí un alboroto!

—Si se hubiera producido algo extraño, mis hombres me hubieran informado. No

pienses más en ello. Svenggaard no representa ningún problema. *Ellos* previeron que actuaría así, que no hiciéramos caso. *Ellos* nunca se equivocan.

—Si tan seguro estás...

—Estoy seguro.

—¿Por qué tenéis tanto interés en ese embrión?

—No necesitas saberlo, encanto. Vuelve a tu trabajo y déjame dormir un poco.

Ella interrumpió la conexión, todavía pensando en el ruido que había oído. Le había dado la impresión de que golpeaban algo.

Allgood se quedó contemplando la pantalla después de que la enfermera colgara. *¿Ruido? ¿Alboroto?* Suspiró. *¡Condenadas mujeres!*

Se puso en pie y volvió a la cama. La compañera que había elegido para pasar la noche estaba tumbada bajo la rosada luz indirecta y le miraba medio adormilada. Aquellos ojos sombreados por largas pestañas de repente le enfurecieron.

—¡Largo de aquí! —gritó.

La muchacha se incorporó sobresaltada.

—¡Fuera! —repitió el, señalando la puerta.

Ella saltó de la cama, recogió la ropa y salió. En cuanto se hubo marchado, Allgood se dio cuenta de a quién le recordaba... a Calapina, una Calapina sosa. Entonces pensó en sí mismo. El Cyborg le había asegurado que los ajustes y mecanismos que le implantaban le ayudarían a controlar sus emociones, le permitirían mentir con impunidad incluso a los Optimen. Aquel súbito estallido le atemorizó. Contempló una de sus zapatillas abandonada sobre la alfombra gris, la pareja olvidada en alguna parte. Le dio un puntapié y empezó a pasear arriba y abajo.

Algo iba mal. Lo presentía. Había vivido casi cuatrocientos *encantadores* años, la mayoría al servicio de los Optimen. Tenía un instinto bien entrenado para saber cuándo iban bien o mal las cosas. Se trataba de supervivencia.

Algo iba mal. ¿Le habría mentido el Cyborg? ¿Era un instrumento en sus manos?

Tropezó con la zapatilla sin prestarle atención. *Ruido. Alboroto.*

Maldijo en voz baja y volvió a coger la línea directa. Llamó al guardia de servicio. El hombre de la pantalla tenía el aspecto de un niño: labios gordezuelos y orejas grandes, como de soplillo.

—Baja a la sala de tanques e inspecciónala —ordenó—. A conciencia. Busca señales de pelea.

—Pero si alguien nos ve...

—¡Al diablo! ¡Haz lo que te digo!

—Sí, señor.

El agente colgó.

Allgood se quitó la bata. Podía olvidarse de dormir. Tomó una ducha rápida y se vistió.

Algo iba mal. Lo presentía. Antes de salir, dio la orden de buscar a Svengard y someterlo a interrogatorio.

A las ocho de la mañana, las calles y autopistas del distrito industrial, al norte de Seatac, estaban densamente transitadas por peatones y vehículos, seres anónimos que seguían los trayectos habituales hacia sus trabajos. El control de clima había anunciado que el día se mantendría en unos agradables veinticinco grados, sin nubes. Una hora después, el día quedaría establecido en su ritmo de trabajo y el tráfico sería más escaso. El doctor Potter ya había visto la ciudad en plena actividad otras veces, pero nunca se habla encontrado inmerso entre la multitud.

Era consciente de que los Padres Clandestinos habrían escogido aquella hora para que pasara desapercibido. El y su guía eran dos seres anodinos entre el gentío. ¿Quién habría reparado en ellos? Sin embargo, este pensamiento no disminuía su fascinación ante una situación nueva para él.

Una mujer Sterrie, con el uniforme a rayas verdes y blancas de operadora de prensa en la industria pesada, le empujó al pasar. A Potter le pareció un diseño B2022419<sup>k</sup>G8, con piel clara y rasgos pronunciados. En el lóbulo llevaba un aro dorado con un fetiche en forma de muñeca.

Casi pegado a ella caminaba un hombre bajito con la espalda encorvada, que llevaba una corta barra de cobre encima del hombro. Dedicó a Potter una sonrisa traviesa, como si dijera: *Ésta es la única forma de abrirse paso entre toda esta muchedumbre.*

El guía de Potter le hizo desviarse hacia una rampa y después por una calle lateral. El hombre, que vestía un uniforme de funcionario color marrón, era un enigma para Potter, ya que no conseguía identificar el diseño. Parecía bastante normal, aparte del color pálido y enfermizo de la piel. Los ojos hundidos aparecían translúcidos como cristales. Llevaba la cabeza cubierta por una gorra, de la que se escapaban unos mechones castaños que parecían artificiales. Cuando le rozó las manos, las sintió heladas y repulsivas.

Allí la multitud empezó a hacerse menos densa, la rampa doblaba un recodo y penetraba en un camino flanqueado por un par de edificios muy altos y sin ventanas. En aquella senda cavernosa se levantaba polvo que difuminaba las siluetas de los puentes lejanos. A Potter le intrigó el polvo. Era como si el jefe de clima local se hubiera dejado llevar por un arrebató de pasión por lo natural.

Un hombre corpulento les adelantó, y a Potter le llamaron la atención sus manos: muñecas gruesas, nudillos abultados y callosidades. No tenía la menor idea de que el trabajo pudiera causar tales deformidades.

El guía le precedió por una serie de declives, hasta llegar a un callejón parecido a una cueva. La multitud había quedado atrás. Potter sintió que estaba reviviendo una vieja y familiar experiencia. *¿Por qué he venido con este hombre?, se preguntó.*

El guía llevaba en el hombro el distintivo de los chóferes de transportes, pero se había presentado como miembro de los Padres Clandestinos.

—Sé lo que ha hecho por nosotros —le había afirmado—. Ahora nosotros haremos algo por usted. Venga.

Después de aquellas palabras habían hablado muy poco, pero Potter supo desde el principio que el hombre no le había engañado. No se trataba de ninguna artimaña.

*Entonces, ¿por qué he aceptado su invitación?*, se preguntó Potter. No había sido por la velada promesa de prolongación de la vida y sabiduría inmediata. Detrás de todo aquello estaban los Cyborg, por supuesto, y sospechaba que su acompañante era uno de ellos. La mayoría de los Optimen y Servidores Supremos solían desechar los rumores de los Folk acerca de la existencia de los Cyborg, pero Potter nunca había formado parte de los cínicos ni de los burlones. No era capaz de explicar el porqué, al igual que tampoco podía encontrar una lógica en su presencia en aquel callejón, avanzando entre muros de metacrilato iluminados por el fantasmal centelleo de fluorescentes.

Sospechó que por fin se había rebelado contra la última de las lacras de la época: drogas, alcohol y moderación. Los placeres de los narcóticos y del alcohol le habían tentado durante un tiempo... después la moderación. Sabía que no era normal en los tiempos que corrían. Lo mejor era formar parte de alguna secta de sexo desenfrenado. Pero el sexo sin una motivación, sin siquiera la tenue esperanza de procrear, ya no le atraía, a pesar de que reconocía esto como una señal de disolución definitiva.

El callejón se abría ante una de las plazas olvidadas de la megápolis, un triángulo pavimentado y una fuente que parecían de auténtica piedra enmohecida por los años.

*Los Optimen no deben de saber que existe este lugar*, pensó Potter. Ellos rechazaban la piedra, que se erosionaba y deterioraba. Preferían los materiales sintéticos, que podían regenerarse y permanecían inalterables para siempre.

El guía aminoró el paso al salir al aire libre.

Potter percibió una aureola de olores químicos en el hombre, como de aceite dulzón, y también descubrió una pequeña cicatriz en diagonal, desde la nuca hasta el cuello.

*¿Porque no ha intentado chantajearme para que viniera?*, pensó. *¿Tan seguro estaba? ¿cómo pueden conocerme tanto?*

—Tenemos un trabajo para usted —declaró el guía—. Una operación.

*La curiosidad es mi punto débil*, pensó Potter. *Por eso estoy aquí.*

El guía puso una mano sobre el hombro de Potter.

—Alto. Espere sin moverse.

Su tono era tranquilo, amistoso, pero Potter intuía tensiones ocultas. Miró alrededor. Los edificios no tenían ventanas ni fachada. Una amplia puerta se unía al ángulo de otro callejón. Habían rodeado la fuente sin encontrarse con nadie. Nada se

movía a su alrededor y sólo les llegaba el lejano sonido de las fábricas en funcionamiento.

—¿Qué ocurre? —susurró Potter—. ¿Por qué esperamos?

—Nada, no sucede nada —le contestó el guía—. Aguarde.

Potter se encogió de hombros.

Recordó el primer encuentro con aquel ser. *¿Cómo supieron lo que había conseguido con aquel embrión?* Por la enfermera del ordenador. Una de ellos.

El guía no había querido informarle.

He venido porque esperaba que me ayudaran a desentrañar el misterio del embrión Durant. Ellos fueron los que introdujeron la arginina... es lo que sospecho.

Recordó la descripción de Svengard: una intrusión parecida a una estela de vapor. Había depositado protamina espermica, rica en arginina, en las células del embrión a través de las espirales. Después se había llevado a cabo la operación: cauterización de cisteína neutralizada por sulfidril y la base ATP... oligomicina y ácidos... reacción inhibida.

Potter contempló el retazo de azul encuadrado por los edificios de la plaza. Concentrado en la manipulación Durant, se le había ocurrido otra idea. Ya no veía el cielo. Su preocupación volvía a estar en la compleja estructura celular, seguía los sistemas del mitocondrio como un ave de presa.

—Podría repetirse —dijo en voz baja.

—Silencio —susurró el guía. Potter asintió.

Un embrión más entre millones. La clave es el flujo de arginina. Podría repetirlo basándome en la descripción de Svengard. ¡Cielos! ¡Podríamos formar millones de embriones Durant! ¡Y cada uno viable por sí mismo!

Respiró profundamente, consternado al darse cuenta de que, después de haberse borrado la cinta, su memoria era el único depositario de toda la operación y sus consecuencias. Svengard y la enfermera sólo conocían una parte. Ellos no habían estado allí, sumergidos en el núcleo de la célula.

Un cirujano de talento podría deducir lo que había ocurrido y repetir la operación a partir de grabaciones parciales, pero sólo si afrontaban el problema. ¿Quién se haría cargo de ello? Los Optimen, no. Ni tampoco el idiota de Svengard. El guía tiró de la manga a Potter, quien observó el rostro sin expresión y carente de identificación genética.

—Nos vigilan —le indicó el guía, con voz despersonalizada—. Escúcheme con atención. Su vida depende de ello.

Potter negó con la cabeza y parpadeó. Le pareció que había salido de su cuerpo y se había convertido en un manajo de sensores para grabar las palabras y los ademanes de aquel hombre.

—Saldrá por aquella puerta —ordenó el guía. Potter se dio la vuelta para verla.

Dos hombres cargados con paquetes aparecieron por el callejón y corrieron alrededor de la plaza. El guía no les prestó atención. Potter oyó algunas voces que aumentaban a lo lejos. El guía siguió ignorando cuanto sucedía.

—Dentro de aquel edificio, tomará la primera puerta a la izquierda. Verá a una mujer con un interfono. Usted le dirá: «Me aprieta el zapato». Ella contestará: «Todos tenemos problemas». Después de eso, ella se encargará de usted.

—Y si no... está allí.

—Entonces cruce la puerta que verá detrás de la mesa y atraviése el despacho adyacente, hasta el vestíbulo trasero. Gire a la izquierda y vaya hasta el fondo del edificio. Allí encontrará a un hombre con el uniforme de inspector de carga, a rayas grises y negras. Repita el procedimiento con él.

—¿Y usted, qué? —preguntó Potter.

—No es de su incumbencia. ¡Ahora, rápido! —El guía le dio un empujón.

Potter dio un traspié mientras se encaminaba hacia la puerta, justo en el momento en que una mujer con uniforme de maestra aparecía por el callejón conduciendo una hilera de niños.

A Potter, conmocionado, le caló hondo la escena: niños vestidos con unos pantalones ajustados que ponían de manifiesto sus largas piernas de flamenco. De repente le habían rodeado y él sólo ansiaba salir huyendo por la puerta.

A sus espaldas alguien gritó.

Potter se abalanzó sobre la puerta, agarró la manilla y miró a sus espaldas.

Su guía había corrido hacia el lado opuesto de la fuente y ahora ésta le ocultaba de cintura hacia abajo, pero la parte que quedaba a la vista fue suficiente para horrorizar a Potter. El pecho desnudo se había abierto en una bóveda lechosa de la que irradiaba una luz abrasadora.

Potter giró a la izquierda y vio una fila de hombres que salían de otro callejón y a los que aquel rayo abrasador hacia arder en llamas. Los niños gritaban, lloraban y retrocedían al callejón del que habían salido, pero Potter no se preocupó por ellos, ya que estaba subyugado por aquella máquina de matar que había confundido con un ser humano.

El guía levantó los brazos y apuntó hacia arriba. Los alargados dedos irradiaron rayos azules que derribaron a los vehículos aéreos. El aire se había convertido en un infierno de ozono salpicado de explosiones, gritos y lamentos.

Potter continuó observando, incapaz de moverse, ajeno a las instrucciones, a la puerta y a su mano que seguía sujetando la manilla.

El guía sufrió un contraataque. La ropa se le apergaminó, se desvaneció en humo, dejando al descubierto un cuerpo blindado con músculos de fibras sintéticas. Los rayos destructores continuaban surgiendo de las manos y el pecho. Incapaz de seguir mirando, Potter abrió la puerta y se encontró en la penumbra de un vestíbulo de



paredes amarillas. Cerró la puerta de golpe y una explosión sacudió el edificio. La puerta traqueteó a sus espaldas.

A la izquierda se abrió otra puerta. Una diminuta mujer rubia de ojos azules le estaba mirando. Potter reconoció las marcas de su diseño genético y el toque de humanidad de aquella pequeña aparición le tranquilizó. Vio un interfono a sus espaldas.

—Me aprieta el zapato —jadeó. Ella tragó saliva.

—Todo el mundo tiene problemas.

—Soy el doctor Potter. Creo que mi escolta acaba de morir.

Ella se apartó a un lado.

—Por aquí —señaló.

Potter entró en un despacho con hileras de mesas vacías. Su mente era un torbellino. Se encontraba muy alterado por las consecuencias de la violencia que había presenciado.

La mujer le tomó por el brazo y le hizo pasar por otra puerta.

—Entre —dijo—, tendremos que ir por los tubos comunales. Es la única forma. El edificio estará rodeado en cuestión de minutos.

Potter se quedó clavado en su sitio. No había contado con la violencia. No sabía qué le esperaba, pero aquello superaba sus peores sospechas, desde luego.

—¿Adónde vamos? —preguntó—. ¿Para qué me quieren?

—¿No lo sabe? —preguntó ella.

—Él... no me lo dijo.

—Se le explicará todo. Dése prisa.

—No pienso moverme ni un paso hasta que me lo explique.

A la mujer se le escapó una palabrota.

—No me queda más remedio: va a implantar el embrión Durant en su madre. Es la única manera de escapar de aquí.

—¿En la madre?

—Al viejo estilo. Se que resulta desagradable, pero es necesario. Ahora, apresúrese.

Potter se dejó conducir a través de la puerta.

En el centro de control, en el rojo Globo de Vigilancia, los Tuyere ocupaban sus tronos en el triángulo giratorio, repasando los datos una y otra vez: correlaciones, deducciones, órdenes. El escaner de ciento veinte grados de pared curvada disponible para los tres centelleaba con datos de diversa índole: gráficos en las pantallas de vigilancia, probabilidades funcionales en transformaciones matemáticas, escala modular de decisiones análogas, superior/inferior en proporcionalidad piramidal, informes visuales reducidos a cubicación de binarios, de acuerdo con los valores relativos, curvas de encuestas ponderadas por la acción/reacción y presentadas en líneas verdes...

En los cuadrantes superiores, los ojos de los escáneres brillaban para indicar cuántos de los Optimen estaban atentos a la actividad del globo; más de mil, aquella mañana.

Calapina movía sin cesar el anillo de orden del pulgar izquierdo, sentía el ineficaz zumbido de la energía mientras le daba vueltas y lo deslizaba por el dedo. Estaba inquieta, llena de exigencias que no podía identificar. Los deberes del globo empezaban a parecerle repugnantes, y sus compañeros, odiosos. Allí, el tiempo se convertía en un concepto borroso, sin días ni noches. Todos los compañeros que había conocido llegaban a ser el mismo, fusionados, eternamente fusionados.

—He vuelto a estudiar la cinta de síntesis de proteínas del embrión Durant — declaró Nourse. Miró a Calapina a través del reflector y tamborileó sobre el brazo de su sillón con los dedos.

—Se nos escapa algo, se nos escapa algo —se burló Calapina. Observó a Schruille y le sorprendió restregándose las manos en la túnica, un movimiento que parecía una total revelación de nerviosismo.

—Da la casualidad de que he descubierto lo que se nos había escapado —anunció Nourse.

Un movimiento de cabeza de Schruille llamó la atención de Nourse. Se dio la vuelta. Durante un instante se miraron unos a otros a través de los prismas. A Nourse le llamó la atención una pequeña mancha en la piel de Schruille, al lado de la nariz.

*Qué extraño, pensó Nourse, ¿cómo es posible que uno de nosotros tenga una mancha semejante? Seguro que no es por desequilibrio de enzimas.*

—Bien, ¿qué es? —preguntó Schruille.

—Tienes una mancha al lado de la nariz —soltó Nourse.

Schruille le miró.

—¿Eso es lo que has deducido a raíz de la cinta del embrión? —intervino Calapina.

—¿Eh? Oh, no... claro que no.

—Entonces, ¿qué has descubierto?

—Bien..., parece bastante obvio que la operación llevada a cabo por Potter puede repetirse, si se cuenta con el embrión adecuado y la administración correcta de protamina espermica.

Schruille se estremeció.

—¿Has averiguado el procedimiento de la operación?

—Con toda precisión no, pero en general sí.

—¿Podría repetirla Potter? —preguntó ella.

—Tal vez, incluso Svengaard.

—Que nos guarden y nos protejan —murmuró Calapina. Era una frase ritual, cuyas palabras rara vez merecían la atención consciente de un Optiman, pero esta vez le pareció que «protejan» era más que un concepto abstracto.

—¿Dónde está Max? —preguntó Schruille. Aquella voz lastimera provocó una mueca de desprecio en los labios de Nourse.

—Está trabajando —informó Nourse—. Está muy ocupado.

Schruille observó los escáneres, pensando en sus colegas del otro lado. Los Activos contemplarían los acontecimientos como una nueva prueba a sus talentos, sin comprender qué violencia podía desatarse; los Emocionales, temerosos y quejicas, casi inutilizados por los sentimientos de culpabilidad; los Cínicos, interesados por el nuevo juego (Schruille consideraba que la mayoría de los vigilantes eran Cínicos) los Hedonistas, angustiados por el sentimiento de emergencia, preocupados porque tales asuntos entorpecían sus diversiones; y los Decadentes, que veían en todo aquello algo nuevo que despreciar.

*¿Fundaremos ahora un nuevo grupo?, se preguntó Schruille. ¿Se formarán ahora los Brutales, que habrán perdido toda sensibilidad por la necesidad de la autoconservación? Nourse y Calapina todavía no se han dado cuenta.*

De nuevo se estremeció.

—Max llama —indicó Calapina—, le tengo en mi pantalla alterna.

Schruille y Nourse pulsaron los duplicadores de canal y observaron la figura musculosa, sólida y morena de Allgood.

—Informo —empezó Allgood.

Calapina miró con atención la cara del jefe de Seguridad. Mostraba preocupación, temor.

—¿Qué hay de Potter? —preguntó Nourse. Allgood parpadeó.

—¿Por qué demora su respuesta? —preguntó Schruille.

—Debido a que nos venera —contestó Calapina.

—La veneración es un producto del miedo —señaló Schruille—. Tal vez desea mostrarnos algo, una proyección o subdato, ¿es eso, Max?

Allgood les miró. Habían vuelto a caer en la sensación de tiempo perdido, el

interminable juego de palabras y el desprecio por el tiempo en la demanda de datos y más datos... aquel efecto secundario de la vida eterna, el supracompromiso en trivialidades. Esta vez confiaba en que continuaran así.

—¿Dónde está Potter? —preguntó Nourse. Allgood tragó saliva.

—Potter nos ha... esquivado temporalmente. —Sabía que lo mejor era no mentir ni eludir la respuesta.

—¿Esquivado? —preguntó Schruille.

—¿Cómo? —inquirió Nourse.

—Ha habido... violencia —contestó Allgood.

—Muéstranosla —ordenó Schruille.

—No —dijo Calapina—. Me basta con la palabra de Max.

—¿Dudas de Max? —preguntó Nourse.

—No dudo —respondió Schruille—. Pero quiero ver la violencia.

—¿Cómo puedes? —preguntó Calapina.

—Vete si quieres —insinuó Schruille. Pero midió sus palabras—. Yo... quiero... ver... la... violencia. —Miró a Allgood—. ¿Max?

Allgood tragó saliva. Aquello era una novedad que no había previsto.

—Ocurrió —dijo Nourse—. No necesitamos saber más, Schruille.

—Claro que ocurrió —afirmó Schruille—. Vi la señal donde se interceptaban nuestros canales. Ahora voy a desconectar la válvula de seguridad que protege nuestra sensibilidad. —Hizo una mueca—. ¡Sensibilidad!

Nourse le miró y descubrió que había desaparecido todo rastro de gimoteo en la voz de Schruille.

Éste levantó la vista hacia los escáneres y vio que varios se cerraban. Incluso los Cínicos estarían criticando su decisión, sin duda. Aunque todavía había algunos conectados.

*¿Aguantaran hasta el final?*, se preguntó.

—Muestra la barbarie, Max —ordenó Schruille. Allgood se encogió de hombros.

Nourse hizo girar el trono y se puso de espaldas a la pantalla. Calapina se cubrió los ojos con las manos.

—Como ordenes —dijo Allgood.

Su rostro se desvaneció y en su lugar apareció una vista aérea que mostraba una diminuta plaza entre edificios sin ventanas. Dos figuritas rodeaban una fuente. Se detuvieron y apareció un primer plano de las caras: Potter y un desconocido, un hombre de aspecto extraño, con ojos pavorosamente fríos.

Otra vista panorámica: dos hombres salían de un callejón con paquetes. Detrás de ellos, una fila de niños y un adulto con uniforme.

De repente Potter se movió, se abrió paso entre los niños. Su compañero corría en sentido contrario, hacia la fuente.

Schruille echó un vistazo a Calapina y la sorprendió atisbando entre los dedos.

Un chillido en la pantalla reclamó su atención. El acompañante de Potter se había convertido en un producto de horror, la ropa había desaparecido y un bulbo lechoso que sobresalía del pecho despedía rayos.

La pantalla se quedó en blanco y la imagen volvió a aparecer con una toma desde otro ángulo. Una rápida mirada le bastó para comprender que Calapina había dejado de lado el disimulo para mirar. También Nourse contemplaba la pantalla a través del prisma que llevaba en el hombro. Otro destello de luz surgió de la figura en pantalla. De nuevo desapareció la imagen.

—Es un Cyborg —declaró Schruille—. Ya lo veréis.

De nuevo apareció la imagen desde otro ángulo, esta vez tomada desde muy alto. La acción en el pasadizo sucedía como en miniatura, pero no existía dificultad en distinguir el centro del conflicto. En la plaza destacaba una figura que lanzaba rayos centelleantes.

Algunos vehículos aéreos estallaron y cayeron del cielo hechos pedazos.

Un vehículo de seguridad se cernió sobre el Cyborg. Emitió un rayo pulsante de luz y abrió un surco humeante al lado de un edificio.

El Cyborg osciló, levantó la mano y un dedo azul se alargó desde ella hasta el infinito. El dedo apuntó a un vehículo y lo partió en dos. Una parte se estrelló contra un edificio, rebotó y aplastó al Cyborg.

Una bola de fuego amarilla tomó forma en la plaza. En cuestión de segundos, una explosión sacudió el escenario.

Schruille levantó la vista para saber cuántos escáneres estaban observando. Todo el circuito estaba en luz roja.

Calapina carraspeó. Potter entró en el edificio de la derecha.

—¿Esto es todo cuanto puedes mostrarnos? —preguntó Schruille.

Nourse hizo girar el trono y miró a Schruille.

—¿No te parece interesante?

—¿Interesante? —repitió Nourse.

—Se llama guerra —informó Schruille.

El rostro de Allgood volvió a aparecer en la pantalla.

*Es lógico que sienta curiosidad por nuestra reacción,* pensó Schruille.

—¿Sabías que tenemos armas, Max? —preguntó Schruille.

—Esta conversación de armas y brutalidad me molesta —indicó Nourse—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Por qué disponemos de armas, si no estamos dispuestos a emplearlas? —preguntó Schruille—. ¿Tienes una respuesta, Max?

—Sé que tenéis armas —dijo Allgood—. Representan la última salvaguarda de vuestras personas.

—¡Claro que tenemos armas! —gritó Nourse—. Pero ¿por qué tenemos que...?

—Nourse, te estás degradando —soltó Calapina. Nourse se reclinó en su trono contrariado. *¡Me estoy degradando!*

—Revisemos la situación —propuso Schruille—. Sabíamos que los Cyborg existían. Nos han estado esquivando a conciencia. Por tanto, controlan canales que nos despistan y cuentan con simpatías entre los Folk. Además, por lo visto, tienen un brazo armado que puede sacrificarse... y digo sacrificarse, por el bien de la comunidad.

Nourse le miró boquiabierto.

—Y nosotros —prosiguió Schruille— hemos olvidado cómo ser brutales hasta el fin.

—¡Ja! —exclamó Nourse.

—Si se hiere a un hombre con un arma —preguntó Schruille—, ¿quién es el responsable, el arma o quien la maneja?

—Explícate —murmuró Calapina.

Schruille señaló a Allgood, que permanecía en la pantalla.

—Todavía tenemos el arma. La hemos empuñado innumerables veces, hasta que aprendió a valerse por sí sola. No hemos olvidado cómo ser brutales, hemos olvidado que lo somos.

—¡Menuda bobada! —exclamó Nourse.

—Mira —ordenó Schruille. Señaló los escáneres, todos ellos conectados—. Aquí está la prueba. ¿Cuándo ha habido tantos vigilando? Algunas luces parecieron titilar, pero mantuvieron la conexión al comprobar que las demás no cerraban.

Allgood estaba fascinado. Una sensación de ahogo en el pecho no le permitía respirar hondo, pero hizo caso omiso. ¡Los Optimen se enfrentaban a la violencia! Después de toda una vida jugando con eufemismos, Allgood apenas podía asimilar la idea.

El cambio había sobrevenido con increíble rapidez. Pero eran los seres eternos, los que no podían fallar.

Schruille, por lo general silencioso y observador, miró a Allgood y dijo:

—¿Quién más nos ha dado el esquinazo, Max?

Allgood estaba paralizado.

—Los Durant se han esfumado —continuó Schruille—. Svengard está ilocalizable. ¿Quién más?

—Nadie más, Schruille. Nadie.

—Queremos verlos en nuestro poder —indicó Schruille.

—Por supuesto, Schruille.

—Vivos —completó Calapina.

—Vivos, Calapina —aseguró Allgood.

—Si es posible —añadió Schruille. Allgood asintió.

—Obedezco, Schruille.

—Ya puedes volver a tu trabajo —le despidió Schruille.

La pantalla quedó sin imagen.

Schruille empezó a manipular los controles del brazo de su sillón.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó Nourse, y el mismo advirtió la petulancia en su tono de voz.

—Desconecto los sensores que nos aíslan de la violencia dejándola como un dato remoto —respondió Schruille—. Ya es hora de que nos enfrentemos a la realidad.

Nourse suspiró.

—Si lo consideras necesario...

—Sé que es necesario.

—¡Qué interesante! —exclamó Calapina.

—¿Qué tiene de interesante esta obscenidad? —inquirió Nourse.

—Este vigor que siento —contestó ella— me parece interesante.

Nourse le dio la espalda y miró a Schruille. Ahora estaba seguro de que su compañero tenía una mancha... junto a la nariz.

A Svenggaard, educado en el jerarquizado mundo de los Optimen, la idea de que pudieran ser falibles le pareció una herejía. Intentó alejarla de su mente. Ser falible suponía estar expuesto a la muerte. Sólo las clases inferiores lo experimentaban. Los Optimen, no. ¿Cómo podían fallar?

Reconoció al cirujano sentado frente a él, bajo la débil luz crepuscular que se filtraba a través de unas rendijas en la cúpula del techo. Era Toure Igan, uno de los médicos de elite de la Central, una persona a quien sólo se le exponían los problemas médico-genéticos más delicados.

La habitación que ocupaban era un espacio angosto, situado entre las paredes del sistema de ventilación de las viviendas que formaban el Complejo de la Cascada. Svenggaard estaba sentado en un cómodo sillón, pero tenía manos y pies atados. Por delante de la mesilla donde se sentaba Igan pasaban otras personas que trajinaban con extraños paquetes. La mayoría no prestaba atención a ninguno de los dos cirujanos.

Svenggaard observó los pronunciados rasgos del médico de la Central. Las arrugas delataban el inicio del fracaso de las enzimas; empezaba a envejecer. Sin embargo, los ojos tenían el color de un cielo veraniego, aún jóvenes.

—Tiene que elegir bando —le había dicho Igan. Svenggaard se habla permitido divagar. Pasó un hombre arrastrando una bola de metal dorado. Por uno de sus bolsillos sobresalía una cadena de plata, de donde pendía un fetiche de la fertilidad en forma de símbolo fálico.

—Debe contestar —le apremió Igan. Svenggaard miró la pared contigua. Sintética, el inevitable material de siempre. El lugar apestaba a desinfectantes y purificadores de ambiente con esencias florales.

La gente continuaba circulando por la estrecha sala. La uniformidad de sus vestimentas empezaba a molestarle. ¿Quiénes eran? Parecía obvio que eran miembros de los Clandestinos; pero ¿quiénes eran?

Una mujer le llamó la atención. Svenggaard atisbó una sonrisa blanca en un rostro negro. Una mujer Zeek, una cara como la de Potter, pero con piel más oscura... un error quirúrgico. Llevaba un brazalete de pelo humano en la muñeca derecha.

Era pelo rubio. Svenggaard contempló el brazalete hasta que la mujer dobló una esquina y desapareció.

—La batalla ha empezado —continuó Igan—. Debe creerme. Su vida depende de ello.

¿Mi vida?, se preguntó Svenggaard. Trató de pensar en ello y determinar qué era. Tenía una esposa primitiva, poco más que una compañera de cama, una mujer a la cual, al igual que a él, le había sido denegado una y otra vez el permiso de reproducción. Por un instante no consiguió recordar su rostro, perdido entre la



confusión de esposas y amantes anteriores.

*Ella no es mi vida*, pensó. *¿Quién es mi vida?* Era consciente del cansancio y de la resaca provocados por las drogas que sus captores le habían administrado durante la noche. Recordó las manos que le sujetaron, su mirada de asombro a una pared que no podía ser una puerta, pero lo era; y el interior iluminado. Y recordó haberse despertado allí, con Igan frente a él.

—No le he ocultado nada —le tranquilizó Igan—. Se lo he explicado todo. Potter ha logrado escapar. Ya hay orden de captura contra usted. Su enfermera de ordenador está muerta. Varias personas han muerto y muchas más van a morir. Ellos tienen que estar seguros, ¿no lo comprende?, no pueden dejar nada al azar.

*¿Qué es mi vida?*, pensó Svengaard. Y entonces se imaginó su cómodo apartamento, los juegos y películas para distraerse, el trabajo de investigación, sus amigos, la rutina de cada día.

—Pero ¿adónde voy a ir? —preguntó.

—Ya hemos preparado un lugar.

—Ningún lugar está a salvo de ellos —declaró Svengaard. De golpe sintió por primera vez la intensidad de su resentimiento contra los Optimen.

—Hay muchos sitios seguros —replicó Igan—. Ellos sólo fingen perspicacia supersensorial. Sus poderes reales se basan en máquinas e instrumentos, la vigilancia secreta. Pero podemos utilizar esas mismas máquinas e instrumentos para otros propósitos. Y los Optimen dependen de los Folk para emplear la violencia.

Svengaard negó con la cabeza.

—Esto es un disparate.

—Excepto por un detalle —explicó Igan—, ellos son como nosotros..., humanos con personalidades distintas. Lo sabemos por experiencia.

—Pero ¿por qué tendrían que llevar a cabo las acciones de las que usted les acusa? —protestó Svengaard—. No es razonable. Ellos son buenos con nosotros.

—Su único interés es conservarse —dijo Igan—. Caminan sobre una cuerda floja. Mientras no haya un cambio significativo en su entorno, continuarán viviendo... de forma indefinida. Si se produce una ligera alteración en sus vidas, serán como nosotros, estarán sujetos a los caprichos de la naturaleza. Para ellos, usted lo sabe, no puede haber naturaleza, nada que escape a su control.

—No lo creo —afirmó Svengaard—. Ellos son quienes nos aman y se preocupan por nosotros. Observe todo lo que han hecho.

—Ya lo he visto. —Igan negó con la cabeza. Svengaard era más terco de lo que habían supuesto. Rechazaba las pruebas en contra y se aferraba a las viejas creencias.

—Quieren que ellos sucumban —acusó Svengaard—. ¿Por qué?

—Porque nos han privado de la evolución —contestó Igan.

—¿Qué?

—Han hecho de sí mismos los únicos individuos libres de nuestro mundo. Pero los individuos no evolucionan. La población, sí. Nosotros no tenemos población.

—Pero los Folk...

—¡Sí, los Folk! ¿A cuántos de nosotros se nos permite la reproducción? Usted es cirujano genético, amigo, ¿aún no ha identificado la muestra?

—¿La muestra? ¿Qué muestra? ¿A qué se refiere? —Svenggaard trató de incorporarse y maldijo sus ataduras. Tenía los brazos y las piernas tumecidos.

—Los Optimen se ciñen a una regla capital para el apareamiento —continuó Igan—. El regreso al término medio. Permiten intercambios fortuitos entre los organismos que no sobresalen para suprimir el desarrollo de individuos únicos. A estos pocos individuos únicos se les prohíbe reproducirse.

Svenggaard negó con la cabeza.

—No le creo —se obstinó, pero empezaba a tener sus dudas. En su propio caso, no importaba la compañera que escogiera, el permiso de reproducción le era denegado. Había examinado los componentes genéticos, había descubierto configuraciones que hubiera jurado eran viables, pero los Optimen le habían negado la procreación.

—Me cree —declaró Igan.

—Pero tenga en cuenta las largas vidas que nos conceden —replicó Svenggaard—. Yo podré vivir casi otros doscientos años.

—Las concede la medicina, no los Optimen —replicó Igan—. La precisión en las prescripciones de enzimas es la clave. Esto, además de una vida muy ordenada, con las preocupaciones reducidas al mínimo. Ejercicios adecuados y una dieta para las necesidades específicas. Podría conseguirse para todo el mundo.

—¿La vida eterna? —murmuró Svenggaard.

—¡No!, pero sí una gran longevidad, mucha más de la que disfrutamos ahora. Yo mismo nací hace cuatrocientos años, al igual que muchos de mis contemporáneos. Casi cuatrocientos maravillosos años —dijo, recordando la perversa frase de Calapina y la risita de Nourse.

—¿Cuatrocientos? —preguntó Svenggaard.

—Estoy de acuerdo en que no son nada comparado con los varios miles de ellos —reconoció Igan—. Pero casi todos podrían vivir durante este tiempo si *ellos lo permitieran*.

—¿Por qué no lo permiten?

—Así pueden ofrecer los bonos anuales a unos pocos seres seleccionados. Una recompensa por los servicios prestados. Sin esta norma, ¿con qué iban a pagarnos? ¡Usted lo sabe! Ha estado intentando venderse a ellos por ese precio durante toda su vida.

Svenggaard se miró las manos atadas. *¿Es ésta mi vida? ¿Encadenado? ¿Quién*

*compraría mis manos encadenadas?*

—Y tendría que haber oído la risa de Nourse a mis desdichados cuatrocientos años —masculló Igan.

—¿Nourse?

—¡Sí! Nourse de los Tuyere, Nourse el Cínico, Nourse, el de más de cuarenta mil años. ¿Por qué cree usted que Nourse es un Cínico? Hay otros Optimen mucho más viejos. La mayoría de ellos no son Cínicos.

—No lo comprendo —balbuceó Svenggaard. Se quedó mirando a Igan y se sintió débil, humillado, incapaz de contrarrestar sus argumentos.

—He olvidado que usted no es de la Central —indicó Igan—. Ellos se clasifican por un sutil rasgo emocional que se permiten. Son Activos, Emocionales, Cínicos, Hedonistas o Decadentes. Pasan a través del cinismo camino del hedonismo. Los Tuyere se preocupan por conseguir el placer personal. También aquí cuenta la muestra y ninguna es buena.

Igan observó a Svenggaard, sopesando el efecto de sus palabras. Aquella criatura apenas era superior a los Folk, un hombre medieval. Para él, la Central y los Optimen eran el *primum mobile* en el control de todos los sistemas celestiales. Mas allá de la Central, sólo existía el hogar empírico del Creador... y para los Svenggaard la diferencia entre los Optimen y el Creador era mínima. Ambos parecían inalcanzables, como la Luna, y sin ningún defecto.

—¿Adónde podemos huir? —le preguntó Svenggaard—. No hay ningún lugar donde podamos escondernos. *Ellos* controlan las recetas de enzimas. En cuanto uno de nosotros entre en una farmacia para las provisiones, será el fin.

—Tenemos nuestras fuentes —objetó Igan.

—Pero ¿qué quieren de mí? —preguntó Svenggaard, sin dejar de contemplar sus ataduras.

—Usted es un individuo único. Potter le necesita. Usted sabe lo que sucedió con el embrión Durant.

*El embrión Durant*, pensó Svenggaard. *¿Por qué es tan importante el embrión Durant? Todo se centra en ese embrión.*

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de Igan.

—No consigue encajar a los Optimen en mi definición —dijo Igan.

—Así es.

—Son una plaga —añadió Igan—. ¡La calamidad de la Tierra!

Svenggaard retrocedió ante la amargura de la voz de Igan.

—Saúl acabó con unos miles de los suyos; David, otros cuantos millares; pero los Optimen destruyen el futuro.

Un hombre corpulento pasó por el espacio que le separaba de la mesa y se quedó de espaldas.

—¿Y bien? —preguntó.

La voz disimulaba un molesto tono de urgencia. Svengaard trató de verle la cara pero no consiguió desplazarse lo suficiente. Sólo le veía la espalda y el ancho cinturón que le ceñía la chaqueta gris.

—No lo se —contestó Igan.

—No podemos perder mas tiempo —dijo el recién llegado—. Potter ha terminado su trabajo.

—¿El resultado? —preguntó Igan.

—Asegura que satisfactorio. Le ha inoculado una inyección de enzimas para un rápido restablecimiento. La madre podrá trasladarse pronto. —Levantó la mano para señalar con el pulgar a Svengaard por encima del hombro—. ¿Qué hacemos con él?

—Llevarle —le contestó Igan—. ¿Qué hace la Central?

—Ha ordenado el arresto y reclusión de todos los médicos.

—¿Tan pronto? ¿Han arrestado al doctor Hand?

—Sí, pero se escapó por la puerta negra.

—Detuvo su corazón —dijo Igan—. No tuvo otro remedio. No podemos permitir que ninguno de nosotros sea interrogado. ¿Cuántos nos han dejado?

—Siete.

—¿Incluyendo a Svengaard? —Entonces serán ocho.

—De momento a Svengaard le tendremos a raya —declaró Igan.

—Están empezando a retirar a sus gentes especiales de Seatac —informó el hombreton. Svengaard sólo divisaba la mitad del rostro de Igan, medio oculto por la espalda del hombre, pero le bastó para comprender que la noticia le había afectado profundamente.

—Sus intenciones son evidentes —suspiró Igan.

—Sí. Van a destruir la megápolis.

—Destruirla no, esterilizarla.

—¿Ha conseguido que Allgood hable a los Folk?

—Varias veces. Sabandijas en sus cubiles. Pisoteará la región sin el menor escrúpulo. ¿Está todo preparado?

—A punto.

—¿El chófer?

—Programado para la respuesta deseada.

—Dale una inyección a Svengaard, para que permanezca quieto. No podremos ocuparnos de el cuando estemos en camino.

Svengaard se puso rígido.

La poderosa espalda se dio la vuelta. Svengaard vio unos ojos centelleantes, grises, fríos, desprovistos de expresión. El hombre levantó una mano en la que sostenía una ampolla con resorte. La mano le tocó la nuca y experimentó una

sacudida.

Svengard seguía mirando aquel rostro impersonal mientras su mente se convertía en una nube borrosa. Tenía la garganta seca y la lengua inmo vil. Hizo esfuerzos para gritar, pero no logró articular ningún sonido. El conocimiento se convirtió en un globo centrado en un pequeño pedazo de techo con estrías. La visión se fue condensando, cada vez más pequeña... un círculo inquieto, como un ojo con pupilas rajadas.

Cayó en un mullido pozo de oscuridad.

Lizbeth yacía sobre un banco, Harvey estaba sentado a su lado y la sujetaba. Había cinco personas en aquel espacio cúbico, no mayor que un gran cajón de embalaje. Lo habían colocado en el centro de un cargamento normal, dentro de un furgón de transporte terrestre. Un único fluorescente en la esquina, sobre su cabeza, iluminaba el interior con un tenue resplandor amarillento. Veía a los doctores Igan y Boumour en una banqueta, con los pies sobresaliendo, y en el suelo, amordazado e inconsciente, a Svengaard.

Afuera ya era de noche, había dicho Harvey. Aquello significaba que ya habían recorrido una distancia considerable, pensó. Sentía ligeras náuseas y le dolía el abdomen debido a las cicatrices. La idea de llevar a su hijo consigo le proporcionaba una extraña tranquilidad. Se sentía satisfecha. Potter había dicho que seguramente podría seguir adelante sin sus enzimas habituales mientras mantuviera el embrión. Sin duda había previsto que el embrión sería trasladado a un tanque cuando llegaran a un lugar seguro, pero ella sabía que no podría soportarlo. Quería llevar a cabo el embarazo en su cuerpo hasta el final. Ninguna mujer lo había hecho desde hacía miles de años, pero ella así lo quería.

—Estamos ganando velocidad —señaló Igan—, debemos salir de los tubos hacia la vía aérea.

—¿Habrá puntos de control? —preguntó Boumour.

—Seguro.

Harvey advirtió la exactitud de la afirmación de Igan. ¿Velocidad? Sí, sus cuerpos se compensaban en los virajes. El aire entraba con algo más de rapidez por la paleta del ventilador que estaba debajo del banco de Lizbeth. Había más estabilidad por la suspensión de la base neumática, menos traqueteo. Las turbinas se hacían oír con fuerza dentro del cajón y olía a hidrocarburos sin quemar.

¿Puntos de control? Seguridad utilizaría todos los medios para evitar que nadie escapara de Seatac. Se preguntó qué debía de estar sucediendo en la megapolis. Los médicos habían hablado de gas venenoso en los conductos de aire, de ultrasonidos. La Central disponía de muchas armas, habían asegurado. Harvey rodeó a Lizbeth por los hombros al tomar una curva cerrada.

No sabía cómo sentirse respecto al hecho de que Lizbeth llevara al hijo de ambos en su seno. Era inquietante. No obsceno ni desagradable... sólo inquietante. Una respuesta instintiva le cogió por sorpresa y miró a su alrededor para ver los peligros de los que debía protegerla. Pero sólo había aquel cajón que olía a sudor y a combustible.

—¿Qué es la carga que nos rodea? —preguntó Boumour.

—Piezas de maquinaria —contestó Igan—. Repuestos, algunas obras de arte

antiguas, objetos sin importancia. Cualquier cosa que pudimos recoger de forma furtiva para que pareciera una carga normal.

*Objetos sin importancia*, pensó Harvey. Esta revelación le fascinó. Llevaban piezas de máquinas que tal vez nunca se instalaran.

Lizbeth alargó la mano y encontró la del hombre.

—¿Harvey?

El se inclinó sobre ella.

—¿Sí, querida?

—Me siento... tan... extraña.

Harvey miró con desasosiego a los médicos.

—Se pondrá bien —le tranquilizó Igan.

—Harvey, tengo miedo —dijo ella—. No lo conseguiremos.

—Ésta no es forma de hablar —la riñó Igan. Lizbeth levantó la mirada y comprobó que el médico se encontraba a escasa distancia. Sus ojos eran un par de lucecitas en un rostro delgado y con aires de suficiencia *¿Será también un Cyborg?*, pensó. La frialdad con que la observaba le hizo perder el control.

—¡No me importa lo que me ocurra a mi! —exclamó—. Pero ¿qué sucederá con mi hijo?

—Será mejor que se calme, señora —le aconsejó Igan.

—No puedo —exclamó ella—. ¡No vamos a conseguirlo!

—No es la forma correcta de comportarse —repitió Igan—. Nuestro chófer es el mejor Cyborg del que disponemos.

—No conseguiremos escapar de ellos —se lamentó Lizbeth.

—Será mejor que se tranquilice, señora —insistió Igan.

Harvey disponía por fin de un argumento para proteger a su mujer.

—¡No le hable en ese tono! —gritó. Igan le habló con condescendencia.

—Ni usted tampoco, Durant. Hable en voz baja. Sabe tan bien como yo que tienen estaciones de escucha en la vía aérea. No deberíamos hablar, a menos que sea imprescindible.

—Nada podrá engañarles esta noche —susurró Lizbeth.

—Nuestro conductor es poco más que un recubrimiento de carne sobre un ordenador reflex —informó Igan—. Está programado sólo para su trabajo. Si algo puede hacernos pasar, será él.

—Si alguien puede hacerlo —murmuró Lizbeth. Empezó a sollozar con movimientos convulsivos.

—¡Mire usted lo que ha conseguido! —exclamó Harvey.

Igan suspiró y alargó a Harvey la mano, donde guardaba una cápsula.

—¿Qué es? —inquirió Harvey.

—Sólo un sedante.

—No quiero un sedante —gimió ella.

—Es por su bien, querida —dijo Igan—. Lo cierto es que su agitación puede hacer que el embrión se desprenda. Debe permanecer tranquila y sin moverse después de la operación.

—Ella no quiere tomarla —replicó Harvey, con los ojos encendidos de ira.

—Debe hacerlo —aseguró Igan.

—No, si no quiere.

Igan hizo un esfuerzo para mantener un tono de voz calmado.

—Durant, sólo intento salvar nuestras vidas. Usted ahora está furioso y...

—¡Claro que estoy furioso! ¡Estoy harto de que me den órdenes!

—Si le he molestado, lo siento, Durant —se disculpó Igan—. Pero debo advertirle que su actitud está condicionada por su formación de genes. Sufre de exceso de proteccionismo masculino. Su mujer se pondrá bien. El sedante es inofensivo. Se ha puesto histérica porque le sobra instinto maternal. Son taras en la configuración de los genes, pero ambos lo superarán si mantienen la calma.

—¿Quién dice que somos tarados? —exclamó Harvey—. ¡Apuesto a que usted es un Sterrie que nunca...!

—Ya está bien, Durant —intervino el otro médico. Tenía una voz profunda y convincente. Harvey miró a Boumour y observó un rostro macilento y escuálido sobre un corpachón. El cirujano parecía enérgico y peligroso; su expresión, misteriosamente inhumana.

—No deberíamos pelear entre nosotros —dijo Boumour—. Tal vez estamos cerca del punto de control y seguro que disponen de aparatos de escucha.

—Nosotros no somos tarados —gruñó Harvey.

—Acaso tenga razón —contestó Igan—, pero ambos minimizan las posibilidades de huida. Si uno de ustedes pierde los nervios en el control, será el fin de todos nosotros. —Movié la mano y alargó la cápsula a Lizbeth—. Por favor, tomela. Contiene un tranquilizante. Es inofensiva, se lo aseguro.

Lizbeth cogió la cápsula con vacilación. Era fría al tacto, gelatinosa... repulsiva. Quiso devolverla a Igan, pero Harvey le dio una palmadita en la mejilla.

—Es mejor que la tomes —le susurró—. Por el niño.

Ella se llevó la mano a la boca, depositó la cápsula en la punta de la lengua y la tragó. Debía de ser lo correcto si Harvey estaba de acuerdo.

Pero no le gustó la mirada dolorida y desconcertada que descubrió en sus ojos.

—Ahora relájese —dijo Igan—. Notará el efecto enseguida..., tres o cuatro minutos y se encontrará calmada. —Se reclinó de nuevo y miró a Svengard. El hombre maniatado seguía inconsciente, respirando rítmicamente.

Durante un rato que le pareció eterno, Svengard había ido recuperándose. Había sentido hambre y notó una sacudida que le hizo rodar hasta topar con algo duro. Le



pareció que se movían con rapidez. Hasta él llegaba el olor a sudor humano y percibía un rugir de turbinas. El ruido empezaba a apiñarse en su conciencia. Distinguía una luz débil y borrosa a través de los párpados semicerrados. Llevaba puesta una mordaza y no podía mover las manos ni las piernas.

Svengard abrió los ojos.

Por un momento no consiguió situarse, después comprendió que por encima de él había un techo bajo, una luz en una esquina, con un microfono y un botón de llamada de emergencia al lado. Le parecía que el techo iba a caer sobre él y percibió una silueta borrosa a su derecha... una pierna extendida. La única luz desprendía un destello amarillento que apenas disipaba la oscuridad.

El botón rojo empezó a parpadear y una luz roja se encendía y apagaba de forma intermitente.

—¡Punto de Control! —susurró Igan—. ¡Todos en silencio!

Notaron que el furgón aminoraba la marcha. Su suspensión de aire era cada vez más mullida. Las turbinas amortiguaron el ruido. El vehículo se detuvo y las turbinas produjeron un murmullo al pararse.

La mirada de Svengard recorrió el recinto. Una banqueta sobre su cabeza, a la derecha..., dos personas sentadas. De un extremo de banco sobresalía un afilado perfil metálico. Despacio, sin hacer ruido, Svengard dirigió la cabeza hacia el saliente metálico y frotó contra él la mordaza. Hizo un ligero movimiento y la rasgó. El filo le produjo una herida en la mejilla, pero hizo caso omiso. Otro ligero tirón y la mordaza bajó un poco más. Echó un vistazo a su alrededor y vio el rostro de Lizbeth por encima de él, a la izquierda, con los ojos cerrados y la boca cubierta por las manos. Alrededor de ella flotaba una sensación de terror contenido.

Svengard volvió a girar la cabeza.

Se oían voces a lo lejos, preguntas y respuestas. Lizbeth apartó las manos y mostró los labios, que se movían sin emitir sonido alguno.

El rumor de voces había cesado.

Con lentitud, el furgón se puso en marcha. Svengard agitó la cabeza, y la mordaza se desprendió. La escupió y gritó:

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Estoy prisionero! ¡Ayuda!

Igan y Boumour dieron un salto.

—¡No! ¡Oh, no! —gritó Lizbeth.

Harvey se abalanzó sobre Svengard y le dio un puñetazo en la mandíbula mientras le tapaba la boca con la otra mano. Todos permanecieron en su sitio, en agónico silencio, mientras el furgón ganaba velocidad.

Igan respiró tembloroso y observó a Lizbeth, que tenía los ojos muy abiertos. A través del micrófono les llegó la voz del chófer:

—¿Qué ocurre? ¿No pueden guardar la menor precaución?

El tono de voz, desapasionado y acusador, hizo que a Harvey se le helara la sangre. Entonces sintió curiosidad por el conductor, ¿por qué empleaba tal actitud aquel ser en lugar de informarles si habían corrido peligro? Svengaard permanecía tendido a sus pies. Sintió el vivo deseo de estrangular al médico de inmediato, casi notó sus manos alrededor de la garganta del hombre.

—¿Nos han oído? —susurró Igan.

—Al parecer, no —respondió el chófer—. Ni rastro de persecución. Doy por supuesto que no van a permitirse otro lapsus semejante. Por favor, informen de lo ocurrido.

—Svengaard despertó antes de lo que esperábamos.

—Estaba amordazado.

—Pues... consiguió liberarse de la mordaza.

—Tal vez deberían matarle. Es evidente que no va a aceptar nuestra causa.

Harvey se apartó de Svengaard. Ahora que el Cyborg había hecho la sugerencia, ya no se sentía con ánimos de matarle. ¿Qué era aquel ser que estaba en la cabina del furgón? Los Cyborg acostumbraban a parecer todos iguales, una personalidad de ordenador, una lógica muy por encima de la humana. Pero aquélla parecía aún más alejada.

—Nosotros... vamos a decidir qué debemos hacer —dijo Igan.

—¿Está Svengaard bajo control de nuevo?

—Nos hemos ocupado de él.

—No gracias a usted —acusó Harvey, mirando a Igan—. Lo tenía justo al lado.

Igan empalideció. Recordó la sensación de pánico que le había impedido moverse. Le invadió la rabia. ¿Qué derecho tenía aquel inculto a poner en entredicho a un cirujano?

—Lamento no ser un hombre de acción —le contestó con frialdad.

—Pues será mejor que aprenda —replicó Harvey. Notaba la mano de Lizbeth sobre su hombro y dejó que le hiciera volver a sentarse—. Si tiene más líquido de ese que deja fuera de combate, será mejor que le suministre otra dosis antes de que vuelva en sí.

Igan reprimió una respuesta aguda.

—En la bolsa que está bajo su asiento —señaló Boumour. Era una sugerencia acertada.

Inexpresivo, Igan se agachó para sacar una ampolla e inyectó su contenido a Svengaard.

De nuevo rugió la voz del chófer:

—¡Atención! Aunque no observemos una reacción inmediata y visible, no debemos suponer que no hayan escuchado la llamada de socorro. Voy a iniciar el Plan Gamma.

—¿Quién es ese chófer? —murmuró Harvey.

—No sé a quién programaron —dijo Boumour. Observó a Harvey. Habla sido una pregunta oportuna. El conductor mostraba una conducta extraña, incluso para los ya anormales Cyborg. Habían dicho que el conductor sería un ordenador réflex programado, una máquina destinada a conseguir su huida. ¿A quién habrían elegido?

—¿Qué es el Plan Gamma? —susurró Lizbeth.

—Abandonamos el itinerario de huida previsto —informó Boumour.

Se quedó mirando fijamente la pared de enfrente. Abandonaban el itinerario previsto..., esto significaba que quedaban a merced de la habilidad del Cyborg encargado de los mandos... y de los miembros de los Clandestinos que quedaran con vida. Y cualquiera de los grupos podía haberse vendido. El natural temperamento estoico de Boumour empezó a flaquear.

—¡Conductor! —gritó Harvey.

—Silencio —ordenó el chófer.

—Siga el plan previsto —dijo Harvey—. Ellos tienen los medicamentos para que mi mujer...

—La seguridad de su mujer no es un factor primordial —objetó el chófer—. Los elementos que cubren el itinerario no deben ser descubiertos. No me distraiga con sus objeciones. Se va a llevar a cabo el Plan Gamma.

—Ya ve qué fácil —comentó Boumour, al tiempo que Harvey se balanceaba hacia delante sujetándose con una mano al banco—. ¿Qué puede hacer usted, Durant?

Harvey cayó en el banco y buscó algo donde apoyarse. Encontró la mano de Lizbeth. Ella la apretó.

—Espera. ¿No has visto a los doctores? *También* ellos están asustados... y preocupados.

—Yo estoy preocupado por ti —indicó Harvey. *Así que la seguridad de ella y, según parece, la nuestra no son el factor primordial, pensó Boumour. ¿Y cuál es entonces? ¿Qué programa obedece nuestro ordenador?*

De los tres Tuyere, sólo Nourse ocupaba un trono en el Globo de Vigilancia. Estaba absorto en los rayos, las luces parpadeantes y los indicadores, los puntos luminosos que informaban sobre los asuntos de los Folk. Una de las luces le indicó que era de noche en su hemisferio, la oscuridad se extendía desde Seatac hasta la megapolis de Nueva Escocia. Contempló la oscuridad física como un augurio de acontecimientos terroríficos y deseó que Schruille y Calapina hubieran regresado.

Se encendió la pantalla de informes visuales. Nourse la observó de frente al descubrir que aparecía Allgood. El jefe de Seguridad saludó a Nourse.

—¿De qué se trata? —preguntó Nourse.

—El punto de control Este informa de un furgón con carga que acaba de pasar, Nourse. Las turbinas llevaban mecanismos amortiguadores que hemos descubierto. Ocultaban respiración humana; cinco personas escondidas entre los embalajes. Alguien gritó cuando el furgón volvía a ponerse en marcha. Siguiendo sus instrucciones, colocamos un señalizador en el vehículo y lo seguimos. ¿Cuáles son las órdenes?

*Ya empieza, pensó Nourse. Y precisamente ahora que estoy solo.*

Nourse observó los instrumentos que señalaban los puntos de control. Seatac Este. El furgón se movía en puntos continuos por la pantalla. Comprobó los binarios facilitados que describían el incidente, los comparó con un análisis motivacional del plan global. Las similitudes probables que suministraban le llevaron a una sensación de fracaso.

—Hemos identificado las voces, Nourse —prosiguió Allgood—. La grabación comparada nos informa de que eran...

—Svengaard y Lizbeth Durant —concluyó Nourse.

—Donde esté ella, ahí encontraremos a su marido —dijo Allgood.

Aquellas nimias declaraciones lógicas empezaban a fastidiar a Nourse. Disimuló su estado de ánimo y observó que Allgood había pasado por alto el nombre del Optiman a quien se dirigía. Era un detalle pequeño pero relevante, ya que al parecer Allgood no se había dado cuenta de la omisión.

—Todavía hay dos sin identificar —precisó Nourse.

—Podemos hacer una suposición... Nourse.

Nourse comprobó las probabilidades.

—Dos de nuestros farmacéuticos rebeldes.

—Uno podría ser Potter, Nourse.

Nourse negó con la cabeza.

—Potter sigue en Seatac.

—Tal vez disponen de un tanque portátil, Nourse, y llevan al embrión consigo —

sugirió Allgood—, pero no hemos conseguido confirmarlo.

—No obtendrás señales del mecanismo —dijo Nourse—. Y aun suponiendo que las oyeras, no podrías identificarlas.

Nourse contempló los escáneres. Todos allí. Día o noche, los canales de supervisión estaban al completo. *Ellos saben lo que quiero decir, pensó. ¿Están contrariados, o se trata sólo de otro aspecto interesante de la violencia?*

Como había previsto, Allgood dijo.

—No acabo de entender lo que pretende, Nourse.

—No es necesario —contestó Nourse. Observó el rostro de la pantalla. Parecía joven, pero Nourse había empezado a darse cuenta de una cosa: en la Central no había juventud. Incluso en los sirvientes Sterries se comprobaba a simple vista. De repente se vio igual que los Folk, observándose unos a otros buscando pruebas de envejecimiento, confiando en salir airoso de la comparación.

—¿Qué instrucciones das, Nourse? —preguntó Allgood.

—La llamada de socorro de Svenggaard demuestra que está prisionero —reflexionó Nourse—. Pero no debemos desechar la posibilidad de que sea una treta. —Su voz sonaba resignada y cansada.

—¿Hay que destruir el furgón, Nourse?

—Destruir... —Nourse sintió un escalofrío—. No, todavía no. Manténlo bajo vigilancia. Da la señal de alerta general. Tenemos que descubrir hacia dónde se dirigen. Todos los contactos que hagan deben quedar registrados.

—Si se nos escapan, Nourse, podría...

—¿Has cancelado la prescripción de enzimas necesarias?

—Sí, Nourse.

—Entonces, no podrán ir muy lejos.

—Como tú digas, Nourse.

—Puedes retirarte.

Cuando la imagen hubo desaparecido, se quedó contemplando la pantalla durante un rato. ¿Destruir el furgón? Sería el fin. Entonces comprendió que deseaba que el juego no terminara... nunca. Una sensación de júbilo se apoderó de él.

El segmento de entrada al globo se abrió a sus espaldas. Entró Calapina, seguida de Schruille. Avanzaron por la pasarela hasta sus troncos en el estrado triangular. Nadie habló. Se mostraban reservados, tranquilos. Mientras miraba a sus colegas, Nourse pensó en una tormenta contenida, que no les iría mal del todo.

—¿Aún no es hora? —preguntó Calapina. Nourse suspiró.

Schruille activó el sensor de contacto con los escáneres de las montañas. En las pantallas apareció la luz de la luna, el trino de pájaros nocturnos y el crujir de hojas secas. A lo lejos, en las colinas, líneas de luces delineaban las costas y puertos de megápolis así como las redes de emisoras espaciales.

Calapina contempló el espectáculo, y le hizo pensar en joyas y chucherías, los juguetes del ocio. Durante varios siglos no había caído en semejante frivolidad. ¿Por qué tengo que pensar en eso ahora? Estas luces no son juguetes.

Nourse examinó las pirámides binarias, los repetidores mostraban el curso normal de las actividades de los Folk en la megápolis.

—Todo es normal... y está preparado —indicó.

—¡Normal! —bufó Schruille.

—¿Quién de nosotros lo hace? —murmuró Calapina.

—Yo vi la necesidad antes —dijo Schruille—. Yo lo haré. —Tiró de una anilla que había en el brazo del trono, y al mismo tiempo se horrorizó de la simplicidad de la acción. Había tenido a su alcance durante toda una eternidad aquella anilla y los poderes que eso implicaba: un enlace con aparatos insensibles. Lo único que requería era tan sólo un sencillo movimiento y el deseo que guiara la mano.

Calapina observó la escena en las pantallas... luz de luna en las colinas, la megapolis al otro lado, un juguete viviente supeditado a sus caprichos. El último grupo de personal especial ya se había marchado. Los objetos irremplazables que podían estropearse estaban bajo protección. Todo estaba preparado y perdido.

Empezaron a aparecer llamaradas entre el collar de luces... llamas de un color amarillo dorado. Las pantallas de los Tuyere se desenfocaron debido a las vibraciones de los escáneres lejanos. Las luces empezaron a apagarse. En toda la región, las luces desaparecían, por grupos y de una en una. Una niebla verde velaba la imagen, llenando los valles y cubriendo las colinas.

Ya no había luces. Sólo quedaba la bruma verde que continuaba extendiéndose.

Schruille observaba los datos, los informes objetivos que sólo contabilizaban, suministraban cifras, restas... ceros. Nada mostraba a los Folk muriendo en los túneles y casas, en las calles..., en sus lugares de trabajo... mientras jugaban.

Nourse estaba llorando.

*Están muertos, todos muertos, pensó. Muerte.* La palabra le resultó extraña, inaplicable a personas. Era una característica que podía aplicarse a bacterias... o a semillas. Se esterilizaba un área antes de hacer crecer hermosas flores. *¿Por qué lloro?* Intentó recordar si había llorado antes. *Tal vez hubo un tiempo en que lo hacía,* pensó. *Pero hace ya tanto. Tanto... tiempo... lloré.* Eran palabras sin sentido. *Éste es el problema de la vida eterna. A fuerza de repetición, todo pierde su significado.*

Schruille observaba la niebla verde en las pantallas. *Unas pocas reparaciones y podremos enviar nuevos Folk, pensó, repoblaremos con Folk de diseño más perfecto.* Entonces se preguntó dónde obtendrían el diseño más perfecto. Los análisis indicaban que Seatac no era un problema aislado. Los síntomas se repetían en todas partes.

Ahora veía el fallo. Se debía al aislamiento de una generación a otra. La carencia de tradiciones y de continuidad se había convertido en una obsesión para los Folk...

porque al parecer se transmitían a pesar de todas las represiones. Los refranes de los Folk afloraban para revelar la profunda corriente subterránea.

Schruille citó para sí: *Cuando Dios creó el primer hombre insatisfecho, lo puso fuera de la central.*

*Pero nosotros creamos a los Folk, pensó, ¿por qué creamos hombres descontentos?*

Se dio la vuelta y vio que Calapina y Nourse lloraban.

—¿Por qué lloráis? —preguntó. Ellos no contestaron.

Donde terminaba la última ruta aérea, el furgón tomó el desvío que salía del túnel excavado en la montaña y continuó por el camino de Lester. Descendía por una serie de viejas galerías hasta la reserva del desierto y los lugares de reunión de los reproductores de permiso, a lo largo de una vía con cámara de aire. Aparte de la luna y el rayo reflector del furgón, no se veían otras luces.

Se cruzó con ellos un autobús ocupado por parejas silenciosas y malhumoradas porque su permiso de reproducción había terminado, que regresaban a la megápolis.

Si alguno de ellos se hubiera fijado en el furgón, lo hubiera confundido con un transporte de suministros a la Colonia.

En la curva de un terraplén, debajo de la Colonia de Hogares, el Cyborg hizo una serie de maniobras con el mecanismo de elevación. Los neumáticos se hicieron más angostos, la blandura cedió y las turbinas rugían como si estuvieran a punto de estallar. El furgón abandonó la vía.

Dentro del cajón, Harvey Durant sujetaba con una mano el banco y con la otra a Lizbeth mientras el vehículo daba tumbos sobre los viejos raíles de un antiguo ferrocarril fuera de uso. Atravesó una barrera de alisos y giró por una pista que continuaba a la derecha y en sentido ascendente entre matas de boj y rododendros.

—¿Qué ocurre? —gimió Lizbeth.

Se oyó la voz del conductor por el altavoz:

—Hemos dejado el camino. No hay nada que temer.

*Nada que temer*, pensó Harvey. La idea le pareció tan ridícula que se vio obligado a reprimir una carcajada producto de la histeria.

El chófer había apagado todas las luces exteriores y ahora se guiaba por la luna y su visión por infrarrojos.

La visión aumentada del Cyborg mostraba la pista como una serpiente entre los matorrales. El vehículo siguió por aquel camino durante dos kilómetros, dejando tras él una polvareda de hojas, hasta un punto donde se cruzaba con una carretera de patrulleros forestales, una senda con sauces y helechos muertos por el paso de los vehículos patrulleros. Aquí giró a la derecha silbando como un monstruo prehistórico, subió una loma, descendió por la otra pendiente y ascendió hasta la cima de otra montaña, donde se detuvo.

Las turbinas quedaron en silencio y el vehículo frenó en seco. Salió el conductor, una figura compacta con piernas cortas y brazos metálicos adaptados para las necesidades del momento. Un panel lateral se desplazó y el Cyborg comenzó a descargar, lanzando los cajones por encima de los arbustos de cicuta a un profundo barranco.

Dentro del compartimento, Igan se levantó de golpe y dijo a través del micrófono:



—¿Dónde estamos?

Silencio.

—Ha sido una estupidez —dijo Harvey—. ¿Cómo sabe el motivo de que se haya detenido?

Igan ignoró el insulto. Al fin y al cabo, venía de boca de un imbécil a medio civilizar.

—Se le oye mover cajas —contestó Igan. Se inclinó por encima de Harvey y golpeó la pared del furgón—. ¿Qué pasa ahí fuera?

—¡Oh, siéntese! —exclamó Harvey. Le dio un empujón. El cirujano se tambaleó y cayó sobre el banco opuesto.

Igan se disponía a devolver el golpe, tenía la cara encendida de ira y los ojos centelleantes. Boumour le retuvo y le aconsejó:

—Serenidad, amigo Igan.

Igan permaneció en su sitio. Poco a poco, recobró el aspecto paciente.

—Es extraña —comentó— la forma en que se imponen las emociones a pesar de...

—Se le pasará —dijo Boumour.

Harvey encontró la mano de Lizbeth, la apretó e indicó:

—*El pecho de Igan es convexo y duro. Lo he notado al darle el empujón.*

—*¿Crees que es un Cyborg?*

—*Respira con normalidad.*

—*Y siente emociones. He leído miedo en él.*

—*Sí... pero...*

—*Debemos ir con cuidado.*

—Debería tener más confianza en nosotros, Durant. El doctor Igan dedujo que nuestro chofer no descargaría, a menos que estuviera seguro de no correr ningún riesgo —dijo Boumour.

—¿Cómo sabemos que es el quien trajina? —preguntó Harvey.

Una mirada de cautela apareció en los ojos de Boumour. Harvey la advirtió y sonrió. —*Harvey* —indicó Lizbeth—, *¿no pensarás que...?*

—*Es el chófer, puedes estar tranquila* —señaló Harvey—. *Puedo percibir el olor a campo en el aire. No se han oído ruidos de lucha. No se puede eliminar a un Cyborg sin pelea.*

—*Pero ¿dónde estamos?*

—*En las montañas* —contestó Harvey. —*Teniendo en cuenta el movimiento durante el viaje, estamos fuera de los caminos habituales.*

De repente, el compartimento dio una sacudida y se deslizó. La luz se había apagado. En la oscuridad, la pared que había a espaldas de Harvey cayó. Sujetó a Lizbeth, se dio la vuelta y observó... luz de luna... el conductor, una sombra

corpulenta contra el panorama lejano de la megápolis con sus puntos de luz. La luna hacía brillar las copas de los árboles a sus pies y se percibía el olor penetrante, húmedo, resinoso del musgo. La naturaleza guardaba silencio como si esperara, analizando la intrusión.

—Fuera —ordenó el conductor.

El Cyborg se dio la vuelta. Harvey reconoció las facciones iluminadas por la luz de la luna y exclamó:

—¡Glisson!

—Felicidades, Durant —contestó Glisson.

—¿Por qué usted? —preguntó Harvey.

—¿Por qué no? —replicó Glisson—. Ahora, salgan.

—Pero mi esposa ha... —objetó Harvey.

—Ya sé lo referente a su esposa, Durant. Ha tenido tiempo suficiente para recuperarse. Puede caminar, si no se agota.

—Ella está bien. Siéntela con cuidado y ayúdela a bajar —musitó Igan al oído de Harvey.

—Me encuentro bien —aseguró Lizbeth—. Aquí. —Pasó un brazo por encima del hombro de Harvey. Juntos bajaron.

Igan les siguió.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En algún lugar, camino de otro —contestó Glisson—. ¿Cómo está el prisionero?

—Recuperándose. Ayúdenme a bajarlo —contestó Boumour desde el interior del compartimento.

—¿Por qué nos hemos detenido? —inquirió Harvey.

—Tenemos que subir una cuesta muy empinada —aclaró Glisson—. El furgón no está hecho para eso.

Boumour e Igan pasaron por delante llevando a Svengaard y le sentaron apoyado contra el tocón de un árbol.

—Aguarden aquí mientras separo el remolque —dijo Glisson—. Pueden ir decidiendo si abandonamos a Svengaard.

Al oír su nombre, Svengaard abrió los ojos y vio a sus pies las luces lejanas de la megápolis. Le dolía la mandíbula, donde Harvey le había golpeado; la cabeza le daba vueltas. Sentía hambre y sed, y tenía las manos entumecidas por las ataduras. Las aletas de la nariz se le llenaron del olor de hojas perennes. Estornudó.

—Tal vez deberíamos librarnos de Svengaard —insinuó Igan.

—Yo creo que no —contestó Boumour—. Es un especialista, una posible ayuda. Vamos a necesitar personas cualificadas.

Svengaard buscó con la mirada el origen de las voces. Estaban al lado del furgón,

un gran rectángulo plateado con una doble cabina achatada. Per cibió un chasquido. El remolque retrocedió unos dos metros antes de detenerse junto a un montón de basura.

Glisson volvió y se puso al lado de Svengaard.

—¿Qué decidimos? —preguntó el Cyborg—. ¿Le matamos o no?

Harvey tragó saliva y Lizbeth le tomó del brazo.

—De momento nos lo llevamos —les contestó Boumour.

—Si no causa más problemas —añadió Igan.

—Siempre podemos aprovecharlo —comentó Glisson—. O intentar formar otro Svengaard y reeducarlo —afirmó al Cyborg—. No es necesario tomar una decisión ahora mismo. Ya lo pensaremos. Svengaard permaneció en silencio, helado por la ausencia de emoción en la voz de aquel hombre. *Un tipo duro y brutal, pensó, un tipo dispuesto a todo. Un asesino.*

—Entonces, llévenlo a la cabina —dijo Glisson—. Entre todos. Tenemos que... —El Cyborg se interrumpió y observó la megápolis.

Svengaard dirigió la mirada hacia las hileras de luces blancoazuladas, a lo lejos. Una llamarada parpadeante había aparecido a la izquierda. Otra detrás... una hoguera gigantesca al fondo, por encima de las montañas iluminadas por la luna. Más lenguas de fuego surgieron por la derecha. Un sonido espantoso le hizo estremecerse y arrancó una vibración del furgón metálico por simpatía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lizbeth.

—¡Quietos! —gritó Glisson—. Quietos y observen.

—¡Dioses! —murmuró Lizbeth—. ¿Pero qué es eso?

—La muerte de una megapolis —les anunció Boumour.

De nuevo el sonido hizo vibrar el furgón.

—Duele —gimió Lizbeth.

—¡Malditos sean! —Harvey la abrazó.

—Aquí arriba duele —dijo Igan, en tono glacial—. Allí abajo mata.

Empezó a aparecer una niebla verde, a unos diez kilómetros por debajo de ellos. Avanzaba como un mar de nubes, engullendo lo que encontraba a su paso: colinas, luces, las llamas amarillas.

—¿Cree que utilizarán la niebla de la muerte? —preguntó Boumour.

—Estamos seguros —contestó Glisson.

—Lo supongo —dijo Boumour—. Van a esterilizar el área.

—¿Qué es? —preguntó Harvey.

—Sale de las conducciones de aire por las que administraban el gas contraceptivo —informó Boumour—. Una partícula... y es el fin.

Igan se dio la vuelta y miró a Svengaard.

—Ellos son los que nos aman y se preocupan por nosotros —se burló.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Svengard.

—¿Acaso no lo oye? ¿No lo ve? Sus amigos, los Optimen, están esterilizando Seatac. ¿Tenía amigos allí?

—¿Amigos? —Svengard hablaba con voz entrecortada. Miró la bruma verde. Las lejanas luces se habían apagado.

Otra vez las ondas expansivas llegaron a ellos, sacudieron el suelo y el furgón.

—¿Qué piensa de *ellos* ahora? —le acució Igan. Svengard negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. Se preguntó por qué no tendría un mecanismo de desconexión para evitar aquel espectáculo. Se sentía prisionero de unas emociones que habían ido mucho más allá de cualquier otra experiencia anterior... una aberración permitida. Sus sentidos le engañaban, eso era. Se trataba de un caso especial de autoengaño.

—¿Por qué no me responde? —dijo Igan.

—Déjele en paz —intervino Harvey—. Todos sufrimos nuestros fracasos. ¿No tiene usted sentimientos?

—Lo está viendo y no lo cree —dijo Igan.

—¿Cómo han podido hacerlo? —murmuró Lizbeth.

—Autoconservación —gruñó Boumour—. Un instinto que, al parecer, nuestro amigo Svengard no posee. Tal vez lo formaron así.

Svengard continuaba contemplando la nube verde. Flotaba silenciosa y furtiva. La gran extensión de oscuridad donde antes había luz y vida le hizo darse cuenta de su propia mortalidad. Pensó en sus amigos, los compañeros del hospital, los embriones, su compañera.

Todo destruido.

Se sentía vacío, incapaz de sentir ninguna emoción, ni siquiera de dolor. Sólo podía preguntarse: ¿Cuál ha sido el propósito?

—A la cabina —ordenó Glisson—. Al suelo, en la parte posterior.

Manos poco amables levantaron a Svengard. Identificó a Boumour y a Igan. El aspecto impasible del conductor le intrigaba. Nunca antes había conocido a un ser humano capaz de tanta indiferencia.

Le empujaron al suelo de la cabina. El borde afilado del brazo de un asiento se le clavó en el costado. Varios pies le rodeaban. Alguien le dio un puntapié en el estómago y se echó hacia atrás.

Las turbinas se pusieron en marcha y una puerta se cerró. Otra vez en marcha.

Svengard quedó sumido en una especie de estupor.

Lizbeth, sentada en un banco que había sobre el, suspiró. Al oírla, Svengard sintió cierta compasión, su primer sentimiento desde la conmoción que le había causado la muerte de la megapolis.

¿Por qué lo han hecho?, se preguntó. ¿Por qué? En la oscuridad, Lizbeth aferró la

mano de Harvey. Un rayo de luna le permitió distinguir la silueta de Glisson sentado delante de ella. Los movimientos mínimos, la sensación de poder en cada uno de sus actos, la llenaron de inquietud. Le dolía y picaba la herida de la operación, pero se abstuvo de rascarse por miedo. El Servicio de Agentes había empleado mucho tiempo en cimentar la organización, engañando tanto a los Cyborg como a los Optimen. En parte lo habían conseguido gracias a la humildad. Ahora, el miedo se lo había recordado.

A través de las manos, Harvey indicó:

—*Boumour e Igan; ahora puedo leerles. Son nuevos Cyborg. Es probable que sólo en primer grado, con ordenadores implantados. Ahora se están dando cuenta del precio que deben pagar: desprenderse de las emociones humanas normales y falsearlas.* Ella pensó en aquellas palabras y les vio como Harvey los había descrito. A menudo Harvey sabía leer en las personas mejor que ella. Repitió la operación en ambos cirujanos.

—*¿Has visto?* —indicó Harvey.

—*Tienes razón. Si.*

—*Significa la ruptura total con la Central. No pueden regresar.*

—*Esto explica lo de Seatac* —indicó ella, y empezó a temblar.

—*Y que no podemos confiar en ellos* —añadió Harvey.

El furgón iniciaba la subida bordeando prados, siguiendo viejos caminos y algún lecho de río. Poco antes del alba, se desvió por un cortafuegos y entró en un bosque de pinos y cedros. Se introdujo con dificultad en un sendero, los tubos de escape levantaron una polvareda de hojas secas. Glisson frenó detrás de un viejo edificio rodeado de musgo, que tenía ventanas con cortinas. Algunos aperos entre mala hierba y con señales de no haber sido utilizados durante años se alineaban en la pared del edificio, iluminados por una solitaria luz bajo el alero.

Las turbinas quedaron en silencio. Entonces se oyó ruido de maquinaria, y al mirar descubrieron la silueta plateada de una torre con extractores, entre los árboles.

Se abrió una puerta en la esquina del edificio. Un hombre achacoso, de mandíbula cuadrada y encorvado de hombros, salió sonándose la nariz con un pañuelo rojo. Parecía anciano, su cara era una máscara de resignación.

—Es la señal. Todo está en orden... por ahora —dijo Glisson. Se apeó y al acercarse al anciano tosió.

—Mucha gente enferma en estos días —comentó el anciano. Su voz sonaba tan vieja como su rostro, resoplaba y arrastraba las palabras.

—No es usted el único que tiene problemas —contestó Glisson.

El anciano se irguió, dejó de aparentar debilidad y servilismo.

—Se supone que quieren un escondrijo —indicó—. Ignoro si aquí estarán a salvo. Ni siquiera sé si debo esconderles.

—Yo daré las órdenes —declaró Glisson—. Usted obedecerá.

El hombre estudió a Glisson durante unos instantes y después se enfureció.

—¡Condenados Cyborg! —exclamó.

—Cuidado con lo que dice —replicó Glisson con voz tranquila—. Necesitamos comida y un lugar seguro para pasar el día. Necesitaré su ayuda para ocultar este vehículo. Usted debe de conocer el terreno. Y tendrá que proporcionarnos otro medio de transporte.

—Lo mejor será desguazarlo y enterrarlo —contestó el viejo—, esto se ha convertido en un avispero, supongo que ya lo saben.

—Lo sabemos —contestó Glisson. Se dio la vuelta y retrocedió hasta el vehículo—. Vengan. Traigan a Svengaard.

Los demás se unieron a él. Boumour e Igan sujetaban al prisionero. Le habían soltado las ataduras de los pies, pero apenas podía tenerse en pie. Lizbeth caminaba con cautela, ya que no estaba segura de que la herida hubiera cicatrizado a pesar del tratamiento de urgencia de enzimas.

—Nos alojaremos aquí durante el día —anunció Glisson—. Este hombre les mostrará las habitaciones.

—¿Qué se sabe de Seatac? —preguntó Igan. Glisson miró al anciano y ordenó:

—Conteste.

—Hace un par de horas ha estado aquí un agente. Dijo que no hay supervivientes. —El viejo se encogió de hombros.

—¿Alguna noticia de un tal doctor Potter? —inquirió Svengaard.

Glisson miró a Svengaard.

—No —contestó—. ¿Qué camino tomó? Igan carraspeó, contempló a Glisson y después al anciano.

—¿Potter? Creo que estaba en el grupo que salía por los túneles de conducción eléctrica. El viejo echó una ojeada a la torre de los extractores, que cada vez se hacían más visibles a la luz del amanecer.

—Nadie salió por los túneles. Lo primero que hicieron fue cerrar los ventiladores y llenar los túneles con el gas. —Miró a Igan—. Han vuelto a ponerse en funcionamiento hace unas tres horas.

—¿Por qué le interesa tanto Potter? —preguntó Glisson, observando a Svengaard.

El médico guardó silencio.

—¡Conteste! —ordenó Glisson.

Svengaard intentó tragar saliva. Le dolía la garganta. Se encontraba entre la espada y la pared. Las palabras de Glisson le enfurecieron. Sin previo aviso, se abalanzó sobre Glisson y le propinó un puntapié.

El Cyborg se apartó con un rápido movimiento, le agarró por el pie, lo separó de los dos cirujanos, le hizo dar vueltas y le soltó. Svengaard aterrizó de espaldas, rodó

por el suelo y quedó inmóvil. Antes de que pudiera hacer el menor movimiento, Glisson ya estaba sobre él. Svengaard sollozaba.

—¿Por qué le interesa Potter? —insistió Glisson.

—¡Márchese, déjeme, déjeme! —gimió Svengaard.

Glisson se incorporó, miró a Boumour y a Igan.

—¿Entienden ustedes esto?

—Ha sido la impresión. —Igan se encogió de hombros.

—Tal vez una reacción por el shock —añadió Boumour.

A través de las manos Harvey indicó a Lizbeth:

—*Ha estado conmocionado, pero esto significa que se está recuperando. ¡Esto son los médicos! No se enteran de nada.*

—*Glisson lo sabe* —contestó ella—. *Les estaba poniendo a prueba.*

El conductor se dio la vuelta y miró a Harvey frente a frente. Los ojos penetrantes del Cyborg le aterrorizaron.

—*Cuidado* —indicó Lizbeth—. *Sospecha de nosotros.*

—Lleven a Svengaard adentro —ordenó Glisson. Svengaard levantó la vista hacia el Cyborg. Los Durant le llamaban Glisson. Sin embargo, el hombre anciano le había identificado como a un Cyborg. ¿Era posible? ¿Habían resucitado a los semihombres para volver a combatir con los Optimen? ¿Por eso habían esterilizado Seatac?

Boumour e Igan lo incorporaron y comprobaron las ataduras de las manos.

—No vaya a ser que tengamos otra sorpresa —masculló Boumour.

¿*Son ellos como Glisson?*, se preguntó Svengaard. ¿*También son medio hombres y medio máquinas?* ¿*Y los Durant?*

Svengaard percibió la humedad de las lágrimas. *Histeria*, pensó. *Estoy saliendo del estado de shock. Empezó a sentir un sentimiento de culpabilidad. ¿Por qué la muerte de Potter me afecta más que la desaparición de toda una megápolis, de mi mujer y mis amigos? ¿Qué significa Potter para mí?* Igan y Boumour le llevaron medio a rastras hacia el interior del edificio, atravesaron un pequeño recibidor y subieron dos pisos hasta llegar a una gran sala en penumbra y con vigas descubiertas en el techo. Lo dejaron caer sobre un polvoriento sofá de plástico con bordes hidráulicos que encajaban mal. La luz procedía de dos globos colgados de las vigas, que alumbraban restos de mobiliario esparcidos por la habitación y bultos de formas extrañas cubiertos por tela brillante. A la izquierda había una mesa hecha con listones. ¡Madera! Mas allá, un armazón de cama, una vieja escribanía a la que faltaba un cajón y sillas de diversos estilos. Una enorme chimenea renegrada por el hollín, con una grúa que sobresalía como una horca, ocupaba la mitad de la pared de enfrente. Toda la habitación olía a humedad y moho. El suelo crujía bajo los pies al caminar. ¡Suelo de madera!

Svengaard desvió la atención hacia las pequeñas ventanas por donde entraba la

luz del alba. Incluso con el sol en todo su esplendor, el lugar seguiría siendo lóbrego. En la habitación reinaba una tristeza que le hizo pensar en las personas sin nombre, muertas, olvidadas. Volvió a llorar. ¿Qué me ocurre?

Entonces oyó un ruido procedente del exterior.

Las turbinas del vehículo se ponían en marcha... se elevaba... se alejaba. Harvey y Lizbeth entraron en la sala.

Lizbeth miró a Svengard y a continuación a Boumour y a Igan, que se habían quedado vigilando. Con paso encogido y protector pasó por el lado de Svengard y le acarició el hombro. La mujer descubrió que lloraba, señal de humanidad, y deseó que él hubiera sido su médico. Tal vez aún hubiera una forma. Decidió preguntárselo a Harvey.

—Por favor, confíe en nosotros —le dijo ella—. No queremos hacerle daño. Son ellos quienes asesinaron a su esposa y amigos, no nosotros. Svengard se apartó.

¿Cómo se atreve a compadecerse de mí?, pensó. Pero ella había conseguido pulsarle alguna fibra sensible. Estaba conmovido.

Un silencio opresivo llenaba la habitación. Harvey acompañó a su mujer hasta una silla que estaba cerca de la mesa.

—Es madera —comentó ella asombrada, rozando la superficie—. Harvey, estoy hambrienta.

—Nos darán de comer tan pronto como se hayan librado del furgón.

Ella le apretó la mano y Svengard notó el movimiento nervioso de los dedos.

Glisson y el anciano regresaron y cerraron la puerta tras ellos. Las paredes retumbaron.

—Dispondremos de un vehículo de patrulla forestal para nuestra próxima etapa —informó Glisson—. Es mucho más seguro. Ahora hay una noticia que todos deben saber. —El Cyborg recorrió con la mirada los rostros de los presentes—. Había un señalizador oculto en la carga del furgón que abandonamos anoche.

—¿Señalizador? —preguntó Lizbeth.

—Un aparato para seguirnos la pista —contestó Glisson.

—¡Oh, no! —Lizbeth se cubrió la boca con las manos.

—No se lo muy de cerca que hayan podido seguirnos —prosiguió Glisson—. Fui modificado para este trabajo y me dejaron sin ciertos artilugios.

Es posible que sepan dónde nos encontramos ahora.

Harvey negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué...?

—¿Por qué no han hecho nada contra nosotros? —finalizó Glisson—. Es obvio. Confían en que les llevemos al centro neurálgico de nuestra organización. —Algo muy parecido a la ira apareció en la expresión del Cyborg—. Es probable que les demos una sorpresa.



En el Salón de Vigilancia, el enorme globo permanecía relativamente tranquilo. Calapina y Schruille de los Tuyere ocupaban sus tronos. El estrado giró poco a poco y les permitió observar toda la superficie. Un caleidoscopio de colores, procedente de los instrumentos, trazaba una melodía de valores sobre el rostro de Calapina; era una sinfonía de verdes, rojos y violetas.

Ella se encontraba cansada y sentía autocompasión. Algo funcionaba mal en los analizadores de enzimas. Estaba segura y pensó si los Clandestinos tendrían algo que ver.

Schruille no ayudaba. Se había reído de la sugerencia.

Allgood apareció en la pantalla funcional de Calapina. La Tuyere detuvo el estrado al recibir el saludo del jefe de Seguridad.

—Llamo para informar, Calapina.

Ella observó las ojeras, la necesidad de descanso.

—¿Les has encontrado? —preguntó Calapina.

—Están en algún lugar de la reserva, Calapina —contestó Allgood—. Deben de estar allí.

—¡Deben! —repitió con sarcasmo—. Eres un optimista, Max.

—Conocemos algunos escondrijos que pueden haber elegido, Calapina.

—Por cada uno que sepáis, tienen nueve que desconocéis.

—Tengo la zona rodeada, Calapina. Nos movemos despacio, comprobándolos todos. Están allí y les encontraremos.

—Simple parloteo —dijo, mirando a Schruille. Éste devolvió una sonrisa triste, miró a Allgood a través del reflector prismático.

—Max, ¿has averiguado el origen del embrión sustituto?

—Todavía no, Schruille.

Les observó, y su expresión reveló la confusión ante la agresividad de los Optimen.

—¿Has buscado en Seatac? —preguntó Calapina.

Allgood se humedeció los labios.

—¡Adelante! —gritó ella. *¡Ahhhh, ese miedo en los ojos!*

—Estamos registrando, Calapina, pero...

—¿Opinas que nos precipitamos? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Te comportas de forma extraña —comentó Schruille—. ¿Nos tienes miedo?

Allgood vaciló y después respondió.

—Sí, Schruille.

—¡Sí, Schruille! —le imitó Calapina. Allgood la miró. El miedo se había

mezclado con la rabia.

—Estoy tomando todas las medidas a mi alcance, Calapina.

Ella observó la exactitud de su comportamiento a pesar del miedo. Abrió los ojos con sorpresa. ¿Sería posible? Miró a Schruille para averiguar si el lo había notado.

—Max, ¿por qué nos has llamado? —preguntó Schruille.

—Para... informar, Schruille.

—No has informado de nada.

Dubitativa, Calapina echó mano de sus aparatos para hacer una prueba específica a Allgood y estudió el resultado. El horror se mezcló con la furia. ¡Un Cyborg! ¡Habían profanado a Max! ¡Su Max!

—Solamente tienes que obedecernos —sentenció Schruille.

Allgood asintió y permaneció en silencio.

—¡Tú! —exclamó Calapina. Se inclinó hacia la pantalla—. ¡Cómo has podido! ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Qué...? —se sorprendió Schruille.

Pero en el mismo instante de la pregunta, Allgood comprendió que le habían descubierto. Sabía que era el fin, lo veía en sus ojos.

—Averigüé... encontré mis dobles —balbuceó. Con un gesto furioso, Calapina soltó una de las anillas del brazo de su trono. Los ultrasonidos enviaron una onda sobre Allgood y borrarón su imagen. Desapareció.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Schruille.

—¡Era un Cyborg! —contestó, indicando la prueba en los aparatos.

—¿Max? ¿Nuestro Max? —Miró los gráficos y asintió.

—Mi Max —suspiró ella.

—Pero si el te veneraba, te amaba.

—Ahora ya no importa —murmuró. Apagó la pantalla y siguió contemplándola. Ya estaba olvidando el incidente.

—¿Te gusta mucho la acción directa? —preguntó Schruille.

Ella le miró por el reflector. *¿Me gusta la acción directa? Había en realidad cierta diversión en... la violencia.*

—Ahora no tenemos a Max —recordó Schruille.

—Activaremos a un doble —replicó Calapina—. Seguridad puede funcionar sin él.

—¿Activar a un doble? Igan y Boumour ya no están con nosotros. Hand, el farmacéutico, se marchó.

—¿Qué le ocurre a Nourse?

—Un problema de enzimas —respondió con un tono de regocijo en la voz—. Comentó algo sobre la necesidad de modificación en la receta. Supongo que se trata de derivados hormonales de bonellia.

—Nourse puede despertar al doble. —Por un instante no recordó para qué querían un doble—. Ah, sí, Max se había ido.

—No es sólo una cuestión de activar al doble de Max —declaró Schruille—. No son tan eficaces como antes, ya sabes. El nuevo Max debe ser entrenado para su trabajo, someterlo a una lenta adaptación. Pueden pasar semanas... meses.

—Pues uno de nosotros puede hacerse cargo de Seguridad.

—¿Crees que estamos preparados?

—Hay cierta emoción en la tarea. No me importa reconocer que he estado muy aburrida durante los últimos cien años. Pero ahora, ahora me siento viva, dinámica, despierta, fascinada. —Calapina levantó la vista hacia las cámaras, toda una batería, que indicaban que los otros Optimen controlaban las actividades del Salón de Vigilancia—. Y no estoy sola en este negocio.

Schruille contempló el círculo que formaba la pared interior del globo.

—La vida —murmuró—, pero... Max... está muerto.

Entonces ella lo recordó y dijo.

—Cualquier Max puede ser sustituido. Estás muy contundente hoy, Schruille. Has hablado dos veces de muerte.

—¿Contundente yo? —Negó con la cabeza—. Yo no he *borrado* a Max.

Ella rió a carcajadas.

—¡Mis propias reacciones me estremecen!

—¿Has notado cambios en tu demanda de enzimas?

—Algunos. ¿Y qué? El tiempo lo cambia todo. Es parte de la existencia. Hay que hacer reajustes.

—En efecto.

—¿Dónde encontrarían un sustituto para el embrión Durant? —preguntó Calapina, evitando aquel tema.

—Tal vez el nuevo Max pueda descubrirlo.

—Debe hacerlo.

—De lo contrario, ¿crearás otro Max?

—No te burles de mi, Schruille.

—Jamás me atrevería.

Calapina le miró recelosa.

—¿Y si ellos fabricaron su propio embrión para la sustitución? —preguntó Schruille.

—¡En nombre del infinito! ¿Cómo?

—El gas contraceptivo puede filtrarse.

—¡Eres asqueroso!

—Ah, ¿sí? ¿No te has preguntado qué nos estaba ocultando Potter?

—¿Potter? Ya sabemos lo que ocultaba.

—Una persona dedicada a la conservación de vida... es lo que es. ¿Cuál era su secreto?

—Potter ya no existe.

—Pero ¿cuál era su secreto?

—¿Crees que sabía el origen de... la injerencia exterior?

—Tal vez. Y él sabía dónde encontrar el embrión.

—Entonces, el registro mostraría el origen, como dijiste tú mismo.

—Lo he estado reconsiderando.

—No es posible.

—¿Qué lo haya pensado mejor?

—Ya sabes a qué me refiero..., a lo que te ronda por la cabeza.

—Sin embargo, es posible.

—¡No lo es!

—Eres testaruda, Cal. Una mujer debería ser la última persona capaz de negar tal posibilidad.

—De verdad, eres repugnante.

—Sabemos que Potter encontró un viable autosuficiente. Pueden tener muchos... masculinos y femeninos. La historia nos ha confirmado la competencia de esa unión rudimentaria. Es parte natural de nuestros ancestros.

—Eres horrible.

—Puedes enfrentarte al concepto de la muerte, pero no a éste. Qué interesante.

—Es horroroso.

—Pero posible.

—¡El sustituto no era autoviable!

—Razón de más para que lo sacrificaran por el otro, que si lo era.

—¿Dónde encontrarían los dispositivos del tanque, los productos químicos, las enzimas, los...?

—Donde siempre han estado.

—¿Qué?

—Devolvieron el embrión Durant al seno de la madre. Podemos estar seguros. ¿No sería igualmente lógico dejar el embrión dónde había empezado, no extraerlo, no aislar los gametos en un tanque?

Calapina se quedó sin habla. Notaba un sabor amargo en la boca. Comprendió, atónita, que estaba a punto de vomitar. *Algo va mal en mi equilibrio de enzimas*, pensó.

—Voy a la farmacia, Schruille. No me encuentro bien.

—Faltaría más. —Schruille observó las cámaras vigilantes.

Con delicadeza, Calapina se levantó e hizo deslizar la pasarela. Antes de salir miró hacia el estrado recordando vagamente. *¿Qué Max ha sido borrado? Hemos*

*tenido tantos... era un prototipo estupendo para Seguridad Pensó en los otros, un Max detrás de otro y otro, cada uno relegado cuando su aspecto empezaba a molestar a sus amos. Se alargaban hasta el infinito, como imágenes en un sistema de espejos sin final.*

*¿Qué significarla la desaparición para seres como Max? Yo soy la continuidad ininterrumpida de la existencia. Un doble no tiene recuerdos. Un doble rompe la continuidad.*

*A menos que las células recuerden. Memoria... células... embriones...*

Pensó en el embrión dentro de Lizbeth Durant. Repugnante, pero sencillo. Tan sencillo. Algo le ascendía por la garganta; se dio la vuelta y bajó a la Sala del Consejo. Corrió a la salida de farmacia más cercana, al tiempo que apretaba la mano que había asesinado a Max y había contribuido a arrasar una megápolis.

—¡Está mal! ¡Se lo aseguro!

Harvey se inclinó sobre Igan para despertarle. Estaban en una estrecha habitación con paredes de tierra apisonada, techo con vigas de material sintético y un foco amarillo en una esquina. En dos camastros dormían Igan y Boumour; en otro, Svengaard, y había otros dos vacíos.

—¡Venga enseguida, por favor! —rogó Harvey—. ¡Ella es tá mal!

Igan gruñó y se incorporó. Al mirar el reloj comprobó que en la superficie era casi de noche. Se habían arrastrado hasta allí al despuntar el día, después de toda una noche de caminar detrás de un guía a través de interminables senderos forestales. Igan todavía estaba dolorido por el esfuerzo.

¿Lizbeth, enferma?

Habían transcurrido tres días desde la implantación del embrión. Las demás habían cicatrizado con rapidez, pero no habían tenido que soportar una noche dando trapiés entre caminos forestales.

—Por favor, dése prisa —suplicaba Harvey.

—Ya voy —contestó Igan, y dijo para sí: *cómo ha cambiado el tono de voz ahora que me necesita.*

Boumour se incorporó.

—¿Me necesitan? —se ofreció.

—Espere a Glisson —contestó Igan.

—¿Dijo adónde iba?

—En busca de otro guía. Pronto oscurecerá.

—¿Acaso no duerme nunca? —les preguntó Boumour.

—¡Por favor! —rogó Harvey.

—¡Ya va! —le espetó Igan—. ¿Qué síntomas tiene?

—Vómitos... dice incoherencias.

—Deje que coja el maletín. —Igan levantó una bolsa negra del suelo y echó una ojeada a Svengaard. La respiración del hombre seguía el ritmo regular del narcótico que le habían suministrado antes de acostarse. Había que tomar una decisión respecto a Svengaard. Les estaba retrasando. Harvey tiró de la manga de Igan.

—Ya voy, ¡ya voy! —gritó Igan. Se soltó el brazo y siguió a Harvey a través de una abertura hasta una habitación similar a la anterior. Lizbeth yacía sobre un camastro bajo una lámpara. Se quejaba.

Su marido se arrodilló a su lado.

—Estoy aquí.

—Harvey —susurró—. Oh, Harvey.

Igan se acercó y sacó un medidor de constantes de la bolsa. Lo presionó sobre la

nuca y leyó el indicador.

—¿Dónde le duele? —preguntó.

—¡Ohhh! —gimió ella.

—Por favor —le suplicó Harvey a Igan—, haga algo.

—Apártese —le ordenó Igan.

Harvey se levantó y retrocedió unos pasos.

—¿Qué tiene?

Igan no le hizo el menor caso, colocó sobre la muñeca de Lizbeth un aparato con ventosa y tomó la presión.

—¿Algo va mal? —insistió Harvey.

Igan desconectó los instrumentos y los devolvió a la bolsa.

—Todo correcto.

—Pero ella...

—Es normal. La mayoría de las anteriores pacientes reaccionaron de la misma manera. Se trata de un ajuste del sistema enzimático.

—No hay...

—¡Cálmese! —Igan se incorporó y observó a Harvey—. Apenas requiere asistencia médica, muy pronto no necesitará ni eso. Está mejor que usted. Podría entrar ahora mismo en una farmacia y no le suministrarían ni una triste receta.

—Entonces, ¿por qué...?

—Es el embrión. Se compensa de forma automática para protegerse.

—¡Ella se encuentra mal!

—Un pequeño desajuste glandular, eso es todo. —Igan recogió la bolsa—. Forma parte del proceso al viejo estilo. El embrión solicita la producción de esta o aquella sustancia. Ella la fabrica y el proceso ocasiona algunos trastornos en el organismo de la madre.

—¿No puede hacer nada por ella?

—Claro que sí. Dentro de poco tendrá apetito. Le daré algo para sosegar el estómago y podrá comer. Suponiendo que puedan darnos algo en este agujero.

—¿Harvey? —gimió Lizbeth.

Él se arrodilló a su lado y le tomó las manos.

—Dime.

—Me encuentro fatal.

—Te darán algo en cuestión de minutos.

—¡Ohhhh!

Harvey miró a Igan con odio.

—En cuanto sea posible —contestó Igan—. No se preocupe, todo esto es normal.

—Se dio la vuelta y regresó a la otra estancia.

—¿Qué me pasa? —susurró Lizbeth.

—El embrión, ¿no has oído?

—Sí. Tengo dolor de cabeza.

Igan volvió a entrar con una cápsula y un vaso de agua en las manos.

—Tome esto. Aliviará su estómago.

Harvey la ayudó a sentarse y la sujetó mientras tomaba el medicamento.

Ella dio un suspiro tembloroso y devolvió el vaso.

—Perdone que sea tan...

—No tiene importancia —contestó Igan—. Harvey, será mejor que la lleve a la otra sala. Glisson volverá dentro de poco con alimentos y un guía.

Harvey ayudó a su mujer a levantarse y la sujetó mientras seguían a Igan hasta la otra habitación. Encontraron a Svenggaard sentado, mirándose las manos atadas.

—¿Ha estado escuchando? —preguntó Igan. Svenggaard clavó los ojos en Lizbeth.

—Sí.

—¿Ha reflexionado sobre Seatac?

—He reflexionado.

—No estará pensando en liberarle —exclamó Harvey.

—Nos está retrasando demasiado —contestó Igan—. Y no podemos soltarle.

—Pues tal vez debería ocuparme de él —dijo Harvey.

—¿Qué propone usted, Durant? —preguntó Boumour.

—Creo que es un peligro para nosotros —replicó Harvey.

—Ajá —exclamó Boumour—. Pues la decisión está en sus manos.

—¡Harvey! —gritó Lizbeth. Pensó que se había vuelto loco. ¿Era aquélla su reacción ante la sugerencia de que fuera Svenggaard quien se ocupara de ella? Sin embargo, Harvey sabía lo que hacía.

—Si se trata de él o de mi hijo, la elección está clara.

Lizbeth le tomó de la mano e indicó:

—¿Qué *haces*? ¡*No puedes hablar en serio!*

—A propósito: ¿a qué se dedica Svenggaard? —preguntó Harvey a Igan, al tiempo que indicaba a Lizbeth—: *Espera. Observa.*

Ella recibió el mensaje.

—Es cirujano genético —respondió el mismo Harvey con desdén—. Ha existido para *ellos*. ¿Puede justificar su vida? No es un viable, no tiene identidad. Carece de futuro.

—¿Es esa su elección? —inquirió Boumour. Svenggaard miró a Harvey.

—¿Está hablando de matarme? —preguntó. Su voz, carente de emoción, sorprendió a Harvey.

—¿No protesta?

Svenggaard intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca. Observó a Harvey, midiendo la corpulencia, la musculatura. Recordó la excesiva protección masculina



en el diseño, el fallo genético que le convertía en un esclavo ante la mínima necesidad de Lizbeth.

—¿Por qué debería protestar? —replicó Svengaard—. Tiene razón y además ya ha tomado una decisión.

—¿Cómo lo hará, Durant? —preguntó a continuación Boumour.

—¿Cómo le gustaría? —soltó Harvey.

—La estrangulación no estaría nada mal —sugirió Boumour.

—La rotura de la nuca es más rápida —indicó Igan—. O una inyección. Tengo un buen surtido en la bolsa.

Harvey notó que Lizbeth temblaba. Le dio una palmadita en el hombro y se separó de ella.

—¡Harvey! —gritó desesperada.

El negó con la cabeza y se acercó a Svengaard. Igan retrocedió hasta ponerse al lado de Boumour y permaneció a la expectativa.

Harvey se arrodilló junto a Svengaard y cerró los dedos alrededor de la garganta del cirujano. Se inclinó hasta el oído opuesto a los testigos.

—Querrían verle muerto. No les importa la forma en que suceda. ¿Qué le parece? —siseó a Svengaard.

El cirujano sentía las manos en el cuello. Sabía que podía levantarlas e intentar apartar aquellos dedos, pero también sabía que no lo conseguiría. No le cabía la menor duda de la fuerza de Harvey.

—¿Qué elige? —susurró Harvey.

—¡Hágalo de una vez, hombre! —gritó ahora Boumour.

Pocos segundos antes, pensó Svengaard, estaba resignado a morir, deseaba la muerte. De pronto, aquella idea no podía estar más lejos de sus deseos.

—Quiero vivir —dijo con voz ronca.

—¿Seguro? —susurró Harvey.

—¡Sí!

—¿Le está hablando? —preguntó Boumour.

—¿Por qué quiere vivir? —inquirió Harvey en voz alta. Aflojó ligeramente los dedos, un sutil sistema de comunicación con Svengaard. Hasta alguien sin práctica podía entenderlo.

—Porque yo nunca he estado vivo —explicó Svengaard—. Quiero intentarlo.

—¿Cómo puede justificar su existencia? —preguntó Harvey, y rebajó aún más la presión. Svengaard miró a Lizbeth, comprendiendo al fin las intenciones de Harvey. Lanzó una ojeada a Boumour e Igan.

—No ha contestado a mi pregunta —intervino Boumour—. ¿Por qué parlamenta con nuestro prisionero?

—¿Ambos son Cyborg? —preguntó Svengaard.

—Sin remedio —contestó Harvey—. Sin sentimientos humanos..., o tan cerca de una máquina que no hay diferencia.

—Entonces, ¿cómo puede confiar en ellos para cuidar a su mujer?

Harvey abrió las manos.

—Ésta sería una manera de justificar mi existencia —dijo Svengaard.

Harvey apartó las manos de la garganta de Svengaard y le dio una palmada en el hombro. La mutua comprensión fue instantánea, más que un sentimiento racional era cuestión de epidermis. Svengaard sabía que tenía un aliado.

Boumour se adelantó y dijo:

—¿Piensa matarle o no?

—Nadie va a asesinarle —contestó Harvey.

—Entonces, ¿qué ha estado haciendo?

—Resolviendo un problema —dijo Harvey. Tenía la mano sobre el hombro de Svengaard, quien descubrió que podía comprender las intenciones de Harvey sólo por la presión de su mano que le decía:

—Aguarde. Calle. Deje que me ocupe de esto.

—¿Qué piensa hacer con el prisionero? —preguntó Boumour.

—Liberarle y encargarle el cuidado de mi mujer. Boumour le miró enojado.

—¿Y si no estamos conformes?

—¡Qué idiotez! —exclamó Igan—. ¿Cómo puede fiarse él, estando nosotros?

—Es un ser humano —afirmó Harvey—. Lo que haga por mi mujer será por humanidad, y no la someterá a un trato maquinal que la considere un objeto portador de un embrión.

—¡Esto son disparates! —saltó Igan. Pero al instante comprendió que Harvey conocía su auténtica identidad.

Cuando Igan se disponía a seguir hablando, Boumour levantó una mano para que guardara silencio.

—No ha indicado cómo piensa solucionar la situación si nos oponemos —dijo.

—Ustedes no son Cyborg totales —continuó Harvey—. Lo se por sus temores e incertezas. Para ustedes es algo nuevo, y están sujetos a cambios. Sospecho que todavía son vulnerables.

Boumour retrocedió inspeccionando a Harvey.

—¿Y Glisson?

—Glisson sólo quiere aliados de confianza —contestó Harvey—. Yo le voy a proporcionar uno.

—¿Cómo sabrá que puede fiarse de Svengaard? —preguntó Igan.

—Porque ustedes tienen que preguntarlo, y de esa manera delatan su incompetencia —replicó Harvey.

Les dio la espalda y empezó a desatar a Svengaard.

—La responsabilidad es suya, Harvey —dijo Boumour.

Harvey quitó las ligaduras de las manos y los pies de Svengaard.

—Voy a buscar a Glisson —anunció Igan.

Salió de la habitación.

Harvey se levantó y dijo a Svengaard:

—¿Sabe usted cómo está mi mujer?

—He oído a Igan. Todo cirujano estudia historia y los orígenes genéticos. Poseo un conocimiento teórico de su situación.

Boumour suspiró.

—Aquí tiene el maletín de Igan —señaló Harvey—. Dígame qué pasa con mi esposa.

—Así que no está satisfecho con la explicación de Igan —espetó Boumour. Parecía ofendido por la idea.

—Él dijo que era natural —replicó Harvey—. ¿Cómo puede ser natural un malestar?

—Ha tomado medicamentos —señaló Svengaard—. ¿Sabe qué eran?

—Tenían el mismo aspecto de la píldora que le suministró en el furgón. Un tranquilizante, según comentó.

Svengaard se acercó a Lizbeth, le examinó la cuenca de los ojos y el color de la piel.

—Traiga el maletín —pidió a Harvey. Llevó a Lizbeth hasta uno de los camastros vacíos y sintió grandes deseos de reconocerla. Una vez había pensado que debía de ser desagradable, pero ahora la idea de que gestara al viejo estilo le llenaba de curiosidad y emoción.

Lizbeth inquirió con la mirada a Harvey, al echarse sobre el jergón. Harvey asintió para tranquilizarla. Ella trató de sonreír, pero un miedo desconocido se había apoderado de su ser. No era por Svengaard, cuyas manos la trataban con delicadeza y le proporcionaban serenidad. Pero la perspectiva del reconocimiento la desasosegaba. Sentía el terror en lucha abierta con la droga que Igan le había administrado.

Svengaard abrió el maletín, recordando los dibujos y explicaciones de las cintas de estudio en los años de carrera. Habían sido objeto de chistes escabrosos entonces, pero incluso las bromas ahora le servirían de ayuda, ya que habían contribuido a fijar datos primordiales en su memoria.

Agárrate a la pared, porque si caes  
¡deberás aprender a gatear!

Recordaba el estribillo y las carcajadas. Svengaard se concentró en la exploración. Presión sanguínea... enzimas... producción de hormonas...

secreciones...

Frunció el ceño.

—¿Algo va mal? —preguntó Harvey.

Boumour, de pie detrás de Harvey y con los brazos cruzados, se mofó.

—Sí, haga el favor, dígalo.

—El complejo de hormonas menstruales es demasiado elevado —dijo Svenggaard.

Y pensó, *Agárrate a la pared...*

—El embrión controla los cambios —explicó Boumour, con aires de suficiencia.

—Sí —contestó Svenggaard—, pero ¿por qué se ha producido este salto en la elaboración de enzimas?

—Debido a sus conocimientos superiores, podrá decírnoslo —se burló Boumour.

Svenggaard pasó por alto el tono socarrón.

—Boumour, usted ya lo ha hecho varias veces. ¿Ha tenido algún aborto espontáneo entre sus pacientes?

Boumour frunció el ceño.

—¿Y bien?

—Pocos. —Dio la información de mala gana.

—Creo que el embrión no está bien adherido al endometrio —suspiró Svenggaard—. Al útero —añadió al comprender que Harvey necesitaba una explicación complementaria—. El embrión debe estar sujeto a la pared del útero. Las hormonas proporcionan las condiciones apropiadas durante el ciclo menstrual.

Boumour se encogió de hombros.

—Bueno, ya contamos con perder un cierto porcentaje.

—Mi mujer no es un *cierto porcentaje* —gritó Harvey.

—Son cosas que ocurren. —Observó a Svenggaard, que estaba preparando una inyección—. ¿Qué va a hacer?

—Voy a estimular con enzimas la producción de las hormonas que necesita —contestó Svenggaard. Miró a Harvey y vio que el hombre necesitaba algo de seguridad—. Es lo mejor, Durant. Tiene que causar efecto, si su sistema hormonal no se ha visto afectado por todo esto. —Levantó una mano en un ademán para referirse a la huida y al agotamiento psíquico y físico.

—Haga lo que crea conveniente —le dijo Harvey—. Se que será lo mejor.

Svenggaard puso la inyección y palmeó el brazo de Lizbeth.

—Intente descansar. Relájese. No se mueva si no es preciso.

Lizbeth asintió. Había estado «leyendo» a Svenggaard y sabía que se preocupaba por ella. Su intento de tranquilizar a Harvey la había convencido, pero existían miedos que no podía evitar.

—Glisson —murmuró.

Svenggaard interpretó sus temores de inmediato.

—No voy a permitir que la traslade hasta tener la seguridad de que no corre peligro. Tanto él como el guía deberán esperar.

—¡Él no le va a dejar! —se burló Boumour. Como para subrayar estas palabras, el suelo tembló. Cayó polvo sobre la entrada y, como si se tratara de un truco de magia, Glisson se materializó detrás del polvo, que ya empezaba a posarse de nuevo.

A la primera señal de alarma, Harvey se había lanzado al suelo al lado de Lizbeth. La había abrazado y cubierto.

Svengard seguía al lado de la mujer y del maletín.

Boumour se había dado la vuelta para mirar a Glisson.

—Ultrasonidos, ¿no?

—No —contestó Glisson. El habitual tono impersonal iba acompañado ahora por voz gangosa.

—No tiene brazos —indicó Harvey. Entonces todos se dieron cuenta. Desde los hombros del Cyborg hasta los dedos sólo se veían los encajes vacíos para las conexiones del recubrimiento.

—Nos han aislado —dijo Glisson. De nuevo el gangoso tono de voz daba a entender que algo fallaba en su interior—. Como pueden ver, estoy desarmado. ¿No les parece increíble? ¿Se dan cuenta ahora de por qué no podemos luchar abiertamente con ellos? Pueden destruirlo todo cuando quieran... a cualquiera.

—¿A Igan? —murmuró Boumour.

—Los Igan son fáciles de destruir. Lo presencié. Acéptenlo.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Harvey.

—¿Hacer? —Glisson le miró—. Esperaremos.

—Uno de ustedes consiguió burlar a todo un ejército de Seguridad para liberar a Potter —dijo Boumour—. ¿Cómo es posible que ahora sólo se le ocurra esperar?

—No estoy programado para la violencia —contestó Glisson—. Tendrán que esperar.

—¿Qué van a hacer? —murmuró Lizbeth.

—Lo que quieran —replicó Glisson.

—Ya está —dijo Calapina.

Observó a Schruille y a Nourse en los reflectores. Schruille señaló los parámetros en la pared interior del Globo.

—¿Os habéis fijado en Svengard?

—Estaba horrorizado —contestó Calapina. Schruille frunció los labios y la miró. La sesión de farmacia la había restablecido, pero se la veía deprimida. El juego de luces caleidoscópicas ponía en evidencia un cutis de color enfermizo.

Nourse levantó los ojos hacia las cámaras de observación. Toda la pared resplandecía. Sin apenas excepción, la comunidad de Optimen seguía el curso de los acontecimientos.

—Deberíamos tomar una decisión —declaró Nourse.

—Estás pálido, Nourse —comentó Calapina—. ¿Has tenido trastornos de medicación?

—No más que tú —replicó a la defensiva—. Una ligera descompensación de enzimas. Ahora ya se ha amortiguado.

—Yo digo que los traigan al momento —exigió Schruille.

—¿Con qué propósito? —preguntó Nourse—. Conocemos a la perfección los pasos de su fuga. ¿Por qué no dejarles escapar de nuevo?

—No me gusta la idea de viables autosuficientes, quién sabe cuántos, andando sueltos por ahí —contestó Schruille.

—¿Estás seguro de que podremos capturarles vivos? —inquirió Calapina.

—El Cyborg ha admitido su ineficacia contra nosotros —señaló Schruille.

—Puede ser un truco —insinuó Nourse.

—No lo creo —dijo Calapina—. Y cuando los tengamos aquí, podremos sonsacarles la información que necesitamos.

Nourse se dio la vuelta para observarla. No entendía qué le había ocurrido a Calapina. Hablaba con la insensibilidad de una mujer Folk. Algo le había despertado la agresividad.

—¿Y si disponen de medios para autodestruirse? —aventuró Nourse—. Acordaos de la enfermera de ordenador y un triste número de nuestros cirujanos que resultaron ser aliados de esos criminales. No podemos evitar que se suiciden.

—Qué cruel eres, Nourse —acusó Calapina.

—¿Cruel? —Negó con la cabeza—. Sólo quiero evitar males mayores. Eliminémosles nosotros, empecemos de cero.

—Glisson es un Cyborg completo —intervino Schruille—. ¿Te imaginas la cantidad de datos que puede revelar su banco de memorias?

—Me permito recordarte al que acompañaba a Potter —replicó Nourse—. Más

vale no arriesgarse. Esta calma puede ser una treta.

—Sugiero un narcótico de contacto en su escondite actual —propuso Schruille.

—¿Cómo sabes si causará efecto sobre los Cyborg? —preguntó Nourse.

—Entonces, que sigan huyendo —le respondió Schruille, encogiéndose de hombros—. ¿Qué más da?

—A otra megápolis —dijo Nourse—. ¿No es eso?

—Sabemos la extensión de la conspiración —contestó Schruille—. Desde luego, algunos se habían introducido aquí en la Central. Los hemos eliminado a todos, pero el...

—¡Yo digo que los detengamos ahora! —gritó Nourse.

—Estoy de acuerdo con Schruille —afirmó Calapina—. ¿Qué riesgo corremos?

—Cuanto antes les detengamos, antes podremos volver a nuestras actividades —dijo Nourse.

—Ésta es nuestra actividad —replicó Schruille.

—Te gusta la idea de esterilizar otra megápolis, ¿eh, Schruille? —se burló Nourse—. ¿Cuál esta vez? ¿Qué te parece Loovil?

—Con una me basta —respondió Schruille—. Pero no es cuestión de si me gusta o no.

—Sometámoslo a votación —propuso Calapina.

—Porque sois dos contra mí, ¿no? —objetó Nourse.

—Ella se refiere a votación general —replicó Schruille. Miró a las cámaras que observaban—. Es innegable que tenemos quórum.

Nourse observó los indicadores sabiendo que le habían atrapado. No se atrevió a oponerse a la votación general... ni a otra cualquiera. Y sus dos compañeros parecían muy seguros de sí mismos.

—Permitimos que los Cyborg intervinieran —recordó Nourse—, porque habían aumentado la proporción de viables en la reserva genética. ¿Lo hicimos para destruirla?

Schruille señaló un binario piramidal en la pantalla.

—Si nos ponen en peligro, sí. Pero el resultado son autoviables sin registrar, y su posible inmunidad al gas contraceptivo. ¿Dónde más pudieron producir el embrión sustituto?

—Si se da el caso, no les necesitamos —declaró Calapina.

—¿Destruirlos a todos? —preguntó Nourse—. ¿Todos los Folk?

—Y producir una nueva cosecha de dobles, ¿por qué no?

—Los duplicados no siempre están a nuestro alcance —objetó Nourse.

—No tenemos límite —rebató Schruille.

—Nuestro sol no es infinito —sentenció Nourse.

—Nos ocuparemos de ello cuando sea necesario —dijo Calapina—. ¿Qué

problema ves en ello? No estamos condicionados por el tiempo.

—Pero somos estériles —les recordó Nourse—. Nuestros gametos rechazan la fusión.

—Y es lo mejor —respondió Schruille—, de otra forma no lo soportaría.

—Lo único que queremos es una simple votación —dijo Calapina—. Para decidir si capturamos a una pequeña banda de criminales. ¿Por qué tenemos que iniciar todo un debate?

Nourse se disponía a hablar, pero lo pensó mejor. Sacudió la cabeza y miró a Calapina y a Schruille.

—¿Y bien? —preguntó Schruille.

—Creo que todo el problema reside en ese grupito —concluyó Nourse—. Un médico Sterrie, dos Cyborg y dos viables.

—Y Durant estaba dispuesto a matar al Sterrie —añadió Schruille.

—No —intervino Calapina—. No estaba dispuesta a matar a nadie. —De repente se sintió interesada en los razonamientos de Nourse. Su lógica y sensatez siempre la habían atraído. Schruille, al observar que ella vacilaba, gritó:

—¡Calapina!

—Todos hemos visto las emociones de Durant —dijo Nourse. Desechó el aparato que tenía delante—. No pretendía matar a nadie. Estaba... entrenando a Svengard, le hablaba con las manos.

—Al igual que hacen entre ellos, el y su esposa —exclamó Calapina—. ¡Claro!

—Dijiste que podíamos crear una nueva producción de dobles —indicó Nourse—. ¿Qué semilla vamos a utilizar? ¿Los ocupantes de Seatac, quizá?

—Podemos sacarla de las células —contestó Schruille, y se preguntó por qué se había puesto a la defensiva tan de repente—. Me he manifestado a favor de la votación. Traerles para interrogarles... o destruirles.

—No hace falta —dijo Nourse—. He cambiado de opinión. Traedles... si podéis.

—Entonces, todo arreglado —concluyó Schruille. Dio un golpe al brazo del trono—. Ya ves, es muy sencillo.

—¿Sí? —recalcó Nourse—. Entonces, ¿por qué Calapina y yo nos hemos mostrado tan reacios a utilizar la vigilancia? ¿Por qué echamos en falta los viejos tiempos en que Max nos protegía de nosotros mismos?



El Salón del Consejo no había visto una multitud semejante desde el debate sobre la legalización de experimentos limitados sobre los Cyborg, unos treinta mil años antes. Los Optimen ocupaban un arco iris de almohadones multicolores sobre las filas de bancos. Algunos iban desnudos, pero la mayoría, desconocedora de tal tradición, vestía según el capricho del momento. Había togas, faldas escocesas, trajes y gorgueras, sombreros de tres picos y hongos, taparrabos y pareos y toda una gama de prendas que se remontaban a la prehistoria.

Los que no habían podido entrar en el salón, asistían a través de las innumerables pantallas colocadas alrededor de los muros.

Apenas había despuntado el día, pero ni un solo Optimen estaba durmiendo.

El Globo de Vigilancia había sido desplazado a un lado y los Tuyere estaban situados en el banco central, al fondo de la sala. A los prisioneros se les había trasladado en un vehículo neumático y permanecían sentados sobre aquella superficie plana, inmovilizados dentro de unas corazas azules que apenas les permitían respirar.

Al mirarles desde su banco, cinco personas tan desvalidas, Calapina se permitió un poco de compasión. La mujer tenía el terror pintado en la cara, Durant mostraba una expresión de rabia, Glisson y Boumour parecían resignados y Svengard, expectante.

Sin embargo, Calapina sentía que faltaba algo. No sabía qué.

*Nourse tiene razón, pensó, estos cinco son importantes.*

Algunos Optimen de las primeras filas habían traído un campanillero, y la musiquilla se elevaba por encima de los murmullos de la muchedumbre. La algarabía pareció aumentar cuando los Optimen pidieron silencio.

A pesar del miedo, Lizbeth miró a su alrededor. Nunca había visto a un Optimen en persona; sólo en las pantallas, durante los anuncios públicos. A lo largo de toda su vida habían sido los Tuyere, aunque algunos Folk de mayor edad recordaban al trío Kagiss, los anteriores gobernantes. Le parecieron extraños y distantes. Tenía la sensación de que nada había ocurrido por casualidad, de que existía una pavorosa simetría en su presencia allí.

—Están inmovilizados —señaló Schruille—. No hay nada que temer.

—Y también aterrorizados —añadió Nourse. De repente recordó un momento de su juventud. Le habían llevado a casa de un anticuario, un hedonista que mostraba con orgullo las reproducciones de estatuas desaparecidas. Había un pez gigante, una figura de un caballo sin cabeza (una estatua muy atrevida), un monje encapuchado y un hombre y una mujer abrazados con expresión de terror. Aquella pareja le había venido a la memoria al contemplar las caras de Lizbeth y Harvey Durant. *Son, en cierto modo, nuestros padres, pensó Nourse. Procedemos de los Folk.*

De súbito, Calapina descubrió lo que faltaba. No había ningún Max. Se había ido, lo sabía, y se preguntó qué habría sido de él. Se habría hecho viejo e inútil. El nuevo Max no debía de estar aún preparado.

*Qué extraño que Max haya tenido que desaparecer de esta forma, pensó. Pero las vidas de los Folk son como telas de araña. Un día les ves, al siguiente ves el lugar que solían ocupar. Tengo que preguntar qué ocurrió con Max.* Pero sabía que no lo haría. La respuesta requeriría una palabra desagradable, un concepto para el que incluso los eufemismos resultarían repugnantes.

—Prestad especial atención al Cyborg Glisson —indicó Schruille—. ¿No es curioso que nuestros sensores no registren ninguna emoción en él?

—Tal vez no tenga emociones —contestó Calapina.

—Ajá —exclamó Schruille—, eso es.

—Yo no me fío —dijo Nourse—. Mi abuelo me habló de los trucos de los Cyborg.

—Es casi un robot —añadió Schruille—. Programado para responder con respuestas precisas a fin de preservar su existencia. Su docilidad actual resulta interesante.

—¿No pretendíamos interrogarles? —preguntó Nourse.

—Enseguida —respondió Schruille—. Abriremos los bancos de datos para examinarlos. No estara de más estudiarlos antes.

—Eres cruel, Schruille —acusó Calapina.

Un murmullo de aprobación se extendió por la sala.

Schruille la miró. La voz de Calapina había sonado extraña. Le entró cierta inquietud.

Los ojos de Glisson se movieron bajo los pesados párpados, brillantes por las lentes modificadas que aumentaban la visión.

—¿Se da cuenta, Durant? —preguntó tartamudeando.

—No... puedo... creerlo —contestó Harvey.

—Están hablando —dijo Calapina con voz vibrante. Observó al hombre Durant, que la miraba con una mezcla de odio y compasión. ¿Compasión?

Una oleada al diminuto repetidor que llevaba en la muñeca lo confirmó. ¡Piedad! ¿Cómo se atreve a compadecerse de mí?

—Har... vey —susurró Lizbeth.

La rabia contenida deformó las facciones de Harvey. Movié los ojos y a duras penas consiguió verla.

—Liz —murmuró—. Liz, te quiero.

—Es momento de odio y no de amor —soltó Glisson, cuya voz indiferente confirió a las palabras un aire de irrealidad—. De odio y venganza.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Svengaard. Había escuchado con asombro sus

palabras. Le había pasado por la cabeza suplicar a los Optimen, declarar que era un prisionero que le habían retenido en contra de su voluntad, pero un sexto sentido le decía que el intento sería inútil. Él no significaba nada para aquellas poderosas criaturas. Era la espuma de una ola que golpeaba la base de un acantilado. Ellos eran el acantilado.

—Míreles en su calidad de médico —sugirió Glisson—. Se están muriendo.

—Es cierto —contestó Harvey.

Lizbeth había cerrado los ojos arrasados en lagrimas, pero los abrió y miró a su alrededor.

—Se están muriendo —suspiró.

Resultaba evidente para los ojos entrenados de los agentes clandestinos. ¡Mortalidad en los rostros de los inmortales! Glisson lo había averiguado gracias a su mecanismo de Cyborg.

—Algunas veces, los Folk resultan de lo más desagradables —dijo Calapina.

—Nada de eso —negó Svengaard.

—¡Desde luego que sí! —gritó ahora Calapina—. Y ningún farmacéutico va a contradecirme. Boumour despertó de un profundo letargo. El ordenador de su interior había grabado la conversación, la reprodujo y sacó conclusiones. Ahora parecía un nuevo Cyborg y descubrió las señales en los cuerpos de los Optimen. ¡Allí estaban! Algo había ocurrido con los seres eternos. La sorpresa dejó a Boumour con una sensación de vacío, como si tuviera que responder con alguna emoción de la que ya no disponía.

—Su conversación —intervino Nourse—. No le encuentro ningún sentido. ¿De qué hablan, Schruille?

—Mas vale que les interroguemos sobre el asunto de los autoviables —atajó Calapina—. Y del embrión sustituto.

—Miren en la última fila —señaló Glisson—. Aquel hombre alto. ¿Ven qué cara tan arrugada?

—Parece muy viejo —murmuró Lizbeth. No le causó ninguna impresión. Mientras los Optimen existieran... inmutables, eternos, su mundo no cambiaría. Aunque se hubiera enfrentado a ellos. Los Cyborg morían, los Folk también. Los Optimen permanecían.

—¿Qué les está ocurriendo? —preguntó Svengaard.

—Miren en la segunda fila por la izquierda —continuó Glisson—. La mujer del pelo rojo, ¿ven los ojos hundidos y la mirada fija?

Boumour estudió a la mujer. Algunos fallos estaban apareciendo en el organismo de los Optimen.

—¿De qué están hablando? —preguntó Calapina—. ¿Qué es todo esto? —Su voz sonaba quejumbrosa incluso a sus oídos. Se encontraba inquieta, molesta por dolores

inidentificables. Un murmullo de desagrado se extendió por los bancos. Se produjeron cuchicheos, estallidos de malhumor y risas.

*Se supone que tenemos que interrogar a estos delincuentes, pensó Calapina, ¿cuándo empezarán? ¿Tengo que hacerlo yo?*

Miró a Schruille. Se había repantigado en su asiento con la vista clavada en Harvey Durant. Observó a Nourse, que tenía una sonrisa de suficiencia y la mirada perdida. Le palpitaba el pecho de una forma que nunca antes había visto y tenía las mejillas moteadas de venas rojas.

*Quieren que lo haga yo, pensó.*

Con un gesto de displicencia pulsó los mandos del brazalet.

Una radiante luz púrpura bañó el globo. Un rayo que surgía de la cúspide se decantó hasta el suelo. Enfocó a los prisioneros.

Schruille contempló el juego de luces. Muy pronto los prisioneros serían criaturas chillonas que vomitarían todos sus conocimientos a los Tuyere. De ellos no quedarían más que algunas fibras nerviosas dilatadas por la ardiente luz, la cual sorbería memorias, experiencias, datos.

—¡Espera! —ordenó Nourse.

Observó el rayo. Se había detenido. Sabía que estaban cometiendo un error que sólo el detectaba y miró a su alrededor preguntándose si alguien más identificaba el fallo. Allí estaba toda la maquinaria secreta de su gobierno, todo planeado, dispuesto. De alguna manera, la vida desnuda había entrado allí de forma poco elegante e inesperada. Era un error.

—¿Qué tenemos que esperar? —inquirió Calapina.

Nourse intentó recordar. Se había opuesto a la acción. ¿Por qué?

¡Dolor!

—No debemos causar daño —dijo—. Tenemos que darles la oportunidad de que hablen sin coacción.

—Se han vuelto locos —murmuró Lizbeth.

—Y hemos ganado —añadió Glisson.

—Van a destruirnos —dijo Boumour.

—Pero hemos vencido —insistió Glisson.

—¿Cómo? —preguntó Svengard.

—Les ofrecimos a Potter como cebo y les dimos el placer por la violencia —dijo Glisson—. Sabíamos que lo contemplarían. Tenían que mirar.

—¿Por qué? —susurró Svengard.

—Porque hemos cambiado el medio ambiente —respondió Glisson—. Pequeñas cosas, una presión aquí, un Cyborg respondón allí. Y les dimos el placer por la guerra.

—¿Cómo? —preguntó Svengard—. ¿Cómo?

—Instinto —contestó Glisson. La palabra conllevaba una finalidad calculada, una lógica inhumana de la que no se podía escapar—. La guerra es un instinto humano. Batallas, violencia. Pero su sistema se ha mantenido en un precario equilibrio durante muchos miles de años. ¡Ah, el precio que han pagado... tranquilidad, indiferencia, aburrimiento! Ahora llega la violencia con todas las consecuencias, y su capacidad de cambio está atrofiada. Están descompensados, se alejan más y más de la vida perpetua. Pronto morirán.

—¿Guerra? —Svengard había oído hablar de historias de combates que los Optimen habían ocultado a los Folk—. No puede ser —dijo—. Hay alguna enfermedad o...

—He confirmado el hecho por cálculos hasta la última milésima de lógica —contestó Glisson.

—¿Qué dicen? —gritó Calapina.

Oía claramente las palabras del prisionero, pero ignoraba el significado. Hablaban de obscenidades. Escuchaba una palabra, la memorizaba, pero la siguiente ocupaba su lugar sin que se enlazaran. Agarró a Schruille por el brazo.

—¿Qué están diciendo?

—Dentro de un momento les interrogaremos y lo sabremos —contestó Schruille.

—Si —dijo Calapina—. Es esencial.

—¿Cómo es posible? —Svengard se quedó sin aliento. Veía a dos parejas bailando por encima de los bancos en la parte alta del salón. Había parejas que se besaban y que hacían el amor. Dos Optimen empezaron a gritarse a su derecha. Svengard tuvo la impresión de que vería edificios derrumbándose, que la tierra se abriría y surgirían lenguas de fuego.

—¡Míreles! —señaló Glisson.

—¿Por qué no pueden adaptarse para... el cambio? —preguntó Svengard.

—Tienen esta capacidad atrofiada —respondió Glisson—. Y debe comprender que la adaptación es un nuevo medio. Crea incluso necesidades mayores. ¡Miren! Ahora oscilan descontrolados.

—¡Hacedles callar! —exclamó Calapina. Se levantó y avanzó hacia los prisioneros.

Harvey la miró, fascinado y horrorizado. En cada respuesta de la mujer, los movimientos y las reacciones estaban inconexos, excepto en la ira.

—¡Tú! —exclamó Calapina señalando a Harvey—. ¿Por qué me miras y hablas entre dientes? ¡Contesta!

Harvey se quedó helado y en silencio, no por miedo de la ira de ella, sino por la repentina y aplastante conciencia de su edad. ¿Cuántos años tenía Calapina? ¿Treinta mil años? ¿Cuarenta mil? ¿Era una de las primeras? ¿Tendría ochenta mil o más?

—Habla y di lo que quieras —dijo Calapina—. Yo te lo ordeno. Si obedeces, tal

vez nos mostremos indulgentes.

Harvey la contempló en silencio. Ella no parecía darse cuenta de los murmullos que iban creciendo por doquier.

—Durant —intervino Glisson—, debe recordar que hay unas fuerzas subterráneas llamadas instintos, que dirigen el destino con la corriente inexorable de un río. Esto es el cambio. Véalo a nuestro alrededor. El cambio es la única constante.

—Pero ella se está muriendo —contestó Harvey. Calapina no captó el sentido de aquellas palabras, pero se sintió conmovida por el tono de preocupación en la voz de Harvey. Consultó la conexión de su brazalete con el globo. ¡Inquietud! Harvey estaba preocupado por ella, por Calapina, no por el ni por su compañera.

Todo se oscureció y cayó al suelo con los brazos extendidos hacia los bancos.

Una risotada triste se escapó de los labios de Glisson.

—Tenemos que hacer algo por ellos —resolvió Harvey—. ¡Tienen que comprender lo que se están haciendo a sí mismos!

Schruille se desperezó de repente y contempló la pared de enfrente. Vio puntos oscuros, escáneres desactivados, abandonados por los Optimen que no habían podido entrar en la sala. Se alarmó por el gentío que se agolpaba a su alrededor. Algunas personas se marchaban, se tambaleaban, corrían, reían, cuchicheaban...

*Pero si ahora nos disponíamos a interrogar a los cautivos*, pensó Schruille.

La histeria en el salón iba haciendo mella en él. Miró a Nourse.

Éste permanecía sentado, con los ojos cerrados, hablando para sí.

—Aceite hirviendo —murmuraba—. No, es demasiado rápido. Necesitamos algo más sutil, que dure más.

Schruille se inclinó hacia delante.

—Tengo una pregunta para el hombre Harvey Durant.

—¿De qué se trata? —preguntó Nourse. Abrió los ojos, se dispuso a levantarse, pero se dejó caer de nuevo en el asiento.

—¿Qué esperaba ganar con su conducta? —inquirió Schruille.

—Muy bien —dijo Nourse—. Conteste a la pregunta, Harvey Durant.

Nourse pulsó su brazalete. El rayo púrpura se acercó más a los prisioneros.

—No quería que vosotros murierais —contestó Harvey—. Eso, no.

—¡Contesta a la pregunta! —vociferó Schruille. Harvey tragó saliva.

—Quería...

—Deseábamos tener una familia —intervino Lizbeth. Hablaba con claridad y de forma razonable—. Eso es todo. Queríamos ser una familia.

—Empezó a llorar, y entonces pensó en cómo habría sido su hijo. Era evidente que ninguno de ellos sobreviviría a aquella locura.

—¿Qué es esto? —espetó Schruille—. ¿Qué es este disparate de la familia?

—¿Dónde obtuvieron el embrión sustituto? —continuó Nourse—. Conteste y

acaso seamos indulgentes. —El rayo volvió a acercarse a los prisioneros.

—Disponemos de autoviables inmunes al gas contraceptivo —dijo Glisson—. Muchos.

—¿Lo veis? —replicó Schruille—. Ya os lo advertí.

—¿Dónde están estos autosuficientes? —preguntó Nourse. Le temblaba la mano derecha y se la miró, atónito.

—Delante de vuestras narices —le contestó Glisson—. Esparcidos entre la población. Y no me pidáis que los identifique. No les conocemos a todos. Nadie lo sabe.

—No escapará ni uno solo —afirmó Schruille.

—¡Ni uno! —repitió Nourse.

—Si es preciso, esterilizaremos todos los que no pertenezcan a la Central y volveremos a empezar desde cero.

—¿Con qué volveréis a empezar? —les soltó Glisson.

—¿Qué? —gritó Schruille al Cyborg.

—¿Dónde encontraréis la fuente genética para volver a empezar? —insistió Glisson—. Vosotros sois estériles y estáis ya en la fase final.

—No precisamos más que una célula para duplicar el original —contestó Schruille en tono burlón.

—Entonces ¿por qué no habéis hecho un duplicado vuestro? —rebató Glisson.

—¿Te atreves tú a preguntarnos? —exclamó Nourse.

—Yo mismo contestaré —prosiguió Glisson—. No habéis podido duplicaros porque las copias son inestables. La tendencia de los dobles es la decadencia... la extinción.

Calapina oía palabras sueltas... estériles... fase final... inestables... extinción... Eran palabras horribles que se arrastraban hasta el abismo en que estaba sumida. Ellos eran como semillas resplandecientes contra un fondo de terciopelo negro. Semillas. Entonces no les vio como semillas sino como vida encapsulada, enmurallada, acorazada, tendiendo un puente sobre un período desfavorable a la vida. Convertía la idea de las semillas en un concepto menos repelente. Ellos eran vida...

—No necesitamos una fuente genética —rebató Schruille.

Calapina oyó la voz con toda claridad, como si le leyera el pensamiento: *Tenemos millones en la Central. Nos bastamos. Los débiles y caducos Folk son un desagradable recuerdo del pasado. Son animales domésticos y ya no los necesitamos.*

—He decidido lo que vamos a hacer con estos criminales —anunció Nourse. Habló en voz muy alta, para hacerse escuchar entre la barahúnda de voces—. Podemos aplicar excitación nerviosa de una micra repetidas veces. El dolor será exquisito y puede prolongarse durante siglos.

—Pero si dijiste que no querías hacer daño —exclamó Schruille.

—¿Eso dije? —Nourse parecía confuso.

*No me encuentro bien*, pensó Calapina. *Necesito una larga sesión de farmacia. Fármacos.* La palabra encendió una luz en su mente. Percibió su cuerpo tendido en el suelo, dolor y humedad en la nariz.

—La sugerencia tiene su gran mérito —aceptó Schruille—. Podríamos restituir los nervios después de cada sesión y proseguir el castigo indefinidamente. ¡Intenso dolor eterno!

—Un infierno —afirmó Nourse—. Muy apropiado.

—Están tan locos como para llevarlo a cabo —observó Svengaard con voz áspera—. ¿Cómo podemos evitarlo?

—¡Glisson! —exclamó Lizbeth—. ¡Haga algo! Pero el Cyborg permaneció en silencio.

—Esto es algo que no había previsto, ¿verdad? —preguntó Svengaard a Glisson. El Cyborg continuó callado.

—¡Conteste! —exigió Svengaard.

—Se suponía que iban a morir —contestó Glisson con voz desapasionada.

—Pues ahora pueden esterilizarlo todo, excepto la Central, y continuar solos su locura —replicó Svengaard—. ¡Y pueden torturarnos indefinidamente!

—No indefinidamente —objetó Glisson—. Se están muriendo.

Una salva de aplausos estalló entre los Optimen del fondo del salón. Ninguno de los prisioneros podía moverse para ver lo que ocurría, pero añadía una nueva dimensión al sentimiento de urgencia que reinaba a su alrededor.

Calapina se levantó del suelo. Le dolía la nariz y la boca. Observó la algarabía reinante entre los Optimen. Se habían encaramado a los bancos para presenciar cualquier actividad que se produjera dentro del corro. Se elevó un cuerpo desnudo, dio una vuelta en el aire y volvió a caer con un ruido sordo.

¿Qué están *haciendo?*, se preguntó Calapina. *Se están haciendo daño entre ellos.*

Se pasó la mano por la boca. Sangre. Podía olerla, un aroma tentador. Su sangre. Estaba fascinada. Se dirigió hacia los prisioneros y mostró la mano a Harvey Durant.

—Sangre —dijo. Se tocó la nariz—. ¡Dolor! ¿Por qué duele, Harvey Durant? — Le miró a los ojos y descubrió simpatía en su mirada. Un ser humano. No era indiferente al dolor ajeno.

Harvey la miró. Ambos estaban a la misma altura debido a que la plataforma se mantenía por encima del suelo. De pronto sintió una profunda compasión por ella. Era Lizbeth, era Calapina, era todas las mujeres. Comprendió la concentrada intensidad de la atención que mantenía, la preocupación por el aquí y el ahora que lo excluía todo excepto la necesidad de unas palabras por parte de Harvey.

—También a mí me duele, Calapina —respondió Harvey—, pero me dolerá más aun tu muerte.



Durante un instante, Calapina creyó que en el salón se había hecho el silencio. Después se dio cuenta de que los ruidos de la muchedumbre proseguían. Oía a Nourse que gritaba: «¡Bien! ¡Bien!».

Schrulle decía: «¡Excelente!». A continuación comprendió que sólo ella había oído las terribles palabras de Durant. Eran una blasfemia. Ella había vivido durante miles de años evitando el concepto de su muerte. La palabra estaba prohibida, el concepto era irrepresentable. Pero ella la había oído. Quiso retroceder, para creer que aquellas palabras no se habían pronunciado. Apenas unos minutos antes había estado donde el germen de la vida se extendía hasta la eternidad. Había sentido la presencia de las fuerzas que se movían dentro de la estructura del mitocondrio de la célula.

—Por favor —susurró Lizbeth—. Libéranos. Eres una mujer y debes tener algo de compasión. ¿Qué daño te hemos causado? ¿Es malo querer amar y vivir? No queríamos lastimarnos.

Calapina no pareció haberla oído. Sólo tenía en la cabeza las palabras de Harvey, *tu muerte... tu muerte... tu muerte...*

Sintió aguijonazos de calor y frío en todo el cuerpo. Percibió otro aplauso procedente de los bancos. Sentía su malestar y la creciente conciencia del callejón sin salida en que se había metido. La rabia se apoderó de ella. Se inclinó sobre los controles de las cápsulas y pulsó un botón que estaba a los pies de Glisson.

El caparazón que contenía al Cyborg empezó a cerrarse. Glisson abrió los ojos de forma desmesurada y se le escapó un gemido. Calapina rió y pulsó otro botón. La armadura volvió a la posición inicial.

Se encaminó a los controles que estaban debajo de Harvey y balanceó un dedo sobre los botones.

—¡Justifica tus desagradables modales! Harvey no podía articular palabra. ¡Iba a triturarle!

Svengaard comenzó a reír. Conocía su situación, el primero de la segunda categoría. ¿Por qué le habían elegido para la ocasión? Para ver a Glisson y Boumour sin habla, a Nourse y Schrulle parlotando desde sus bancos, a los Optimen formando corros en los que se había desatado la violencia, a Calapina dispuesta a matar a los prisioneros y olvidarlo diez segundos después. Sus carcajadas se descontrolaron.

—¡Deja de reírte! —gritó Calapina. Svengaard temblaba preso de histeria. Se ahogaba. La agresividad en la voz de la Optiman contribuyó a calmarle, pero todo le seguía pareciendo ridículo.

—¡Estúpido! —le insultó Calapina—. ¡Habla! Svengaard la miró. Sólo sentía piedad por ella. Le vino a la memoria la colonia de veraneo en Lapush y comprendió por qué los Optimen habían escogido para vivir aquel lugar tan alejado de cualquier océano. El instinto. El mar producía mareas, oleajes, recordaba que ellos se habían

enfrentado a las olas de la eternidad. No podían hacerle frente.

—Contesta —ordenó Calapina, y su mano se cernía sobre los mecanismos de control. Svengard no pudo hacer otra cosa que continuar observándola. A espaldas de ella distinguía a los Optimen enloquecidos. Aparecían ante sus ojos como un libro abierto.

*Tienen una sola cicatriz en el alma*, pensó Svengard.

Se les había ido abriendo y cerrando día tras día, siglo tras siglo, eternidad tras eternidad. Era el irrefrenable temor de que sus inagotables vidas fueran una ilusión, de que tuvieran un final. Nunca antes había sospechado lo que los Optimen pagaban por la eternidad. Cuanto más poseían, mayor era el valor. Cuanto mayor el valor, más grande el miedo de perderlo. La presión crecía y crecía...

Pero tenía que llegar un límite. Los Cyborg lo habían descubierto, y debido a su carencia de emociones no habían caído en la cuenta de las consecuencias.

Los Optimen se habían protegido entre eufemismos. Tenían farmacólogos, no médicos, ya que los médicos sugerían enfermedades y heridas, y también estos conceptos eran impensables. Se limitaban a tener su farmacia siempre a pocos pasos. Nunca salían de la Central, su refugio protector. Vivían como eternos adolescentes en su habitación de juegos.

—Así que no piensas declarar —comentó Calapina.

—Espera —respondió Svengard, cuando vio que ella se disponía a mover los mandos—. ¿Qué ocurriría cuando hayáis matado a todos los viables y sólo quedéis vosotros? ¿Y cuando descubráis que vais muriendo uno a uno?

—¿Cómo te atreves? —gritó Calapina—. ¿Crees que puedes hacer preguntas a un Optiman, cuya experiencia de la vida reduce la vuestra a algo tan trivial como esto? —Calapina chasqueó los dedos.

Él contempló su nariz ensangrentada.

—Optiman —rebatía Svengard—. Un Sterrie cuya constitución aceptará los ajustes de enzimas durante una eternidad... hasta que la destrucción aparezca desde el interior. Creo que deseas morir. Calapina se acercó para estudiarle y entonces percibió el repentino silencio del salón. Al mirar a su alrededor vio que todas las miradas estaban pendientes de ella. Poco a poco comprendió. Ven la sangre en mi cara.

—Habéis disfrutado de vida eterna —prosiguió Svengard—. ¿Hace eso que tengáis más talento o seáis más inteligentes? No. Sólo habéis vivido más y dispuesto de más tiempo de experiencia y adiestramiento. Es probable que muchos de vosotros hayáis recibido una educación muy por encima de vuestra inteligencia, ya que de otra forma os hubierais dado cuenta hace ya mucho tiempo de que este momento era inevitable, que el sutil equilibrio se tambalearía y todos desapareceríais.

Calapina retrocedió un paso. Las palabras de Svengard eran como puñales.

—¡Sólo tenéis que miraros! —continuó Svenggaard—. Todos enfermos. ¿Qué hacen las maravillosas farmacias con vosotros? Lo sé sin necesidad de una respuesta: cada vez necesitáis recetas más sofisticadas y dosis más frecuentes. Intentan ajustar las oscilaciones, porque así es como está programado. Seguirán intentándolo mientras queráis, pero no os salvarán.

—¡Hacedle callar! —gritó alguien.

El grito se extendió por todo el salón, un coro ensordecedor, pateos y puños amenazadores.

—¡Hacedle callar! ¡Hacedle callar!

Calapina se llevó las manos a las orejas, pero seguía oyendo el griterío. Los Optimen comenzaban a descender de los bancos en dirección a los prisioneros. Sabía que se derramaría sangre. Ellos se detuvieron.

Calapina no comprendía el motivo y dejó caer las manos. Todos los ojos estaban fijos en algo que yacía sobre el suelo, a la entrada del salón. Invocaban a deidades casi olvidadas. Calapina se abrió paso y vio a Nourse que se retorció de dolor, babeando. Su tez tenía manchas rojas y violáceas. Intentaba arrastrarse.

—¡Hay que hacer algo! —gritó Svenggaard—. ¡Se muere!

Mientras las palabras salían de su boca, algo le asombró. Había prevalecido su condición de médico.

Calapina retrocedió con un gesto de horror. Schruille se puso en pie y se quedó en el banco donde había estado sentado, moviendo los labios sin emitir ningún sonido.

—Si tú no le ayudas, Calapina —dijo Svenggaard—, deja que lo haga yo.

Ella se dispuso a liberarle, con el agradecimiento de poder delegar la responsabilidad en otro.

Las corazas se abrieron. Svenggaard se precipitó hacia delante. Sentía un hormigueo en brazos y piernas debido al largo cautiverio. Cojeó en dirección a Nourse, mientras ponía en marcha sus facultades mentales. *Manchas en la piel, con toda probabilidad una reacción al ácido pantoténico y una bajada de adrenalina.*

A la izquierda distinguió el triángulo rojo de una farmacia. Svenggaard tomó el cuerpo inerte y comenzó a subir. El hombre era un peso muerto en sus brazos, no se apreciaba ningún movimiento excepto la leve agitación del pecho. Los Optimen se fueron apartando de él, como si transportara una epidemia. De repente alguien gritó:

—¡Quiero salir!

La muchedumbre empezó a correr y a agolparse en las salidas, empujándose unos a otros. Se escuchaban gritos, maldiciones, insultos. Era como un redil con una fiera suelta entre los animales.

Svenggaard vio al pasar a una mujer a la derecha. Estaba tendida entre dos bancos, inclinada, con la boca abierta y la mirada fija, tenía los brazos y el cuello llenos de sangre. Estaba muerta. A continuación dejó atrás a un hombre que se arrastraba por

las gradas con una sola pierna y que intentaba llegar a una de las salidas bloqueadas.

Le dolían los brazos por la carga y tropezó al llegar a los dos últimos escalones. Depositó a Nourse en el suelo, al lado de la farmacia.

Oyó voces procedentes de abajo. Durant y Boumour pedían a gritos que los liberaran. Después, pensó Svenggaard. Puso la mano sobre el control de la puerta, pero ésta no se abrió. *Claro, yo no soy un Optimen*, recuerdo. Levantó a Nourse e hizo que pulsara el control. Las puertas se abrieron. Al otro lado apareció un muestrario completo de primeros auxilios... pirimidinas, aneurina...

*Aneurina e inositol*, decidió. *Servirán para contrarrestar.*

Un familiar tablero de análisis de flujos ocupaba la pared de la derecha, con un orificio para insertar el brazo y las agujas que sobresalían de los medidores. Svenggaard puso en marcha el mecanismo de alimentación y abrió el panel. Pulsó los mandos de aneurina e inositol y colocó el brazo de Nourse debajo de las agujas. Éstas, al localizar las venas, se clavaron. Los indicadores subían.

Svenggaard pulsó de nuevo para evitar que la dosificación se detuviera. Otra vez la tensión subía. Despacio, desprendió el brazo de Nourse de las agujas y lo tendió en el suelo. Ahora estaba pálido, pero la respiración era más profunda. Los párpados se movían. Estaba frío y sudoroso.

—Un shock —murmuró Svenggaard. Se despojó de su chaqueta y cubrió a Nourse. Después le dio un ligero masaje para restablecer la circulación en los brazos.

Entonces apareció Calapina y se sentó al lado de la cabeza de Nourse. Tenía las manos entrelazadas y los nudillos blancos. Tenía un misterioso resplandor en el rostro y los ojos perdidos en la lejanía. Sentía que había recorrido una distancia mucho mayor de la que en realidad la separaba del suelo del salón, llevada por recuerdos de los que no podía renegar. Sabía que a través de la locura había llegado a la sensatez.

Se fijó en el enorme Globo de Vigilancia, el origen del poder que cumplía su cometido incluso en aquellos momentos. Pensó en Nourse, su compañero de tantos siglos. Compañero y juguete.

—¿Va a morir? —preguntó. Se dio la vuelta para mirar a Svenggaard.

—De momento, no —respondió Svenggaard—. Pero ese estallido de histeria... ha ocasionado daños irreparables en su organismo.

Poco a poco se había dado cuenta de que sólo se oían gemidos apagados y órdenes aisladas en el salón. Algunos acólitos estaban ayudando.

—He dejado libres a los Durant y a Boumour y he pedido más ayuda... médica —titubeó Calapina—. Hay varios... muertos y muchos heridos.

*Muerte*, pensó ella, *qué extraña palabra para aplicar a un Optiman. Muerte, muerte.*

Comprendió que la necesidad la había impelido a una nueva forma de vida, a otro ritmo. Era el resultado de la explosión de recuerdos guardados durante cuarenta mil

años. No había dejado nada de lado, ni un solo momento de bondad o de brutalidad. Recordaba a todos los Max Allgood, Seatac... a cada amante, a cada juguete... Nourse.

Svengard vio a Boumour que se acercaba con una mujer en brazos. Tenía cardenales en la mejilla y en la mandíbula. Los brazos pendían como racimos.

—¿Funciona esta farmacia? —preguntó Boumour. La voz tenía el extraño tono de los Cyborg, pero la mirada revelaba asombro y miedo.

—Tendrá que accionar el tablero de forma manual —informó Svengard—. He cerrado el mecanismo de demanda y también los alimentadores.

Boumour se encaminó hacia la farmacia con la mujer. Qué frágil parecía. Una vena latía con fuerza en el cuello.

—Tengo que fabricar un relajante muscular hasta que podamos llevarla al hospital —informó Boumour—. Se ha roto los brazos ella misma... un tirón contramuscular.

Calapina la reconoció. Una vez se habían enfrentado por un hombre.

Svengard se dedicó al brazo derecho de Nourse y continuó el masaje. El movimiento le permitió ver el salón y las corazas. Glisson se había sentado. Lizbeth estaba tendida, y Harvey permanecía a su lado.

—¡Señora Durant! —exclamó Svengard al recordar su obligación para con ella.

—Está bien —le tranquilizó Boumour—. La inmovilidad de las últimas horas ha sido lo mejor para ella.

*¡Lo mejor!, pensó Svengard. Durant tenía razón. Estos Cyborg son insensibles como máquinas.*

—Hacedle callar —gimió Nourse. Svengard contempló la pálida tez, vio capilares rotos en las mejillas y ausencia de reflejos. Parpadeó y abrió los ojos.

—Déjale conmigo —pidió Calapina.

Nourse movió la cabeza intentando mirarla. No podía centrar la imagen y se le saltaron las lágrimas.

Calapina le levantó la cabeza y la recostó contra su seno. Le friccionó la frente.

—Esto le gustaba —comentó Calapina—. Vaya a ayudar a los demás, doctor.

—Cal —sollozó Nourse—. Cal, me... duele.

—¿Por qué les ayuda? —preguntó Glisson—. No le entiendo a usted, Boumour. Su conducta no tiene lógica. ¿De qué sirve ayudarles?

Miró hacia el segmento abierto del globo y a Calapina, sentada sola en el interior. Las luces proyectaban reflejos en su cara y una serie de binarios en pirámide se proyectaban en el aire.

Glisson había quedado libre del armazón que le inmovilizaba, pero permanecía sentado cerca de la plataforma, con las conexiones del brazo balanceándose, vacías. Lizbeth Durant descansaba en un diván médico y Harvey tomaba asiento a su lado. Boumour daba la espalda a Glisson y observaba el globo. Movía los dedos con nerviosismo. Un reguero de sangre seca le manchaba la manga de la camisa. La cara de gnomo evidenciaba confusión. De detrás del globo apareció Svengard, una figura que avanzaba lentamente entre las sombras. De forma repentina la sala se llenó de luz. Los automatismos se habían disparado al hacerse de noche en el exterior. Svengard examinó a Lizbeth y dio una palmada a Harvey en el hombro.

—Está bien, es fuerte.

Lizbeth le siguió con la mirada mientras él se colocaba de forma que pudiera ver el interior del Globo de Vigilancia. Tenía los hombros caídos por la fatiga, pero lucía una expresión de alegría en la cara. Era un hombre que se había encontrado a sí mismo.

—Calapina —anunció Svengard—, el último ya ha llegado al hospital.

—Ya lo he visto —contestó ella. Levantó la vista hacia los escáneres: todos iluminados. Más de la mitad de los Optimen estaban encerrados... locos. Miles habían muerto. Otros miles sufrían heridas de consideración. Los que quedaban, seguían los acontecimientos en el globo. Ella suspiró, pensando en cómo se habrían enfrentado al hecho de haber dejado de ser inmortales. Sus propios sentimientos se mezclaban, confusos. Sentía una extraña sensación de alivio.

—¿Qué hay de Schruille? —preguntó.

—Le aplastaron en una de las puertas —contestó Svengard—. Está... muerto.

—¿Nourse?

—Responde al tratamiento.

—¿No comprenden lo que les ha ocurrido? —inquirió Glisson. Tenía los ojos muy resplandecientes.

Calapina le miró y dijo:

—Hemos estado sometidos a esfuerzos emocionales que han alterado el equilibrio enfermizo de nuestro metabolismo. Vosotros nos habéis inducido. La prueba es evidente, no hay retorno.

—Entonces, lo comprendes —comentó Glisson—. Cualquier intento de volver

atrás en el sistema dará como resultado el aburrimiento y la gradual decadencia hacia la apatía.

Calapina sonrió.

—Sí, Glisson. No queremos eso. Nos hemos entregado a una nueva forma de... vida que ignorábamos.

—Entonces, lo aceptas —dijo Glisson con cierto rencor.

—Rompimos el curso de la vida —afirmó Calapina—. Toda existencia está inmersa en una cadencia, pero nosotros nos opusimos a ello. Supongo que la injerencia exterior en los embriones era el remedio: la naturaleza se impuso.

—Muy bien —replicó Glisson—. Pues cuanto antes nos cedas el mando, antes quedará todo en su sitio.

—¿A vosotros? —preguntó Calapina con desdén. Observó el contraste de luces en el salón. Qué blanco y negro estaba todo—. Pronto os condenaré a todos —advirtió.

—¡Pero si estás muriendo!

—También vosotros.

Svenggaard tragó saliva. Se daba cuenta de que los viejos odios no se olvidaban tan fácilmente. Pensó en sí mismo, un cirujano de segunda clase que de pronto se había visto como todo un médico, siendo útil a cuantos le habían necesitado. Durant lo había visto. La necesidad de ser útil.

—Tengo una propuesta que podríamos aceptar, Calapina —dijo Svenggaard.

—Te escuchamos —respondió Calapina, con cierta afectación en la voz. Observó a Svenggaard, que estaba buscando las palabras adecuadas, y recordó que aquel hombre había salvado la vida de Nourse y de muchos otros.

*No hicimos planes para lo impensable, pensó. ¿Será posible que este don nadie, que había sido el blanco de tanta burla, tenga la solución?* No se atrevía a confiar en el.

—Los Cyborg disponen de técnicas para llevar las emociones a una estasis más o menos razonable —empezó Svenggaard—. Si la consiguiera..., creo que conozco la forma de rebajar las oscilaciones de enzimas en la mayoría de vosotros.

Calapina se quedó sin habla. Las luces de los escáneres empezaron a emitir unos destellos intermitentes con los que pedían acceso a los canales de comunicación. Tenían preguntas, por supuesto. También ella las tenía, pero no sabía si debía formularlas. El reflejo de su cara en uno de los prismas le recordó la súplica en los ojos de Lizbeth.

—No puedo prometer la vida eterna —prosiguió Svenggaard—, pero creo que muchos de vosotros podréis durar muchos miles de años más.

—¿Por qué tendríamos que estar de acuerdo en ayudarles? —preguntó Glisson. Su voz sonaba algo quejumbrosa.

—¡También vosotros tenéis fallos! —exclamó Svenggaard—. ¿Acaso no lo ves?

—¡No me grite! —protestó Glisson.

*Así que tienen emociones*, pensó Svenggaard. Orgullo... rabia...

—¿Crees aún que controlas esto? —preguntó Svenggaard. Señaló a Calapina—. Esta mujer, sola, puede exterminar a cualquier no-Optiman de la Tierra.

—Préstale atención, estúpido Cyborg —masculló Calapina.

—No prodiguemos tanto la palabra «estúpido» —aconsejó Svenggaard, mirando a Calapina.

—Reprime tu lengua, Svenggaard —respondió Calapina—, nuestra paciencia tiene un límite.

—También el agradecimiento, ¿verdad? —acusó Svenggaard.

Una amarga sonrisa apareció en el rostro de ella.

—Estamos hablando de supervivencia.

Svenggaard suspiró. Se preguntó si las ideas condicionadas por la ilusión de la vida infinita podrían borrarse alguna vez. Ella se había expresado como los antiguos Tuyere. Sin embargo, su versatilidad ya le había asombrado antes.

La discusión había vuelto a despertar el temor de Harvey por Lizbeth. Observó a Svenggaard y a Glisson, tratando de contener el miedo y la rabia. Aquel salón le impresionaba por su inmensidad y la total confusión que allí se había producido. El enorme globo, por encima de sus cabezas, representaba una fuerza monstruosa que podía aplastarles.

—Supervivencia, pues —asintió Svenggaard.

—A ver si nos entendemos —indicó Calapina—. Entre nosotros hay quien pensará que su ayuda formaba parte de nuestros privilegios. Sois aún nuestros prisioneros. Habrá quienes nos pidan que os sometáis y reveléis toda la organización clandestina.

—Muy bien, entendámonos —replicó Svenggaard—. ¿Quiénes son los prisioneros? Yo, que no formaba parte de los Clandestinos y que poco se de la organización. Glisson, que sabe más, pero seguro que no todo. Tenemos a Boumour, uno de los farmacéuticos huidos, que sabe aún menos que Glisson. Están los Durant, cuyo conocimiento no debe ir mucho más lejos del pequeño grupo al que pertenecen. ¿Qué ganáis aunque confesemos?

—El plan para salvarnos —contestó Calapina.

—Mi plan precisa colaboración, pero no coacción —replicó Svenggaard.

—Y sólo puede proporcionarnos longevidad y no el regreso a nuestra situación, ¿no es eso? —preguntó Calapina.

—Tendrías que estar contenta —le replicó Svenggaard—. Os daría la oportunidad de madurar, de ser útiles. —Hizo un gesto con la mano para indicar cuanto les rodeaba—. ¡Os habéis quedado anclados en la adolescencia! ¡Entretenidos con



juguetes! ¡Os estoy ofreciendo la oportunidad de vivir!

¿Se trata de eso?, se preguntó Calapina. ¿Es esta nueva vida el producto del conocimiento de la muerte?

—No estoy nada convencido de que vayamos a cooperar —intervino Glisson.

Harvey ya no podía soportar más. Se puso en pie y se enfrentó a Glisson.

—¡Quieres que la raza humana desaparezca, tú, un robot! ¡Tú! ¡Qué eres otro muerto viviente!

—¡Habladurías! —replicó Glisson.

—Escuchad —les interrumpió Calapina. Empezó a abrir los canales de comunicación. Se oían voces fragmentadas:

«¡Podemos restaurar el equilibrio de enzimas con nuestros propios medios!... ¡Eliminemos a esas criaturas!... ¿Cuál es su plan?... ¡Empieza la esterilización!... ¿Su plan?... ¿Cuánto tendremos que...? No hay duda de que podemos...».

Calapina les hizo callar pulsando la palanca de los altavoces.

—Se celebrará una votación —dijo—. Os lo recuerdo.

—Morirás pronto si nosotros no cooperamos —advirtió Glisson—. Quiero que quede claro.

—¿Conoces el plan de Svengard? —preguntó Calapina.

—Sus ideas son transparentes —afirmó Glisson.

—Yo creo que no —contradijo Calapina—. Le he visto actuar con Nourse. Tuvo que utilizar una peligrosa sobredosis de aneurina e inostol. Teniendo esto en cuenta, me pregunto cuántos de nosotros moriríamos al intentar detener el proceso que todos sentimos. ¿Me hubiera arriesgado a suministrarme yo misma una dosis semejante? ¿Qué relación guarda con el entusiasmo que sentimos? ¿Alguno de nosotros, después de haber experimentado la emoción, desearía volver al aburrimiento? —Miró a Svengard—. Éstas son algunas de mis preguntas.

—Yo conozco su plan —señaló Glisson con desdén—. Dominar vuestras emociones e implantar una farmacia dentro de cada uno. Convertiros en Cyborg. —Una estrecha sonrisa mostró una línea de dientes en el rostro de Glisson—. Es vuestra única esperanza. Aceptadlo, si es lo que queréis.

Calapina le miró, atónita.

A Harvey le sorprendió la mezquindad de Glisson. Siempre había sabido que los Cyborg eran demasiado calculadores y estrechos de miras para tomar decisiones humanas, pero nunca lo había comprobado de una forma tan clara.

—¿Es éste el plan, Svengard? —preguntó Calapina.

Harvey saltó.

—¡No! ¡No lo es!

Svengard asintió para sí. *¡Por supuesto! Un ser humano y, además, padre. Tenía que saberlo.*

—¿Pretende saber lo que yo, todo un Cyborg, no sé?

Svenggaard miró a Harvey con las cejas levantadas.

—Embriones —sentenció Harvey. Svenggaard asintió y dijo a Calapina:

—Propongo manteneros de forma continuada con la implantación de embriones vivos. Controles vivientes, que adaptarán vuestro cuerpo a las necesidades. Recobraréis las emociones, el entusiasmo por vivir, la excitación que tanto valoráis.

—¿Quieres convertirnos en tanques vivientes para embriones? —exclamó Calapina con gran asombro.

—El proceso de gestación puede demorarse durante cientos de años —contestó Svenggaard—. Con adecuadas dosis de hormonas puede aplicarse también a los hombres. Con parto cesáreo, por supuesto, pero no tiene que ser doloroso... ni frecuente.

Calapina sopesó sus palabras y le sorprendió que la sugerencia no le disgustara. Antes había sentido repugnancia al comprender que Lizbeth Durant llevaba un embrión en su interior, pero reconoció que también había un componente de celos. No todos los Optimen lo aceptarían. Algunos desearían el retorno a los viejos tiempos. Desvió la mirada a los indicadores del globo. Ninguno había escapado al entusiasmo. Tendrían que comprender que todos iban a morir... antes o después. Todo lo que tenían era la elección del momento.

*Después de todo, no somos inmortales, pensó, sólo nos hacemos la ilusión. Y la hemos mantenido durante eternidades.*

—¡Calapina! —gritó Glisson—. ¿No pensarás aceptar esa locura?

*El hombre mecánico se siente indignado por una solución humana, pensó. Dijo:*

—Boumour, ¿usted qué piensa?

—Sí —contestó Glisson—, hable, Boumour. Demuestre lo ilógico de la propuesta.

Boumour se dio la vuelta, miró a Glisson y después a los demás. La cara de gnomo reflejaba inteligencia.

—Aún recuerdo cómo era. Creo que era mejor... antes... antes de que yo... me cambiaran.

—¡Boumour! —exclamó Glisson.

*Le ha herido en su orgullo, pensó Svenggaard. Glisson observó a Calapina con actitud mecánica.*

—¡Aún no hemos decidido que vayamos a ayudarles!

—Bien, ¿y quién os necesita? —preguntó Svenggaard—. No tenéis el monopolio de la técnica. Hubierais ahorrado tiempo y problemas, eso es todo. Podemos encontrar embriones.

—¡No es así como estaba programado! —exclamó Glisson—. ¡Usted no tenía que ayudarles! El Cyborg se calló con ojos vidriosos.

—*Doctor Svenggaard* —intervino Calapina—. ¿Podría darnos embriones selectos y viables como el Durant? Usted presencié la intrusión de arginina. Nourse lo cree posible.

—Es posible —contestó Svenggaard. Lo reconsideró—. Si, es... probable.

Calapina observó los escáneres.

—Si aceptamos la oferta, seguiremos viviendo. ¿Lo entendéis? Ahora estamos vivos, pero podemos recordar tiempos recientes en que no lo estábamos.

—Cooperaremos si nos vemos obligados a hacerlo —aceptó Glisson con desgana.

Sólo Lizbeth, comprendiendo su docilidad por el embarazo, reconociendo el desconcierto de sus emociones, sospechó el factor *lógico* que había influenciado al Cyborg. A la gente dócil se la podía controlar. Esto era lo que Glisson pensaba. Lo sabía con seguridad, por primera vez le entendía, ahora que había descubierto los sentimientos de orgullo y furor en él.

Calapina observó la creciente presión de los Optimen en dirección a una sola pregunta y conectó los análogos para la respuesta. Los escáneres leyeron:

—Este proceso puede proporcionar entre ocho y doce mil años de vida adicional, incluso para los Folk.

—Incluso para los Folk —murmuró Calapina. Lo habían descubierto, estaba segura. Ya no habría más Seguridad ahora. Incluso el Globo de Vigilancia había demostrado tener fallos y límites. Glisson lo sabía. Podía adivinarlo al observar su silencio. Seguro que Svenggaard lo había comprendido. Y era posible que incluso los Durant.

Miró a Svenggaard sabiendo lo que tenía que hacer. Sería fácil perder a los Folk en aquel momento.

—Si se hace —dijo Calapina—, será para todo el que quiera, Optimen y Folk.

*Esto es política, pensó. Es lo que los Tuyere harían... incluso Schruille. Especialmente Schruille. El inteligente, el querido Schruille.* Le parecía verle riendo.

—¿Puede hacerse en los Folk? —le preguntó Harvey.

—Será para todo el mundo —aseguró, y sonrió a Glisson para hacerle ver que ella había ganado—. Creo que ahora podemos someterlo a votación.

Una vez más miró los escáneres, preguntándose si había calibrado bien a su gente. La mayoría de ellos vería bien lo que había hecho, pero algunos permanecerían en la esperanza de restaurar el equilibrio de enzimas. Ella sabía que era imposible; su cuerpo lo sabía. Pero algunos escogerían el peligroso regreso al aburrimiento y la apatía.

—Verde para aceptar la propuesta del *doctor Svenggaard* —anunció—. Dorado, en contra. Poco a poco, el círculo de escáneres cambió de color... verde... verde... un despliegue de verde, con algún foco dorado aquí y allá. Era una mayoría más aplastante de la que había esperado, y esto le hizo sentirse nerviosa, recelosa. Había

confiado en su instinto. Mayoría. Consultó los instrumentos del globo y leyó la respuesta: los Cyborg podían manipularse a través de su creencia en la omnipotencia de la lógica.

Calapina asintió, pensando en su locura. *Y la vida no puede ser totalmente manipulada en contra de los intereses del vivir.*

—Propuesta aceptada —anunció.

No le gustó la expresión de Glisson. *Hemos pasado algo por alto, pensó. Pero ya lo encontraremos... cuando estemos de nuevo ajustados.*

Svengaard dedicó una amplia sonrisa a Harvey Durant. Era como en el quirófano. Una minucia modificada y todo seguía el esquema. Se podía hacer con precisión incluso en la célula.

Harvey sopesó la sonrisa de Svengaard y leyó sus sentimientos en la cara del hombre. Todos los rostros del entorno tenían un significado para un agente entrenado por los Clandestinos. El silencio de los poderosos. Los Folk tendrían su oportunidad... miles de años de oportunidad, si Calapina era digna de crédito y si creía en sí misma. El entorno genético había sufrido un cambio. Se trataba de algo indefinido, indeterminado. A Heisenberg le hubiera gustado. Los móviles habían sufrido un movimiento y un cambio... al cambiar.

—¿Cuándo podremos marcharnos Lizbeth y yo? —preguntó Harvey.

**Fin**



FRANK HERBERT, Nacido en Tacoma, Washington, en 1920, estudió en la universidad de Washington, y se dedicó a los oficios más diversos, desde fotógrafo y cámara de televisión, a presentador de radio, y desde pescador de ostras a analista.

Comenzó a escribir a los 8 años y a los 20 años vendía ya relatos para los pulps americanos, y después de la Segunda Guerra Mundial empezó a alternar su trabajo como periodista con la creación de relatos de aventuras, que firmaba con seudónimo.

A principio de los 50 empezó a vender artículos y cuentos para revistas de mayor categoría. En 1952 aparecía su primer relato de este género, *¿Esta usted buscando algo?*, en una revista. En 1956 vería la luz su primera novela, *El Dragón en el mar*, también conocida más tarde como *Bajo Presión*. Pero fue 1965 el año del 'descubrimiento' de Frank Herbert. El mundo entero se maravilló ante la novela que, por primera vez, planteaba de forma completa, racional y convincente, la ecología de todo un mundo completamente distinto al nuestro. *Dune* obtuvo un éxito fulminante de público y crítica, hasta el punto de obtener los dos principales y más prestigiados galardones otorgados a las novelas de ciencia-ficción, los premios Hugo y Nebula, así como el premio Internacional de Fantasía, que compartiría también con otro gran clásico: *El Señor de las moscas* de William Golding.

Más tarde publicaría la segunda parte *El mesías de Dune* (1967) que fue considerada por crítica y público como muy inferior a su predecesora y cuatro partes más, *Hijos de Dune* (1969), *Dios Emperador de Dune* (1971), *Herejes de Dune* (1974) y la sexta y en apariencia final de la obra *Casa Capitular: Dune* (1976).

Frank Herbert fue un entusiasta defensor de la ecología: gran número de sus artículos y una buena parte de su obra literaria versan sobre este tema. Con el dinero que le reportó Dune, Herbert llevó a la realidad uno de sus sueños: adquirir una propiedad de seis acres en una zona al nordeste de Washington, en la península de Olympic, donde estableció una 'reserva ecológica' en la que él y su familia vivieron autosuficientemente, en estrecho contacto con la naturaleza que defendía. Su 'granja biológica' le ha dado tema para multitud de artículos, y para las conferencias que dio constantemente por toda la nación, en colegios y universidades.

Años más tarde, con el anticipo recibido a cuenta de derechos por la novela Dios Emperador de Dune, Herbert abandonó su refugio ecológico de la península de Olympic para comprarse una casa en Hawai y trasladar allí su residencia. Aunque la historia de Dune quedó abierta, la muerte del autor, ocurrida en 1986, nos deja a nuestra imaginación cual será el desenlace de la saga.